

C
6892

B.P. de Soria



61108155

C 6892

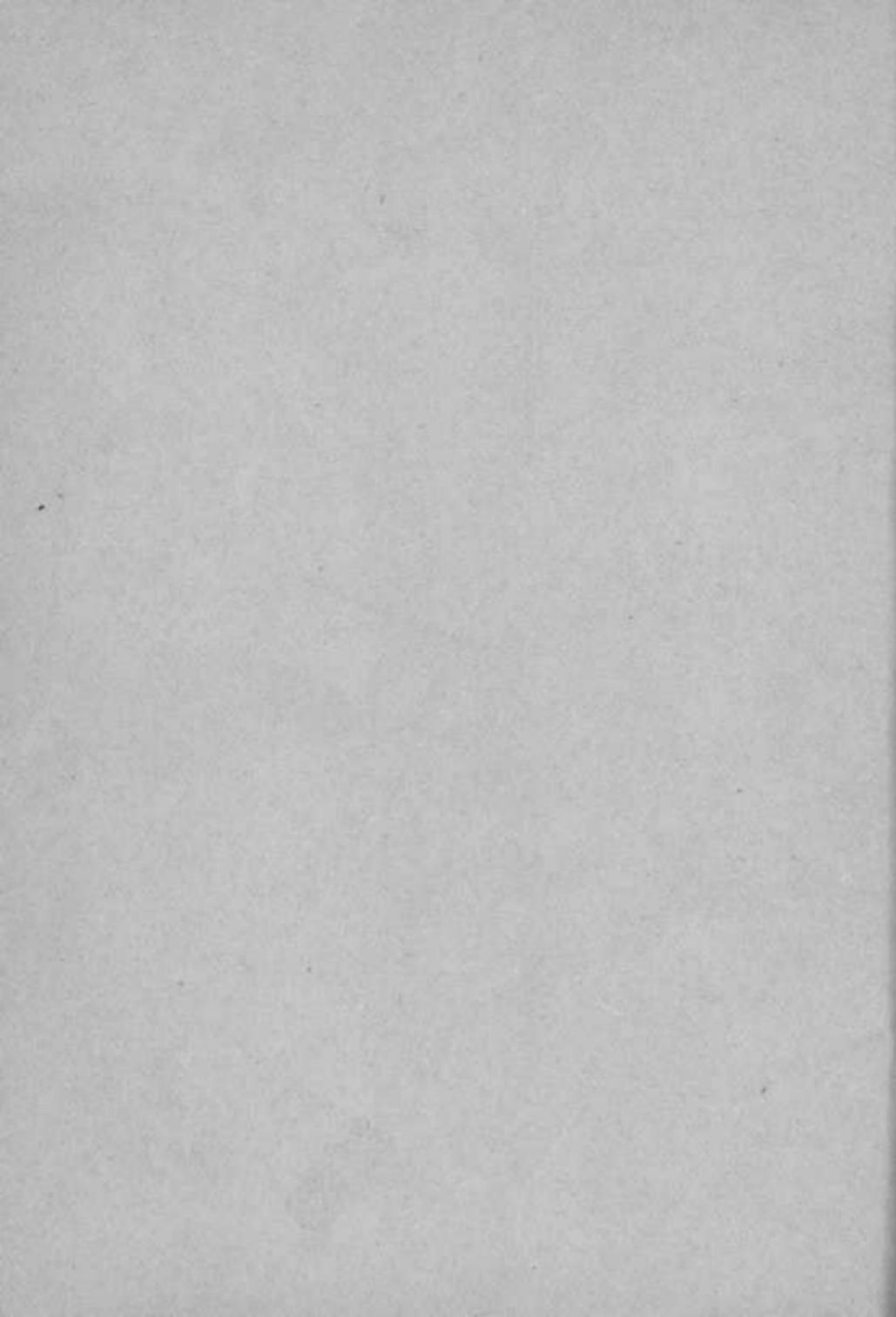


19A

C

6892

108155



C^o
BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

Z A N A H O R I A

5

BIBLIOTHECA CALLEIA

SECONDA SERIE

XANAHORA

R. 5099

JULES RENARD

ZANAHORIA

(POIL DE CAROTTE)

Reservados todos los derechos.
Propiedad de la Casa Editorial Calleja.
TRADUCCIÓN DE E. DIEZ-CANEDO



MCMXVII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876

M A D R I D

JULIUS REWARD

ΣΑΝΑΗΟΡΙΑ

ΠΟΛΙΤΕΥΜΑΤΟΣ

Propiedad.

Reservados todos los derechos.



1873

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

RECEIVED

LAS GALLINAS

APOSTARÍA — dice la señora de Lepic — a que otra vez se le ha olvidado a Honorina dejar a las gallinas encerradas.

Es verdad. Para asegurarse, no hay más que mirar por la ventana. Allá, al otro extremo del vasto corral, el techadillo de las gallinas recorta en la obscuridad el negro cuadrilátero de su puerta abierta.

—Félix, ¿por qué no vas a encerrarlas?
—dice la señora de Lepic al mayor de sus tres hijos.

—No me he quedado yo para encerrar

gallinas—contesta Félix, muchachote pálido, indolente y pusilánime.

—¿Y tú, Ernestina?

—¡Ay, mamá; a mí me daría mucho miedo!

Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, para contestar, apenas levantan la cabeza. Están muy enfrascados en la lectura, de codos en la mesa, casi juntas las frentes.

—¡Dios mfo, qué tonta soy!—dice la señora de Lepic.—¡Ya no me acordaba! ¡Anda, Zanahoria, encierra las gallinas!

Con ese nombre cariñoso llama a su último vástago, porque tiene los cabellos rojos y pecosa la piel. Zanahoria, que está debajo de la mesa haciendo como si jugara, se pone en pie y dice, tímido:

—¡Pero, mamá, si yo también tengo miedo!

—¿Qué es eso?—replica la señora de Lepic.—¡Un mocetón como tú! ¡Tienes gana de broma! Vamos; anda en seguida.

—Si ya sabemos que es atrevido como un toro—dice su hermana Ernestina.

—No teme a nada ni a nadie—agrega Félix, su hermano mayor.

Semejantes piropos llenan de orgullo a Zanahoria, y, por vergüenza de parecer indigno de ellos, lucha ya con su cobardía. Para acabar de darle ánimo, su madre le promete un pescozón.

—Alumbradme siquiera—suplica él.

La señora de Lepic se encoge de hombros; Félix se sonríe con desprecio. Sólo Ernestina, moviéndose a lástima, toma una vela y acompaña al hermanito hasta el final del corredor.

—Aquí te espero—le dice.

Pero en seguida echa a correr, aterro-

rizada, porque un golpe de viento hace oscilar la luz y la apaga.

Zanahoria, pegándosele las nalgas, clavándosele en el suelo los talones, se echa a temblar en las tinieblas. Tan espesas son, que se figura estar ciego. A veces una ráfaga le envuelve, como un trapo helado, para llevársele. ¿No le dan resoplidos entre los dedos, junto a los carrillos, zorros y hasta lobos? Mejor será precipitarse hacia donde están las gallinas, gacha la cabeza, embistiendo a la sombra y agujereándola. A tientas coge la aldabilla de la puerta. Al ruido de sus pasos, las gallinas, espantadas, agítanse cloqueando en sus palos. Zanahoria les grita:

—¡Ya os estáis callando! ¡Si soy yo!

Cierra la puerta, y echa a correr como si tuviese alas en brazos y piernas. Cuando se vuelve a encontrar, jadeante, orgu-

lloso de sí mismo, al calor y a la luz, le parece que acaba de mudarse, quitándose unos andrajos a que daban pesadez el barro y la lluvia, y poniéndose un vestido flamante y ligero. Sonríe, se mantiene erguido, con altivez, espera que le feliciten, y, fuera ya de peligro, busca en las caras familiares huella de las inquietudes que por él sintieran.

Pero Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, siguen leyendo tranquilamente; y la señora de Lepic le dice en tono natural:

—Zanahoria, todas las noches te encargarás tú de encerrarlas.

LAS PERDICES

COMO de costumbre, el señor Lepic vacía el morral encima de la mesa. Lleva un par de perdices. Félix, el hermano mayor, las apunta en una pizarra que hay colgada en la pared. Es oficio suyo. Uno tiene cada chico. Ernestina, la hermana, vacía y despluma la caza. A Zanahoria se le encomienda especialmente la tarea de rematar las piezas heridas. Tal privilegio se lo debe a la dureza y sequedad de su corazón, harto conocidas.

Rebullen las dos perdices, alargando el pescuezo.

ZANAHORIA

LA SEÑORA DE LEPIC

¿A qué esperas, que no las matas?

ZANAHORIA

Mamá, también me gustaría ir apuntándolas en la pizarra cuando me tocara la vez.

LA SEÑORA DE LEPIC

Tú no llegas a la pizarra.

ZANAHORIA

Pues pelarlas también me gustaría.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso no es cosa de hombres.

Zanahoria echa mano a las perdices.

Con amabilidad se le hacen las indicaciones pertinentes:

—Apriétalas bien; por el pescuezo, ya sabes, y a contrapluma.

Con una pieza en cada mano, y éstas a la espalda, comienza.

EL SEÑOR LEPIC

¡Bribón! ¿Las dos a un tiempo?

ZANAHORIA

Para acabar antes.

LA SEÑORA DE LEPIC

No te las eches de sensitiva; por dentro te relames de gusto.

Defiéndense convulsas las perdices, y, agitando las alas, desparraman sus plumas. Nunca se morirán. Más fácil le sería

estrangular con una mano sola a un compañero. Se las mete entre ambas rodillas para sujetarlas, y pasando del rojo al blanco, sudoroso, alta la cabeza para no ver, aprieta más.

Pero ellas se obstinan.

Rabioso por concluir, las agarra por las patas, y les hace dar con la cabeza en la punta de su zapato.

—¡Verdugol, ¡verdugol!—exclaman Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana.

—¡Vaya si afina!—dice la señora de Lepic.—¡Animalitos! No quisiera yo estar, como ellas, entre sus garras.

El señor Lepic, a pesar de ser cazador viejo, se va, lleno de repugnancia.

—¡Ahí están!—dice Zanahoria echando encima de la mesa las perdices muertas.

La señora de Lepic las vuelve una y

otra vez. De los menudos cráneos rotos brota sangre y un pedacito de seso.

—¡Ya era hora de que se le quitaran de las manos! ¡Pues no las ha dejado puercas!

Félix, el mayor, dice:

—La verdad es que no han quedado tan bien como otras veces.

ES EL PERRO

EL señor Lepic y Ernestina, la hermana, de codos a la luz de la lámpara, están leyendo, uno el periódico y la otra el libro que le dieron de premio; la señora de Lepic hace media; Félix, el hermano mayor, se asa las piernas a la lumbre; y Zanahoria, echado en el suelo, recuerda cosas.

De pronto, *Píramo*, que duerme debajo de la estera, lanza un gruñido sordo.

—¡Chist!—manda el señor Lepic.

Píramo gruñe más fuerte.

—¡Imbécil!—dice la señora de Lepic.

Pero tan ásperamente ladra *Píramo*, que todos se sobresaltan. La señora de Lepic se lleva una mano al corazón. El señor Lepic mira al perro con ojos aviesos, apretando los dientes. Félix, el hermano mayor, jura, y pronto no hay quien se entienda.

—¡Te callarás, cochino perro! ¡Cállate, bruto!

Píramo redobla. La señora de Lepic le pega. El señor Lepic le da con el periódico y luego con el pie. *Píramo* aúlla, echado de barriga, pegada la nariz al suelo, temeroso de los golpes, y parece como si, irritado, dándose de topetazos contra la estera, hiciese astillas su voz.

A los Lepic les ahoga la cólera. Todos de pie, se encarnizan con el perro tendido, que les hace cara.

Chirrían los vidrios, canturrea el tubo

de la estufa, y hasta Ernestina, la hermana, da ladridos.

Pero Zanahoria, sin mandárselo nadie, ha ido a ver lo que pasa. Tal vez un vagabundo retrasado cruza la calle, volviendo tranquilamente a su casa, como no sea que escale las tapias del jardín para robar.

Zanahoria echa a andar por el largo pasillo negro con los brazos tendidos hacia la salida. Da con el cerrojo, y lo descorre con estrépito, pero sin abrir la puerta.

Antes se exponía saliendo afuera, y silbaba, cantaba, pataleaba, esforzándose, para asustar al enemigo.

Ahora hace trampa.

Mientras sus padres se imaginan que está registrando, atrevido, todos los rincones, y aun rondando la casa como fiel guardián, él los engaña y se queda pegado a la puerta. Algún día le cogerán;

pero ya hace tiempo que la treta le va saliendo bien.

Sólo teme soltar un estornudo o toser. Contiene el aliento, y, si levanta los ojos, ve por el montante de la puerta tres o cuatro estrellitas cuya centelleante pureza le deja helado.

Pero ha llegado el momento de volverse. No hay que prolongar demasiado el juego. Despertaría sospechas.

Otra vez sacude con sus manos flacas el pesado cerrojo, que rechina en las abrazaderas herrumbrosas, y lo corre ruidosamente hasta el fondo de la hembrilla. ¡Júzguese, con tanto bullicio, si vendrá de lejos y si habrá cumplido con su deber! Cosquilleándole el espinazo, corre a tranquilizar a su familia.

Y, como la vez pasada, durante su ausencia, *Piramo* se ha callado; los Lepic,

ya en calma, han tornado a sus puestos inamovibles; y, aunque nadie se lo pregunta, Zanahoria dice, así como así, por costumbre:

—Es el perro, que estaba soñando.

LA PESADILLA

A Zanahoria no le gustan los amigos de la casa. Le molestan, le quitan su cama y le obligan a dormir con su madre. Y ocurre que si de día no hay defecto que le falte, por la noche tiene, principalmente, el de roncar. Ronca a propósito, sin duda.

La alcoba grande, glacial aun en Agosto, contiene dos camas. Una, la del señor Lepic; en la otra va a descansar Zanahoria, al lado de su madre, junto a la pared.

Antes de dormirse, carraspea debajo del embozo, para despejarse la garganta. Pero

¿será de la nariz su ronquido? Se suena con cuidado para asegurarse de que no está obstruída, y se ejercita en no respirar demasiado fuerte.

Pero en cuanto se queda dormido, ronca. Es como una pasión.

En seguida la señora de Lepic le mete dos uñas, hasta hacerle sangre, en la molla de una nalga. Es el medio que ha escogido.

El grito de Zanahoria despierta bruscamente al señor Lepic, que pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Tiene la pesadilla—dice la señora de Lepic.

Y canturrea, como un ama de cría, una tonada de acunar que parece india.

Con la frente, con las rodillas muy apretadas a la pared, como si quisiera echarla abajo, puestas las manos en las nalgas

para parar el pellizco que ha de acudir al primer llamamiento de las vibraciones sonoras, Zanahoria vuelve a dormirse en la cama grande, donde reposa, al lado de su madre, junto a la pared.

CON PERDÓN DE USTEDES

PODRÁ decirse? ¿Habrà que decirlo? Zanahoria, a la edad en que otros van a tomar la comunión, blancos de alma y de cuerpo, sigue siendo sucio. Una noche aguardó demasiado, sin atreverse a pedirlo.

Esperaba, merced a unos retortijones graduados, calmar el desasosiego aquel.

¡Vana pretensión!

Otra noche soñó que estaba instalado cómodamente junto a un guardacantón, aparte, y se lo hizo en las sábanas, con toda inocencia, dormido. Luego se despertó.

¡Junto a él no había más guardacantón que su asombro!

La señora de Lepic ni siquiera se enfada. Lava tranquila, indulgente, maternal. Y al día siguiente, tempranito, como un niño mimado, Zanahoria almuerza antes de levantarse.

Eso es: le llevan a la cama la sopa, una sopita muy bien hecha, en que la señora de Lepic, con una cucharilla de madera, ha desleído un poco, un poquito nada más.

Junto a la cabecera, el hermano mayor, Félix, y Ernestina, la hermana, observan a Zanahoria con socarronería, dispuestos a soltar la carcajada a la primera señal. La señora de Lepic, cucharadita tras cucharadita, va cebando a su hijo. Con el rabillo del ojo parece decir al hermano mayor, Félix, y a la hermana, Ernestina:
—¡Atención! ¡Estad preparados!

De antemano les divierten las muecas futuras. Hubiera sido necesario invitar a algunos vecinos. Al cabo, la señora de Lepic, echando una ojeada postrera a los mayores, como para decirles: «¡Ahora viene lo bueno!», levanta con lentitud la cucharada última, la mete hasta la garganta en la boca muy abierta de Zanahoria, le atiborra, le atraca, y le dice, entre chanzas y ascos:

—¡Ya te la comiste, cochinito mío, ya te la comiste; y es tuya, de la de ayer!

—Ya me lo figuraba —responde sencillamente Zanahoria, sin hacer el visaje esperado.

Va acostumbrándose ya; y cuando uno se acostumbra a algo, acaba por no encontrarle gracia ninguna.

EL ORINAL

I

COMO ya le ha ocurrido más de un percance en la cama, Zanahoria, cada noche, tiene buen cuidado de tomar precauciones. En verano la cosa es fácil. A las nueve, cuando la señora de Lepic le envía a la cama, Zanahoria sale de casa, da una vuelta, y pasa una noche tranquila.

En invierno el paseíto resulta un engorro. Por mucho que, en cuanto anochece y deja encerradas a las gallinas, tome una

primera precaución, no puede tener esperanza de llegar a salvo hasta la mañana siguiente. Comen, están de sobremesa, dan las nueve, hace ya mucho tiempo que es de noche, y la noche ha de durar aún una eternidad. Zanahoria necesita tomar una segunda precaución.

Esta noche, como todas las noches, se hace la pregunta:

—¿Tengo, o no tengo ganas?

De ordinario se contesta «Sí», ya porque sinceramente no pueda volverse atrás, ya porque la luna con su resplandor le anime. A veces el señor Lepic o Félix, el hermano mayor, le dan ejemplo. Además, que no siempre la necesidad le obliga a alejarse de la casa hasta la cuneta, casi en pleno campo. Lo más corriente es que se pare al pie de la escalera; según y conforme.

Pero esta noche la lluvia repica en los cristales, el viento ha apagado las estrellas, y los nogales rabian en los prados.

—¡Menos mal—concluye Zanahoria después de haber deliberado sin apresuramiento—que no tengo gana!

Da las buenas noches a todos, enciende una vela, y se mete, al extremo del pasillo, a la derecha, en su alcoba monda y solitaria. Se desnuda, se acuesta, y espera la visita de la señora de Lepic. Le mete ella la ropa de un solo empujón, dejándosela muy ceñida, y apaga la vela. Le deja la vela, pero no le deja fósforos. Y como es miedoso, le encierra con llave. Zanahoria saborea al principio el placer de estar solo. Pasa revista al día, felicitándose de haber escapado de buena en varias ocasiones, y se promete para el otro día fortuna igual. Le halaga pensar que la señora

de Lepic esté dos días seguidos sin reparar en él, y procura dormirse en tal ensueño.

Apenas ha cerrado los ojos, cuando siente un malestar conocido.

—¡Era inevitable!—dice para sí Zanahoria.

Otro se levantaría; pero Zanahoria sabe que no hay orinal debajo de la cama. Aunque la señora de Lepic jure lo contrario, siempre se le olvida ponerlo. Y, además, ¿qué falta hace el orinal, si Zanahoria toma siempre sus precauciones?

Y Zanahoria raciocina en vez de levantarse.

—Más pronto o más tarde, tendré que ceder—se dice.—Luego cuanto más resista, más acumulo. Si me hago pipí en seguida, será poco, y la sábana tendrá tiempo de secarse al calor de mi cuerpo. Ten-

go la seguridad, por experiencia, de que mamá no ha de ver nada.

Zanahoria se alivia, vuelve a cerrar los ojos, ya tranquilo, y comienza un buen sueño.

II

Bruscamente se despierta al ruido de su vientre.

—¡Ay, ay!—dice.—¡La cosa se echa a perder!

Un momento antes creíase en paz. ¡Hubiera sido mucha suerte! Anoche cometió pecado de pereza, y ya le llega el verdadero castigo.

Se sienta en la cama, y trata de reflexionar. Han cerrado la puerta con llave. La ventana tiene reja. Salir es imposible.

Levántase, sin embargo, y va a tantear

la puerta y la reja de la ventana. Se arrastra por el suelo y bracea debajo de la cama buscando un orinal de cuya ausencia no tiene duda.

Vuelve a acostarse y a levantarse otra vez. Prefiere moverse, andar, patalear, a dormir, y con ambos puños se aprieta el vientre, que se dilata.

—¡Mamá!, ¡mamá!—dice con voz ahogada, temeroso de que le oigan; porque si la señora de Lepic se presentase, Zanahoria, curado en seco, parecería burlarse de ella. Sólo quiere poder mañana decir sin mentira que llamó.

Y ¿cómo va a gritar? Gasta todas sus fuerzas en retrasar el fracaso.

Pronto un dolor supremo hace bailar a Zanahoria. Va a dar contra la pared, y rebota. Tropezaba en los hierros de la cama, tropieza con la silla, tropieza contra la

chimenea, cuyo cierre levanta con violencia, y se deja caer entre los morillos, retorciéndose, vencido, feliz, con una dicha absoluta.

La obscuridad de la habitación se espesa.

III

Zanahoria no se ha dormido hasta el amanecer, y está tan a gusto en la cama, cuando la señora de Lepic abre la puerta y hace un gesto, como si sorbiera de medio lado.

—¡Vaya un olorcito!—exclama.

—¡Buenos días, mamá!—dice Zanahoria.

La señora de Lepic tira de las sábanas, husmea por los rincones de la alcoba, y no tarda en hacer el hallazgo.

—Me puse malo, y no tenía orinal—se

ZANAHORIA

apresura a decir Zanahoria, persuadido de que tal es su mejor medio de defensa.

—¡Embustero!, ¡embustero!—dice la señora de Lepic.

Se va, vuelve con un orinal, escondiéndolo, y lo desliza rápidamente debajo de la cama; pone de pie a Zanahoria, y, amotinando a la familia, exclama:

—¿Qué le habré hecho yo al cielo para tener un hijo así?

Trae luego una rodilla, un cubo, inunda la chimenea como si fuese a apagar el fuego, y sacude las ropas de cama, pidiendo «¡Aire!, ¡aire!», atareada y quejumbrosa.

Y en seguida se pone a gesticular en las narices de Zanahoria:

—¡Miserable! ¿Has perdido la cabeza? ¡Hijo desnaturalizado! ¡Vives como los animales! A un animal le dan un orinal, y

sabe para qué sirve, y a ti se te ocurre revolcarte en las chimeneas. ¡Dios me es testigo de que me vuelves lela, y me voy a morir loca, loca, loca!

Zanahoria, en camisa y descalzo, mira el orinal. No había orinal por la noche, y ahora hay uno allí, a los pies de la cama. Aquel cacharro vacío y blanco le deslumbra, y si él se obstinase en no ver nada, buen descaro sería el suyo.

Y cuando su familia desolada, los vecinos chuscos que desfilan, hasta el cartero, que acaba de llegar, le muelen y acosan a preguntas,

—¡Palabra de honor!—contesta al cabo Zanahoria, sin quitar los ojos del orinal.—Yo no lo entiendo... ¡Allá vosotros!

LOS CONEJOS

PARA ti ya no queda melón—dice la señora de Lepic;—pero tú eres como yo: no te gusta.

—¡Claro está!—dice para sí Zanahoria.

De tal manera le imponen gustos y repugnancias. En principio, ha de gustarle sólo aquello que a su madre le gusta. En cuanto llega el queso:

—Tengo la seguridad—dice la señora de Lepic—de que Zanahoria nolo ha de comer.

Y Zanahoria piensa:

—Ya que tiene la seguridad, no vale la pena intentarlo.

Sabe, además, que sería peligroso.

Y ¿no tiene ocasión de satisfacer sus más raros caprichos en lugares que él sólo conoce? A los postres, la señora de Lepic le dice:

—Llévales a tus conejos esas tajadas de melón.

Zanahoria va a hacer el encargo despacito, con el plato bien horizontal para que nada se vierta.

Cuando entra bajo su techado, los conejos con gorros de niño castigado, altas las orejas sobre el oído, levantando la nariz, tías las patas delanteras como si fuesen a tocar el tambor, se atropellan en derredor suyo.

—¡Eh, aguardad!—dice Zanahoria.—¡Un momento, haced el favor, que repartamos!

Y sentándose en un montón de basura, de hierba cana roída hasta las raíces, de

ZANAHORIA

tronchos de col, de hojas de malva, les va dando pepitas de melón, y él se sorbe el jugo: es dulce como el vino dulce.

Luego rebaña con los dientes la azucarada pulpa que su familia dejó en las tajadas, todo cuanto aun tiene substancia, y da lo verde a los conejos, sentados sobre sus cuartos traseros, en corro.

La puerta del techadillo está cerrada.

El sol de las siestas va enhebrándose por los agujeros de las tejas y moja las puntas de sus rayos en la sombra fresca.

LA AZADA

FÉLIX, el hermano mayor, y Zanahoria trabajan uno al lado del otro. Cada cual tiene su azada. La de Félix, el hermano mayor, está hecha a medida en casa del herrador, con hierro. Zanahoria se hizo la suya él solo, de madera. Hacen de hortelanos, adelantan tarea y rivalizan en ardor. De repente, cuando menos se lo esperaba (siempre ocurren las desdichas en ese preciso momento), Zanahoria recibe un azadonazo en mitad de la frente.

Momentos después hay que transportar, acostar con precaución en su cama a Fé-

lix, el hermano mayor, que acaba de sentirse malo al ver sangre de su hermano menor. Allí está toda la familia en pie, de puntillas, suspirando con aprensión:

—¿Por dónde andan las sales?

—¡Un poco de agua fresca, corred, para las sienes!

Zanahoria se sube a una silla para mirar por encima de los hombros, entre cabezas. Lleva la frente vendada con un trapo enrojecido ya, de que la sangre mana y corre.

El señor Lepic le ha dicho:

—¡Bonita manera de sonarse!

Y su hermana Ernestina, que le vendó:

—Ha entrado como en manteca.

Él no ha dado un grito, porque se le ha hecho observar que de nada sirve.

Pero he aquí que Félix, el hermano mayor, abre un ojo primero, y luego el otro.

No ha sido más que el susto; y como va volviéndole poco a poco el color, la inquietud y el espanto se retiran de los corazones.

—¡Siempre has de ser el mismo!—dice la señora de Lepic a Zanahoria.—¡Ya podías tener cuidado, papanatas!

LA ESCOPETA

EL señor Lepic les dice a sus hijos:

—Basta con una escopeta para los dos. Entre hermanos que se quieren, todo ha de ser común.

—Sí, papá—responde Félix, el hermano mayor;—compartiremos la escopeta. Y hasta me contentaré con que Zanahoria me la preste de vez en cuando.

Zanahoria no dice que sí ni que no; desconfía.

El señor Lepic saca la escopeta de su funda verde y pregunta:

—¿Cuál de los dos la lleva primero? Me parece que le toca al mayor.

FÉLIX

Cedo ese honor a Zanahoria. Primero él.

EL SEÑOR LEPIC

Esta mañana te estás portando con galantería, Félix. Ya lo tendré presente.

El señor Lopic instala la escopeta en el hombro de Zanahoria.

EL SEÑOR LEPIC

Vaya, hijos míos, que os divirtáis, sin pelearos.

ZANAHORIA

¿Llevamos el perro?

EL SEÑOR LEPIC

Es inútil. Cada uno, cuando le toque la vez, que haga de perro. Además, que unos cazadores como vosotros no hieren: matan en seco.

Zanahoria y Félix, el hermano mayor, se alejan. Visten el traje sencillo de diario. Sienten no llevar polainas; pero el señor Lepic suele declararles que todo verdadero cazador las desprecia. El pantalón del cazador verdadero ha de ir arrastrando bajo el tacón. No se arremanga nunca. Así anda por el barro, por las tierras de labranza, y pronto se le forman unas polainas que le llegan a la rodilla, sólidas, naturales; la criada tiene consigna de respetarlas.

—Espero que no te volverás con las manos vacías—dice Félix, el hermano mayor.

—Esperanza tengo—dice Zanahoria.

Va sintiendo un picor en el hueco del hombro, y se niega a apoyar en él la escopeta.

—¿Eh?—le dice Félix, el hermano mayor.—¡Te la dejo llevar hasta que te hartes!

—Eres mi hermano—contesta Zanahoria.

Cuando una bandada de gorriones echa a volar, se detiene, y hace seña a Félix, el hermano mayor, de que no se mueva. La bandada va de seto en seto. Arqueada la espalda, ambos cazadores aproxímanse sin ruido, como si los gorriones durmieran. La bandada no está satisfecha, y piando va a posarse más lejos. Los cazadores se yerguen. Félix, el hermano mayor, lanza

ZANAHORIA

insultos. Zanahoria, aunque el corazón le palpita, muestra menor impaciencia. Temiendo está el instante en que haya de dar pruebas de su habilidad.

¡Si errara el tiro! Cada retraso le conforta.

Pero esta vez los gorriones parece que esperan.

FÉLIX

No tires, que estás demasiado lejos.

ZANAHORIA

¿Te parece?

FÉLIX

¡Vaya! Nada engaña tanto como el agacharse: uno se figura que está encima, y está lejísimos.

Y Félix, el hermano mayor, se descubre, para demostrar que está en lo cierto. Los gorriones, espantados, vuelven a huir.

Pero uno queda en la extremidad de una rama, que se pliega y se mece. Menea la cola, vuelve la cabeza, presenta la barriga.

ZANAHORIA

La verdad es que puedo tirarle a ése; está seguro.

FÉLIX

Quítate, a ver. Sí, es verdad; ya lo tienes. ¡Anda, pronto! ¡Déjame la escopeta!

Y Zanahoria, con las manos vacías, desarmado, bosteza; en su lugar, junto a él, Félix, el hermano mayor, se echa la escopeta a la cara, apunta, dispara, y el gorrion cae.

Es como un juego de manos. Zanahoria, un momento antes, se apretaba la escopeta al corazón. Bruscamente se quedó sin ella, y ya la tiene otra vez, porque Félix, el hermano mayor, acaba de devolvérsela, y luego, haciendo de perro, corre a recoger el gorrión, y dice:

—No te decides; hay que avivar un poco.

ZANAHORIA

¡Un mucho!

FÉLIX

¡Vaya! ¿Te pones de hocico?

ZANAHORIA

¡Caray! ¿Quieres que cante?

FÉLIX

Pero si tenemos el gorrión, ¿de qué te

quejas? Imagínate que hubiésemos errado el tiro.

ZANAHORIA

Lo que es yo...

FÉLIX

Tú, o yo; lo mismo da. Hoy le mato yo; mañana le matas tú.

ZANAHORIA

¡Sí, mañana!...

FÉLIX

Te lo prometo.

ZANAHORIA

¿Sí? La víspera me lo prometes...

ZANAHORIA

FÉLIX

Te lo juro. ¿Estás satisfecho?

ZANAHORIA

¡Vaya!... Pero si buscásemos en seguida otro gorrión, podría yo probar la escopeta.

FÉLIX

No, que es tarde. Volvamos a casa, para que mamá guise éste. Te lo doy. Métetelo en el bolsillo, animalote, y déjale el pico fuera.

Los dos cazadores vuelven a casa. A veces se cruzan con un campesino que, saludando, les dice:

—Por lo menos, muchachos, no habréis matado al padre...

Zanahoria, halagado, se olvida de su rencor. Llegan, hechas las paces, triunfadores, y el señor Lepic, en cuanto los ve, muestra su asombro:

—¿Cómo es eso, Zanahoria? ¡Todavía con la escopeta! ¿La has llevado tú todo el tiempo?

—Casi todo—dice Zanahoria.

EL TOPO

ZANAHORIA encuentra por el camino un topo negro como un deshollinador. Cuando ha jugado bastante con él, se decide a matarle. Le tira por el aire muchas veces con destreza, para que vaya a caer encima de una piedra.

Al principio todo sale bien y a su gusto. Ya el topo se ha roto las patas, abierto la cabeza, quebrado el espinazo, y parece que no le queda vida dura.

Luego, estupefacto, Zanahoria advierte que va dejando de morirse. Por mucho

que le tire tan alto como una casa, hasta el cielo, ya no adelanta.

—¡Caray, recaray! ¡No está muerto!— dice.

En efecto: sobre la piedra, manchada de sangre, el topo se hace una masa; el vientre, lleno de grasa, palpita como jalea, y con ese temblor da la ilusión de la vida.

—¡Caray, recaray!— grita Zanahoria encarnizándose.—¡Aun no está muerto!

Lo vuelve a coger, le injuria, y cambia de método.

Colorado, llenos los ojos de lágrimas, escupe al topo, y con todas sus fuerzas lo lanza a quemarropa contra la piedra.

Pero el vientre informe sigue agitándose.

Y cuanto más rabioso Zanahoria le golpea, tanto menos el topo le parece dispuesto a morir.

LA ALFALFA

ZANAHORIA y su hermano mayor, Félix, vuelven de la iglesia y apresuran el paso para llegar a casa, porque es hora de la merienda de las cuatro.

A Félix, el hermano mayor, le darán una tarta de manteca o de confitura, y a Zanahoria una tarta de nada, porque ha querido echárselas de hombre demasiado pronto, y ha declarado ante testigos que no es glotón. Le gustan las cosas al natural; come de ordinario su pan seco afectadamente, y aun esta tarde anda más de

prisa que su hermano mayor, Félix, para que le sirvan antes que a él.

A veces el pan seco parece duro. Entonces Zanahoria se echa sobre él como si atacara a un enemigo, lo empuña, le da dentelladas, cabezazos, lo despedaza, y hace saltar esquirlas. Los de su casa, puestos alrededor de él, le miran con curiosidad.

Su estómago de avestruz digeriría piedras, un perro chico manchado de cardenillo. En suma: que no se muestra difícil para la alimentación.

Se apoya en el picaporte. La puerta está cerrada.

—Creo que nuestros padres no están. Da una patada tú—dice.

Félix, el hermano mayor, jurando por el nombre divino, se precipita sobre la pesada puerta, guarnecida de clavos, y la hace

ZANAHORIA

resonar mucho tiempo. Luego, los dos, aunando sus esfuerzos, se martirizan inútilmente los hombros.

ZANAHORIA

Decididamente, no están.

FÉLIX

Pero ¿en dónde estarán?

ZANAHORIA

No lo puede saber uno todo. Sentémonos.

Con el frío de los escalones bajo las nalgas, van sintiendo un hambre descomunal. Con bostezos y puñetazos en los vacíos expresan toda su violencia.

FÉLIX

¡Se figurarán que voy a esperarlos!

ZANAHORIA

Pues es lo mejor que podemos hacer.

FÉLIX

Yo no los espero. No quiero morir de hambre. Quiero comer en seguida cualquier cosa: hierba.

ZANAHORIA

¡Hierba! Es una idea; así damos un chasco a nuestros padres.

FÉLIX

¡Vaya! Ensalada, todos la comen. Y aquí, para entre nosotros, la alfalfa, por ejemplo, es tan tierna como la ensalada. Es ensalada sin aceite y vinagre.

ZANAHORIA

ZANAHORIA

Y no hay necesidad de revolverla.

FÉLIX

¿Apuestas a que yo como alfalfa y a que tú no la comes?

ZANAHORIA

¿Por qué tú sí y yo no?

FÉLIX

Bromas aparte, ¿apuestas?

ZANAHORIA

¿Y si pudiésemos a los vecinos una rebanada de pan para cada uno, y requesón para untarlo?

FÉLIX

Prefiero la alfalfa.

ZANAHORIA

Andando.

Pronto el campo de alfalfa despliega ante sus ojos un verdor apetecible. En cuanto se meten en él, complácense en arrastrar los zapatos, chafar los tallos tiernos, señalar estrechos caminos que causen luego inquietud y hagan decir:

—¿Qué animal habrá pasado por aquí?

A través de los pantalones les va entrando cierto frescor hasta las pantorri-llas, que se les entumecen poco a poco.

En medio del campo se paran y se tiran de bruces.

—Aquí se está bien—dice Félix, el hermano mayor.

Cosquilleándoles la cara, se ríen como tiempo atrás, cuando dormían juntos en una cama y el señor Lepic les gritaba desde la habitación próxima:

—¿Os dormiréis, cochinos?

Se olvidan del hambre, y se echan a nadar como marineros, como perros, como ranas. Las cabezas no más sobresalen. Cortan con las manos y rechazan con los pies las olitas verdes, presto rotas. Una vez muertas, no vuelven ya a cerrarse.

—Hasta la barbilla me llegan—dice Félix, el hermano mayor.

—Mira cómo adelanto—dice Zanahoria.

Tienen que descansar, saborear más en calma su ventura.

Apoyándose en los codos, siguen con la mirada las galerías hinchadas que abren

los topos, y que corren en zigzag a flor de tierra, como las venas de los ancianos a flor de piel. Ya las pierden de vista; ya desembocan en un claro por el que la cús-cuta roedora, parásita malvada, cólera de las buenas alfalfas, extiende sus barbas de filamentos rojizos. Las toperas forman allí una aldea minúscula de chozas levantadas a la manera india.

—No es esto todo—dice Félix, el hermano mayor.—Vamos a comer. Yo empiezo. ¡Cuidado con quitarme mi ración!

Con el brazo por lápiz, traza un arco de círculo.

—Con lo demás me basta—dice Zanahoria.

Las dos cabezas desaparecen. ¿Quién adivinaría dónde están?

El viento sopla suaves hálitos, da vuelta a las delgadas hojas de la alfalfa, mos-

ZANAHORIA

trando su pálido reverso, y todo el campo se agita, recorrido por estremecimientos.

Félix, el hermano mayor, arranca brazadas de forraje, se envuelve la cabeza con ellas, finge que se atiborra, imita el ruido de las mandíbulas de un inexperto ternero que se atraca. Y mientras él hace como si todo lo devorara, hasta las raíces, porque conoce la vida, Zanahoria, tomándolo en serio, más delicado, no escoge sino las hojas mejores.

Con la punta de la nariz las encorva, se las lleva a la boca y las masca pausadamente.

¿Para qué apresurarse?

La mesa no está tomada. La feria no está en el puente.

Y, rechinándole los dientes, amarga la lengua, asqueado el corazón, va tragando, regalándose.

EL VASO DE METAL

ZANAHORIA no ha de beber más en la mesa. Va perdiendo la costumbre de beber con tanta facilidad, que sorprende a su familia y a los amigos. Por de pronto, una mañana le dice a la señora de Lepic, cuando va a echarle vino, según costumbre:

—Gracias, mamá; no tengo sed.

Por la noche, a la hora de la comida, vuelve a decir:

—Gracias, mamá; no tengo sed.

—¡Qué ahorrativo te vas volviendo!

—dice la señora de Lepic.—Eso van a salir ganando los demás.

Y así, todo aquel primer día se lo pasa sin beber, porque la temperatura es buena, y, sencillamente, porque no tiene sed.

Al siguiente, la señora de Lepic, al poner la mesa, le pregunta:

—¿Vas a beber hoy, Zanahoria?

—La verdad—contesta,—no lo sé.

—Allá tú—dice la señora de Lepic;—si quieres tu vaso de metal, vas a buscarlo a la alacena.

Pero él no va a buscarlo. ¿Será capricho, olvido, o temor de servirse por su mano?

Ya empieza el asombro:

—Vas perfeccionándote—dice la señora de Lepic;—ya tienes un mérito más.

—¡Y raro!—dice el señor Lepic.—Te ha de ser útil con el tiempo; sobre todo, si

llegas a encontrarte solo, perdido en el desierto, sin camello.

Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, hacen apuestas:

ERNESTINA

Una semana se estará sin beber.

FÉLIX

¡Quita allá! Si puede resistir tres días, hasta el domingo, será todo lo de Dios.

—Pero si ya no vuelvo a beber—dice Zanahoria con aguda sonrisa;—si nunca tengo sed. Ya veis los conejos y los conejillos de Indias; ¿les encontráis mérito?

—¡Buen gazapo estás tú hecho!—dice Félix, el hermano mayor.

Zanahoria, por la negra honrilla, sabrá hacerles ver de lo que es capaz. La señora de Lepic sigue olvidándose del vaso, y él se impone la prohibición de reclamarlo. Con la misma indiferencia admite los cumplidos irónicos y las muestras de sincera admiración.

—O está enfermo, o está loco—dicen unos.

Y añaden otros:

—¡Beberá a escondidas!

Pero pasada la novedad, pasado el gusto. Poco a poco va disminuyendo el número de veces que Zanahoria saca la lengua para demostrar que no se le ha secado.

Parientes y vecinos se aburren. Sólo algún extraño levanta aún los brazos al cielo cuando le ponen al corriente:

—¡Exageran! No hay quien escape a lo que exige la naturaleza.

Se consulta al médico, y declara que el caso le parece rarísimo; pero que, en suma, no hay nada imposible.

Y Zanahoria, sorprendido, cuando temía sufrir, reconoce que con mediana testarudez se consigue cuanto se quiere. Creyó imponerse una privación dolorosa, poner una pica en Flandes, y ni siquiera siente incomodidad. ¡Así pudiera vencer al hambre como a la sed! Ayunaría, se alimentaría de aire.

Ya ni se acuerda del vaso de metal. Durante mucho tiempo está ocioso. Luego, a Honorina, la criada, se le ocurre llenarlo de trípoli rojo para dar lustre a las palmariorias.

LA MIGA DE PAN

CUANDO el señor Lepic está de buen humor, no tiene a menos entretener en persona a sus hijos. Les cuenta chascarrillos por las avenidas del jardín, y suele suceder que Félix, el hermano mayor, y Zanahoria se revuelcan por el suelo de tanto reír. Esta mañana ya no pueden más. Pero Ernestina, la hermana, viene a decirles que el almuerzo está en la mesa, y se calman al punto. En cuanto hay reunión de familia, las caras se enfurruñan.

Almuerzan como de costumbre, de prisa y sin tomar aliento, y nada impediría ya

que otros ocupasen la mesa si la tuviesen pedida, cuando la señora de Lepic dice:

—¿Quierés darme una miga de pan, si no te molesta, para rebañar la compota?

¿A quién se dirige?

Lo más frecuente es que la señora de Lepic se sirva sola y no dirija la palabra más que al perro. Le da detalles acerca del precio de las legumbres, y le explica lo difícil que es, con los tiempos que corren, dar de comer, con poco dinero, a seis personas y un animal.

—No—le dice a *Píramo*, que gruñe amistosamente y golpea el ruedo con la cola;— tú no sabes lo que cuesta llevar esta casa. Te figuras tú, lo mismo que los hombres, que a una cocinera se lo dan todo de balde. Lo mismo te da que suba la manteca y que los huevos se pongan por las nubes.

Pero esta vez la señora de Lepic ha

promovido un acontecimiento. Por excepción, se dirige al señor Lepic sin rodeos. A él es a quien le pide una miga de pan para rebañar la compota. Nadie pudiera dudarlo. Primero, porque ella le mira; luego, porque el señor Lepic tiene el pan a su alcance. Vacila, asombrado; después, con las puntas de los dedos coge del fondo del plato una miga de pan, y serio, sombrío, se la echa a la señora de Lepic.

¿Sainete? ¿Drama? ¡Quién sabe!

Sintiendo la humillación de su madre, Ernestina, la hermana, no sabe lo que le pasa.

—¡Bueno está hoy papá!—dice Félix, el hermano mayor, galopando sin freno sobre los palos de la silla.

Entretanto, Zanahoria, hermético, con churretes en los labios, zumbándole los

oídos, los carrillos hinchados de patata cocida, se contiene; pero va a saltar si la señora de Lepic no se levanta en seguida de la mesa, porque en las narices de sus hijos y de su hija la tratan como a lo peor de lo peor...

LA TROMPETA

ESTA mañana el señor Lepic acaba de llegar de París. Abre el baúl, y de él salen regalos para Félix, el hermano mayor, y para Ernestina, la hermana; buenos regalos, con los cuales precisamente (¡miren qué coincidencia!) estuvieron soñando toda la noche. Luego el señor Lepic, con ambas manos a la espalda, mira maliciosamente a Zanahoria, y le dice:

—Y tú, ¿qué es lo que prefieres? ¿Una trompeta, o una pistola?

A la verdad, más peca Zanahoria de

prudente que de temerario. Preferiría la trompeta, porque no se le dispara a uno en la mano; pero siempre oyó decir que un muchacho como él no puede jugar en serio más que con armas, con sables, con máquinas de guerra. Ha llegado a la edad de oler a pólvora y exterminar objetos. Su padre conoce a los hijos: habrá traído lo más indicado.

—Prefiero la pistola—dice con timidez, seguro de que adivina.

Y hasta se pasa un poco de la raya, añadiendo:

—No vale la pena de tenerla escondida: la estoy viendo.

—¡Ahl—dice el señor Lepic, cortado.—
¿Prefieres la pistola? ¿Has cambiado de gustos?

En seguida Zanahoria vuelve sobre sí:

—No, papá; mira, fué una broma. No

tengas cuidado; detesto las pistolas. Dame en seguida mi trompeta, para que veas cómo me gusta soplar.

LA SEÑORA DE LEPIC

Entonces, ¿por qué mientes? Para causarle pena a tu padre, ¿verdad? Cuando a uno le gustan las trompetas, no dice que le gustan las pistolas; y, sobre todo, no dice uno que ve pistolas cuando no ve nada. De modo que, para que aprendas, ni pistola ni trompeta tendrás. Mírala bien: tres borlas encarnadas tiene, y una bandera con franja de oro. Ya la has visto bastante. Ahora vete a la cocina, a ver si estoy allí. ¡Ahueca, trota y chúpate el dedo!

En lo más alto del armario, sobre una pila de ropa blanca, arrollada en sus tres

borlas encarnadas y en su bandera con franja de oro, la trompeta de Zanahoria espera quien vaya a soplar en ella, inexpugnable, invisible, muda como la del juicio final.

EL MECHÓN

Los domingos la señora de Lepic exige que sus hijos vayan a misa. Los ponen guapos, y Ernestina, la hermana, se encarga de dirigir el tocado de ellos, a trueque de retrasar el suyo. Escoge las corbatas, lima las uñas, distribuye los libros de misa, y da el más gordo a Zanahoria. Pero, sobre todo, unta de pomada a sus hermanos.

Lo hace con verdadero furor.

Si Zanahoria, pasivo, deja hacer, Félix, el hermano mayor, advierte a su hermana

que acabará por enfadarse, y ella le engaña:

—Esta vez—dice—me he dejado llevar, y no lo he hecho ex profeso; pero te juro que desde el domingo que viene ya no te la pongo.

Y siempre se las arregla para ponerle un pegote de un dedo de espesor.

—¡Aquí va a haber algo gordo!—dice Félix, el hermano mayor.

Esta mañana, envuelto en su toalla, baja la cabeza, mientras Ernestina, la hermana, finge, como siempre, que no se da cuenta de nada.

—Mira—le dice ella,—te obedezco; no refunfuñes; mira el tarro en la chimenea, tapado. ¿Soy o no soy amable? Pero eso no tiene mérito. A Zanahoria habría que ponerle cemento; pero a ti..., tú no necesitas pomada. El pelo se te riza y ahueca solo. Tienes la

cabeza como una coliflor, y lo que es esta raya no se te quita hasta la noche.

—¡Gracias!—dice Félix, el hermano mayor.

Se yergue sin desconfianza. Ni siquiera se asegura, como de costumbre, pasándose la mano por el pelo.

Ernestina, la hermana, acaba de acicalarle; le emperifolla y le pone unos guantes blancos de filadiz.

—¿Está ya?—pregunta Félix, el hermano mayor.

—Reluces como un príncipe—dice Ernestina, la hermana.—Sólo te falta la gorra. Ve a buscarla al armario.

Pero Félix, el hermano mayor, se equivoca. Pasa por delante del armario, corre al aparador, lo abre, echa mano a una botella llena de agua, y se la vacía sobre la cabeza con tranquilidad.

—Ya te lo advertí, hermana—dice.—No me gusta que se burle nadie de mí. Eres aún demasiado chica para tomarle el pelo a un veterano. Si lo vuelves a hacer, tu pomada va a parar al río.

Pegado el pelo, chorreando el traje de los días de fiesta, empapado todo, espera a que le muden o a que el sol le seque; lo que prefieran: lo mismo le da.

—¡Qué tío!—dice para sus adentros Zanahoria, inmóvil de admiración.—No teme a nadie; y si yo tratara de imitarle, todos se echarían a reír. Más vale dejarles creer que no detesto la pomada.

Pero en tanto que Zanahoria se resigna con un corazón consuetudinario, sin que lo sepa, sus cabellos toman venganza por él.

Sometidos a viva fuerza, por algún tiempo, bajo la pomada, se hacen los muertos; luego se desentumecen, y en un empuje

ZANAHORIA

invisible abollan su ligero molde reluciente, lo resquebrajan, lo revientan.

Es como el deshielo de un rastrojo.

Y a poco el primer mechón se empina en el aire, derecho, libre.

EL BAÑO

COMO pronto van a dar las cuatro, Zannahoria, febril, despierta al señor Lepic y a Félix, el hermano mayor, que duermen a la sombra de los avellanos del jardín.

—¿Nos vamos?—dice.

FÉLIX

Vamos. ¿Llevas los taparrabos?

EL SEÑOR LEPIC

Aun debe de hacer demasiado calor.

FÉLIX

A mí, cuando hay sol, me gusta más.

ZANAHORIA

Y tú, papá, estarás mejor a la orilla del agua que aquí. Te podrás tender en la hierba.

EL SEÑOR LEPIC

Andad delante, y despacito, no cojáis una insolación.

Pero Zanahoria acorta el paso a duras penas y siente hormiguillo en los pies. Lleva al hombro su taparrabo severo, sin dibujo, y el taparrabo rojo y azul de Félix, el hermano mayor. Animada la faz, charla, canturrea entre dientes y da sal-

tos por encima de las matas. Nada en el aire, y dice a Félix, el hermano mayor:

—¿Verdad que estará buena? ¡Y que no vamos a arrear hoy!

—¡No eres tú poco valiente!—responde Félix, el hermano mayor, desdeñoso y seguro.

En efecto: Zanahoria se calma de repente.

Acaba de saltar, antes que todos, con ligereza, una tapia baja de pedruscos, y el río, mostrándose de pronto, corre delante de él. Ya no es cosa de risa.

Unos reflejos glaciales espejean en el agua encantada.

Chapotea como si rechinara los dientes, y despide un olor soso.

Se trata de meterse en ella, de estarse allí dentro y de hacer algo mientras el señor Lepic va contando en su reloj los

minutos reglamentarios. Zanahoria se estremece. El valor, que azuzaba para que le durase más, también hoy le falla en el momento oportuno; y el aspecto del agua, que de lejos atraía, le llena de angustia.

Zanahoria empieza a desnudarse algo retirado. No quiere ocultar tanto su delgadez y sus pies, como temblar solo, sin que le dé vergüenza.

Va quitándose prenda a prenda la ropa y doblándola cuidadosamente sobre la hierba. Se le enredan las cintas de los zapatos, y no acaba nunca de desenredarlas.

Se pone el taparrabo, se quita la camisa corta, y, puesto que está sudoroso como el caramelo largo que se rezuma en su ceñidor de papel, espera un ratito.

Ya Félix, el hermano mayor, se ha posesionado del río y lo saquea como si fue-

se suyo. Le da manotones, le muele a patadas, hace saltar espuma, y, terrible en medio del agua, va echando hacia la orilla el rebaño de las olas coléricas.

—¿No te decides, Zanahoria?—pregunta el señor Lepic.

—Me estaba secando—dice Zanahoria.

Al cabo se determina; se sienta en el suelo, tantea el agua con el dedo gordo del pie, aplastado por las botas, sobrado estrechas. Frótase al mismo tiempo el estómago, que tal vez aun no ha acabado de digerir. Y luego se deja resbalar a lo largo de las raíces.

Le arañan éstas las pantorrillas, los muslos, las nalgas. Cuando el agua le llega a la barriga, a punto está de salirse y escapar. Le parece que un cordel mojado se le va arrollando poco a poco al cuerpo, como si él fuese un trompo. Pero el terrón

en que se apoya cede, y Zanahoria se cae, desaparece, manotea y vuelve a salir tosiendo, escupiendo, sofocado, ciego, aturdido.

—¡Buen chapuzón, hijo!—le dice el señor Lepic.

—¡Vaya!—exclama Zanahoria.—Por más que eso no me gusta mucho que digamos. Se me mete el agua en los oídos, y después tengo dolor de cabeza.

Busca un sitio en que pueda aprender a nadar, es decir, a menear los brazos, andando de rodillas por la arena.

—Te das demasiada prisa—le dice el señor Lepic.—No agites esos puños apretados como si fueras a arrancarte los pelos. Mueve esas piernas, que se están sin hacer nada.

—Más difícil es nadar sin ayuda de piernas—dice Zanahoria.

Pero Félix, el hermano mayor, no le deja aplicarse, y le molesta sin cesar:

—Ven aquí, Zanahoria, que hay más fondo. Yo no hago pie; me hundo. Mírame. Espera. ¿Me estás viendo? Pues, atención, que ya no me ves. ¡No te muevas! ¿A que llego hasta donde estás en diez brazadas?

—Yo las contaré—dice Zanahoria tiritando, con los hombros fuera del agua, inmóvil como un verdadero guardacantón.

Otra vez se agacha para nadar. Pero Félix, el hermano mayor, se le encarama por la espalda, se tira de cabeza, y dice:

—Ahora tú, si quieres, súbete encima de mí.

—¡Déjame dar la lección con tranquilidad!—dice Zanahoria.

—¡Bueno—grita el señor Lepic;—afuera!
Venid a tomar una gota de ron cada uno.

—¿Ya?—dice Zanahoria.

En aquel momento no quisiera ya salir. No ha sacado bastante provecho del baño. El agua, cuando hay que salirse, deja de darle miedo. Hace un momento, de plomo, ahora de pluma, se resiste con una especie de valor heroico, desafiando el peligro, dispuesto a jugarse la vida por salvar a alguien; hasta desaparece bajo el agua por su propia voluntad, para saborear la angustia de los que se ahogan.

—¡Date prisa—exclama el señor Lepic,—o tu hermano Félix se bebe todo el ron!

Aunque a Zanahoria no le gusta el ron, dice:

—A nadie le cedo mi parte.

Y se la echa al colete como un veterano.

EL SEÑOR LEPIC

No te has lavado bien; tienes todavía mugre en los tobillos.

ZANAHORIA

Es tierra, papá.

EL SEÑOR LEPIC

No; es mugre.

ZANAHORIA

¿Quieres que me meta otra vez, papá?

EL SEÑOR LEPIC

Mañana te la quitas; ya volveremos.

ZANAHORIA

¡Qué gusto! ¡Con tal que haga buen día!...

ZANAHORIA

Va secándose con la punta del dedo en los rincones enjutos que Félix, su hermano mayor, no llegó a mojar de la toalla, y pesada la cabeza, desollado el gaznate, se ríe a carcajadas de la gracia con que su hermano y el señor Lepic bromean a propósito de los dedos amorcillados de sus pies.

HONORINA

LA SEÑORA DE LEPIC

PUES ¿qué edad tiene usted, Honorina?

HONORINA

Sesenta y siete hice por los Santos, señora Lepic.

LA SEÑORA DE LEPIC

Ya es usted vieja; ¡pobrecilla!

HONORINA

Eso no es nada cuando puede una tra-

bajar. Nunca estuve enferma. Creo que los caballos no son tan duros como yo.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quiere usted que le diga una cosa, Honorina? Usted se va a morir de repente. Una noche, al volver del río, sentirá usted que el cuévano le pesa más, que le cuesta mayor trabajo empujar la carretilla que las demás noches; se caerá entre las varas, de bruces sobre la ropa húmeda, y se acabó. Cuando vayan a levantarla, muerta.

HONORINA

Me hace usted reír, señora Lepic. No tema; piernas y brazos todavía rigen.

LA SEÑORA DE LEPIC

Está usted un poco encorvada, es cierto. Pero cuando la espalda se arquea, no

tiene una tanta fatiga en los riñones al lavar. ¡Lástima que vaya perdiendo la vista! ¡No me diga que no, Honorina! Lo vengo notando hace algún tiempo.

HONORINA

¡Ca! Tan claro veo como cuando me casé.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Vaya! Abra la alacena y déme un plato; uno cualquiera. Si seca usted la vajilla como es debido, ¿por qué está empañada?

HONORINA

Hay humedad en la alacena.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Y hay también en la alacena dedos que se pasean por los platos? Mire este chafarrinón.

HONORINA

¿Cuál, señora? Haga el favor de decírmelo, que yo no lo veo.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso es lo que le echo en cara, Honorina. Óigame. No digo que se abandone, porque no tendría razón: en todo el país no conozco mujer que la iguale en cuanto a energía; sólo que va usted haciéndose vieja. También yo me hago vieja, todos nos hacemos viejos, y ocurre que la buena voluntad ya no basta. Apostaría a que de vez en cuando siente usted una tela sobre los ojos. Y por mucho que se los frote, allí sigue.

HONORINA

Pues bien que los abro, y menos turbio

veo que si tuviese la cabeza metida en un cubo de agua.

LA SEÑORA DE LEPIC

Sí, sí, Honorina, créame. Ayer mismo dió usted al señor Lepic un vaso que estaba sucio. Yo no dije nada, para no disgustarla armando un jaleo. El señor Lepic tampoco dijo nada. Nunca dice nada; pero nada se le escapa. Pasa por indiferente. ¡Qué error! Observa, y todo se le queda grabado detrás de la frente. No hizo más que apartar con el dedo su vaso, y tuvo el valor de almorzar sin beber. Yo estuve padeciendo por usted y por él.

HONORINA

¡Diablo con el señor Lepic! ¡Gastar cumplidos con su criada! No tenía más

que hablar, y yo le hubiera cambiado el vaso.

LA SEÑORA DE LEPIC

Es posible, Honorina; pero otras más listas que usted no logran hacer hablar al señor Lepic cuando está decidido a callarse. Yo misma he renunciado a ello. Además, la cuestión no es ésa. Me explicaré. Usted tiene cada día la vista más débil. Si el mal no es grande cuando se trata de un trabajo de bulto, como la colada, ya no le convienen los trabajos finos. Aunque se aumenten los gastos, de buena gana buscaría alguien que la ayudase.

HONORINA

Yo no haría nunca migas con otra mu-

jer que se me pusiera por delante, señora Lepic.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso iba yo a decir. De modo que... Con franqueza: ¿qué me aconseja usted?

HONORINA

Todo irá bien de este modo hasta que me muera.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Morirse! ¿Piensa usted en esas cosas, Honorina? ¡Si es capaz de enterrarnos a todos, y así se lo deseo!... ¿Se figura usted que yo voy a esperar a que se muera?

HONORINA

Pero ¿no tendrá usted intención de despedirme porque haya pasado mal un trapo?

Y, además, que no me voy de su casa como usted no me ponga de patitas en la calle. Porque una vez fuera, ya no podré más que reventar.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quién habla de despedirla, Honorina? Ya se le subió la sangre a la cabeza. Estamos hablando las dos como buenas amigas, y de pronto se me enfada y dice unas tonterías más grandes que un templo.

HONORINA

¡Hombre! ¿Y qué seguridad tengo yo...?

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Y yo? Usted no va perdiendo la vista por culpa suya, ni por culpa mía tampoco. Espero que el médico la curará. Eso suele curarse. Entretanto, ¿cuál de las dos está

más molesta? Usted ni siquiera sospecha que los ojos se le van echando a perder, y la casa es quien lo paga. Se lo advierto por caridad, para evitar accidentes, y, además, porque me parece que algún derecho tengo a hacer con dulzura una observación.

HONORINA

Todas las que usted quiera. Con toda confianza, señora Lepic. Por un momento me he visto en la calle; pero usted me tranquiliza. Yo, por mi parte, cuidaré de mis platos; se lo prometo.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué otra cosa pido yo? Soy más buena de lo que dicen, Honorina, y no he de privarme de su servicio, a no ser que usted me obligue absolutamente a ello.

HONORINA

En ese caso, señora Lepic, ni una palabra más. Por ahora me creo útil; y si usted me echara, gritaría que era una injusticia. Pero el día que me dé cuenta de que soy una carga y de que ni siquiera sé ya poner a calentar una caldera de agua a la lumbre, me iré en seguidita, yo sola, sin necesidad de que me empujen.

LA SEÑORA DE LEPIC

Y sin olvidar, Honorina, que siempre quedará para usted en casa un poco de sopa.

HONORINA

No, señora Lepic; sopa, no; pan solo. Desde que la tía Maitte no come más que pan, dice que no se muere.

LA SEÑORA DE LEPIC

—¿Y sabe usted que lo menos tiene cien años? ¿Y sabe usted otra cosa, Honorina? Los pobres de pedir limosna son más felices que nosotros; yo soy quien lo dice.

HONORINA

—Ya que usted lo dice, lo mismo digo yo, señora Lepic.

LA CALDERA

RARAS son para Zanahoria las ocasiones en que puede mostrarse útil a su familia. Metido en un rincón, las espera al paso. Puede escuchar, sin opinión preconcebida, y, llegado el momento, salir de la sombra, y como persona reflexiva, única que conserva toda su serenidad entre gentes perturbadas por las pasiones, tomar en sus manos la dirección de las cosas.

Adivina, pues, que la señora de Lepic necesita un auxiliar inteligente y seguro. No lo ha de confesar, por cierto: tan altiva es. Llegarán a un acuerdo tácito, y

Zanahoria obrará sin que nadie le dé ánimos, sin esperanza de recompensa.

Se decide.

Desde por la mañana hasta por la noche, una caldera cuelga de las llaves en la chimenea. En invierno se calienta allí mucha agua, se llena y se vacía a menudo, y hierve sobre un fuego abundante.

En verano sólo se emplea su agua, después de cada comida, para fregar, y en lo demás del tiempo hierve sin utilidad, con un leve silbido incesante, mientras bajo su agrietado vientre humean dos leños casi apagados.

A veces Honorina no oye el silbido. Se inclina y pone atención.

—¡Toda se ha evaporado!—dice.

Vierte un cubo de agua en la caldera, junta los leños y remueve la ceniza. Pronto vuelve a empezar el suave canturreo,

y Honorina, tranquilizada, va a ocuparse de otra cosa.

Si le dijese:

—Honorina, ¿por qué pone usted a calentar agua que ya no le sirve? Descuelgue la caldera; apague el fuego. Echa la leña a arder como si nada costase, habiendo tantos pobres que se hielan en cuanto empieza el frío. ¡Y eso que es usted mujer económica!—sacudiría la cabeza.

Siempre ha visto una caldera colgada al extremo de las llaves.

Siempre ha oído hervir el agua, y luego que la caldera se vacía, llueva, o haga viento, o caiga el sol, ha vuelto a llenarla.

Y ya ni siquiera necesita tocar la caldera, ni aun mirarla: se la sabe de memoria. Le basta escuchar; y si la caldera se calla, echa un cubo de agua como si en-

hebrase una perla, con tal costumbre, que hasta aquí nunca ha errado un golpe.

Pero hoy lo yerra por primera vez.

Toda el agua va a caer en el fuego, y una nube de ceniza, como un animal a quien molestan y se incomoda, salta sobre Honorina, envolviéndola, ahogándola, quemándola.

Lanza un grito, estornuda y escupe, echándose atrás.

—¡Porrar!—dice.—¡Creí que el diablo salía de las entrañas de la Tierra!

Pegados y escocidos los ojos, tantea con sus manos ennegrecidas la obscuridad de la chimenea.

—¡Ah! ¡Ya me lo explico!—dice estupefacta.—La caldera no está... No; a fe mía—dice,—no me lo explico. La caldera estaba ahí hace un momento. Seguramente, porque silbaba como un flautín.

Han debido de quitarla mientras Honorina estaba vuelta de espaldas, sacudiendo por la ventana un delantal lleno de mondaduras.

Pero ¿quién?

La señora de Lepic, severa y tranquila, aparece sobre el ruedo de paja de la alcoba.

—¿Qué ruido es ése, Honorina?

—¡Ruido, ruido!—exclama Honorina.—
¡Bonita estoy yo para meter ruido! A poco más, me abraso. Míreme los zuecos, la falda, las manos. Tengo salpicada de barro toda la chambra y pedacitos de carbón en los bolsillos.

LA SEÑORA DE LEPIC

Ya veo ese pantano que rebosa de la chimenea, Honorina. ¡Limpio se va a quedar todo!

HONORINA

Porque me han quitado la caldera sin avisarme. ¿La habrá cogido usted por casualidad?

LA SEÑORA DE LEPIC

Esa caldera es aquí de todos, Honorina. ¿Será necesario que yo, o el señor Lepic, o mis hijos, tengamos que pedirle a usted permiso para servirnos de ella?

HONORINA

¡Si diré tonterías, de irritada que estoy!

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Contra nosotros, o contra usted, mi buena Honorina? ¿O contra quién? No soy curiosa; pero me gustaría saberlo. Me deja usted desconcertada. So pretexto de

ZANAHORIA

que ha desaparecido la caldera, me echa usted sin más ni más un cubo de agua al fuego, y, testaruda, sin confesar su torpeza, la toma con los demás; hasta conmigo. ¡Es mucho descaro, palabra!

HONORINA

¿Sabes tú dónde está mi caldera, Zanahorita mío?

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué ha de saber él, una criatura irresponsable? Deje ya la caldera. Más vale que se acuerde de lo que ayer me dijo: «El día que yo me dé cuenta de que ni siquiera puedo poner a calentar el agua, me iré yo sola, sin necesidad de que me empujen.» La verdad, yo sabía que tenía usted los ojos malos; pero no creí que su

estado fuese tan desesperado. No digo más, Honorina; póngase en mi lugar. Ya está al corriente, como yo misma, de la situación; juzgue y decida. ¡Ah! Y no se cohíba; llore. Motivo tiene.

RETICENCIA

MAMÁ! ¡Honorina!

Pero ¿qué más quiere Zanahoria? Todo lo va a echar a perder. Por fortuna, ante la mirada fría de la señora de Lepic, se para en seco.

¿Para qué decir a Honorina: «Honorina, he sido yo»? Nada puede salvar a la vieja. Ya no ve, ya no ve. Tanto peor. Tenía que ceder, más tarde o más temprano. Su confesión no había de servir sino para aumentarle el sufrimiento. Que se vaya y que, sin sospechar de Zanahoria, se imagine herida por el inevitable golpe de la suerte.

Y ¿para qué decir a la señora de Lepic: «Mamá, he sido yo»? ¿Para qué blasonar de una acción meritoria, mendigar una sonrisa de honor? Además de que correría cierto peligro, porque bien sabe que la señora de Lepic es capaz de desmentirle en público. Ocúpese, pues, de sus cosas, o, por mejor decir, haga como si ayudara a su madre y a Honorina a buscar la caldera.

Y en un momento en que se unen los tres para encontrarla, él es quien da muestras de más ardor. La señora de Lepic, perdido el interés, es la primera que renuncia; Honorina se resigna y se aleja hablando entre dientes, y pronto Zanahoria, que ha estado a pique de perderse por un escrúpulo, vuelve a entrar en sí mismo como en una vaina, como un instrumento de justicia que ya no es necesario.

ÁGUEDA

A Honorina la sustituye Águeda, nieta suya.

Con curiosidad observa Zanahoria a la recién llegada, que por unos días apartará de él, atrayéndola sobre sí, la atención de los Lepic.

—Águeda—dice la señora de Lepic,—se llama siempre antes de entrar; lo cual no quiere decir que hundas las puertas a puñetazos de caballería.

—Ya empezamos—dice para sus adentros Zanahoria;—pero en el almuerzo será ella.

Comen en la cocina grande. Águeda, con una servilleta en el brazo, está pronta a correr de la hornilla a la alacena, de la alacena a la mesa, porque no sabe andar despacio; prefiere jadear, con las mejillas arrebatadas.

Y habla demasiado de prisa, se ríe demasiado fuerte, tiene demasiados deseos de hacer las cosas bien.

El señor Lepic se sienta antes que todos, desdobra su servilleta, empuja el plato hacia la fuente que ve delante de sí, se pone carne, salsa, y tira del plato. Se echa de beber, y, encorvando la espalda, bajos los ojos, se alimenta con sobriedad, hoy lo mismo que los demás días, indiferente.

Cuando mudan la fuente, se reclina en la silla y mueve los muslos.

La señora de Lepic hace plato a los niños: primero a Félix, el hermano mayor,

porque el estómago se lo pide a gritos; después a Ernestina, la hermana, porque es la primera; y por último a Zanahoria, que está en una punta de la mesa.

Nunca pide más, como si le estuviera formalmente prohibido. Con su ración ha de bastarle. Si se lo ofrecen, acepta, y, sin beber, se atiborra de arroz, que no le gusta, para halagar a la señora de Lepic, único ser de la familia que le quiere mucho.

Más independientes, Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, piden ración doble, empujando, según el método del señor Lepic, su plato hacia donde está la fuente.

Pero nadie habla.

—¿Qué les pasará?— se pregunta Águeda.

No les pasa nada. Son así, y se acabó.

Ella no puede reprimir los bostezos, ya delante de uno, ya delante de otro.

El señor Lepic come despacio, como si mascarara vidrio molido.

La señora de Lepic, que suele ser de comida a comida más habladora que una urraca, en la mesa se da a entender con gestos y con movimientos de cabeza.

Ernestina, la hermana, levanta los ojos al techo.

Félix, el hermano mayor, modela una miga de pan; y Zanahoria, que está sin vaso, no se preocupa más que de limpiar su plato, no excesivamente pronto, por glotonería, ni excesivamente tarde, por golosina. Para ello se entrega a los cálculos más complicados.

De pronto el señor Lepic va a llenar de agua una botella.

—Ya hubiera ido yo—dice Águeda.

O, por mejor decir, no lo dice, sino que lo piensa tan sólo. Atacada ya del mal co-

mún, torpe la lengua, no se atreve a hablar; pero, como cree haber caído en falta, redobla el cuidado.

Al señor Lepic casi no le queda pan. Lo que es ahora no ha de dejar Águeda que se le adelanten. Le vigila hasta el punto de olvidarse de los demás, y de que la señora de Lepic, con un seco: «Águeda, ¿vas a echar una rama?», la llame al orden.

—Servidora, señora—responde Águeda.

Y se multiplica, sin quitar ojo al señor Lepic. Se propone conquistarle con sus obsequios, y va a tratar de señalarse.

Ya es tiempo.

Como el señor Lepic está mascando el último bocado de pan, se precipita a la alacena y saca una rosca de cinco libras, sin empezar, para ofrecérsela, del todo feliz por haber adivinado los deseos de su señorito.

Pero el señor Lepic dobla su servilleta, se levanta de la mesa, se pone el sombrero y se va al jardín a echar un pitillo.

En cuanto acaba de almorzar, no toma bocado.

Clavada, estúpida, Águeda, con la rosca que pesa cinco libras apoyada en el vientre, parece un anuncio de cera de una fábrica de aparatos de salvamento.

EL PROGRAMA

SE ha quedado de una pieza!—dice Zanahoria en cuanto Águeda y él se encuentran solos en la cocina.—No se desanime; mayores cosas verá. Pero ¿adónde va con esas botellas?

—A la cueva, señorito Zanahoria.

ZANAHORIA

Dispense; a la cueva quien va soy yo. Desde el día en que pude bajar por la escalera, tan mala que las mujeres se escurren y están a punto de romperse la crisma, he llegado a ser el hombre de con-

fianza. Sé distinguir el lacre rojo del lacre azul.

Vendo los barriles viejos, y lo que saco es para mí, lo mismo que los pellejos de liebre, y el dinero se lo doy a mamá.

Pongámonos de acuerdo, si le parece bien, para que el uno no moleste al otro en su servicio.

Por la mañana yo abro al perro y le doy a comer su sopa. Por la noche le silbo para que venga a acostarse. Cuando se entretiene en la calle, le espero.

Además, mamá me ha prometido que irá siempre a cerrar la puerta a las gallinas.

Arranco hierbas que hay que conocer, sacudo su tierra con el pie para volver a tapar el hoyo que dejan, y se las reparto a los animales.

Para hacer ejercicio, ayudo a mi padre a serrar madera.

Remato la caza que trae viva, y usted y Ernestina, mi hermana, la despluman.

Yo abro el vientre a los pescados y los vacío, y hago estallar sus vejigas con el tacón.

Claro está que usted les quita las escamas y saca cubos de agua del pozo.

Yo ayudo a devanar las madejas de hilo.

Yo muelo el café.

Cuando el señor Lepic se quita las botas sucias, yo soy quien las saca al pasillo; pero mi hermana Ernestina no cede a nadie el derecho de llevarle las zapatillas que ella le bordó.

Yo me encargo de los recados importantes, de las correrías largas, de ir a la botica o a casa del médico.

Por su parte, usted va por el pueblo a traer el menudeo.

Pero tendrá usted que lavar dos o tres

horas diarias en el río, haga el tiempo que haga. Eso será lo más duro de su trabajo, ¡pobrecilla!; pero yo no puedo evitarlo. Sin embargo, ya trataré alguna vez, si tengo tiempo, de echarle una mano cuando tienda la ropa en el seto.

Ahora que me acuerdo: un consejo. No tienda nunca la ropa en los árboles frutales, porque el señor Lepic, de un papiro-tazo, la tiraría al suelo, sin hacer observación ninguna, y la señora de Lepic, por una mancha, se la volvería a hacer lavar.

Le recomiendo el calzado. Ponga mucha grasa en las botas de caza, y muy poco betún en los zapatos, porque se quemán.

No se encarnice con los pantalones llenos de lodo. El señor Lepic afirma que el barro los conserva. Anda por la tierra labrada sin remangarse los pantalones. A mí me gusta más recogerme los mós cuan-

do el señor Lepic me lleva y me da el morral.

—Zanahoria—me dice,—nunca serás cazador serio.

Y la señora de Lepic agrega:

—¡Como te ensucies, me respondes con las orejas!

Es cuestión de gustos.

En suma: que no será usted muy digna de lástima. Mientras yo esté en vacaciones, nos repartiremos el trabajo; y cuando mi hermana, mi hermano y yo volvamos al colegio, no tendrá tanto. El resultado viene a ser igual.

Además, nadie le parecerá malo del todo. Pregunte a nuestros amigos: todos le jurarán que mi hermana Ernestina es de una dulzura angelical, que mi hermano Félix tiene un corazón de oro, el señor Lepic un espíritu recto, un criterio firme,

y la señora de Lepic un raro talento de cocinera. Tal vez encuentre en mí el carácter más difícil de la familia. No soy peor que los demás, en el fondo. Basta con saber cogerme el aire. Por lo demás, me hago reflexiones, me impongo correctivos; sin falsa modestia, voy mejorando, y si pone usted algo de su parte, llegaremos a vivir en buena inteligencia.

No; no vuelva a llamarme señorito; llámeme Zanahoria, como todo el mundo. Es más breve que «señor Lepic, hijo». Sólo le ruego que no me tutee, como hacía su abuela Honorina, a quien yo detestaba, porque no hacía más que humillarme.

EL CIEGO

CON la punta del bastón llama discretamente a la puerta.

LA SEÑORA DE LEPIC

—¿Qué querrá hoy ése?

EL SEÑOR LEPIC

—¿No lo sabes? Quiere sus dos reales; es su día. Déjale entrar.

La señora de Lepic, malhumorada, abre la puerta y tira del ciego por un brazo, bruscamente, de frío que hace.

—¡Buenos días a todos los presentes!
—dice el ciego.

Entra. Su bastón corre a pasos breves por las losas, como si persiguiera ratones, y tropieza con una silla. Se sienta el ciego, y tiende hacia la estufa las manos transidas.

El señor Lepic saca una moneda de dos reales y dice:

—Tome.

Ya no vuelve a ocuparse de él, y sigue leyendo el periódico.

Zanahoria está gozándola. En cuclillas junto a un rincón, mira los zuecos del ciego; se derriten, y ya en derredor empiezan a dibujarse unos regueros.

La señora de Lepic lo advierte.

—Déjeme los zuecos, anciano—le dice.

Los pone bajo la chimenea; pero ya es tarde: han dejado una laguna, y los pies

del ciego, al sentir la humedad, se levantan, primero uno, después otro, apartan la nieve embarrada, la extienden más lejos.

Con la uña, Zanahoria rasca el suelo y hace señas al agua salada para que corra en dirección suya, indicando grietas profundas.

—Si tiene ya sus dos reales—dice la señora de Lepic, sin preocuparse de que la oigan,—¿qué más quiere?

Pero el ciego habla de política, primero con timidez, luego con confianza. Cuando las palabras no acuden, agita el bastón, se quema un puño con el tubo de la chimenea, lo retira rápidamente, y, suspicaz, revuelve sus ojos, que sólo tienen clara en el fondo de sus lágrimas inagotables.

A veces el señor Lepic, al volver el periódico, dice:

—Es indudable, tío Tissier, indudable; pero ¿está usted seguro?

—¡Que sí estoy seguro!—exclama el ciego.—¡Pues no faltaba más! ¡Buena es esa! Oiga usted, señor Lepic; verá cómo me quedé ciego.

—¡No arranca!—dice la señora de Lepic.

En efecto: el ciego se encuentra a gusto. Relata su accidente, se estira y se derrite todo él. Tenía en las venas carámbanos que se disuelven y circulan. Creyérase que sus vestiduras y sus miembros sudan aceite. En el suelo, la laguna crece. Llega hasta Zanahoria, va a tocarle.

Él es su término.

Pronto ha de poder jugar con ella.

Entretanto la señora de Lepic inicia una maniobra hábil. Da encontrones al ciego, le suelta algún codazo, le da un pisotón, le hace retroceder, le obliga a refugiarse

entre el aparador y el armario, donde el calor no llega. El ciego, desconcertado, tantea, gesticula y sus dedos trepan como bichos. Deshollina su obscuridad. Otra vez se forman los témpanos; ya vuelve a congelarse.

Y el ciego termina su relato con voz llorona:

—Sí, amigos míos, se acabó; ya, ni ojos ni nada: negrura de horno.

Se le escapa el bastón. Eso esperaba la señora de Lepic. Se precipita, recoge el bastón y se lo entrega al ciego sin soltarlo.

Él cree que lo tiene, y no lo tiene.

Valiéndose de hábiles añagazas, le hace volver a cambiar de sitio, le devuelve los zuecos y le guía en dirección a la puerta.

Luego le da un ligero pellizco para vengarse un poco; le empuja hacia la calle,

bajo el edredón del cielo gris, que se vacía de toda su nieve, contra el viento, que gruñe lo mismo que un perro a quien hubiesen dejado fuera.

Y antes de volver a cerrar, la señora de Lepic le grita al ciego, como si fuera sordo:

—¡Hasta más ver! No pierda los dos reales. Hasta el domingo que viene, si el tiempo mejora y es usted todavía de este mundo. Sí que estaba usted en lo firme, tío Tissier: nunca sabe uno quién vive ni quién se muere. ¡Cada cual con sus penas, y Dios con todos!

EL DÍA DE AÑO NUEVO

NIEVA. Para que el día de Año Nuevo salga bien, es preciso que nieve.

La señora de Lepic ha dejado prudentemente corrido el cerrojo de la puerta del patio. Ya sacuden unos chicuelos el picaporte; llaman abajo, discretos al principio, después hostiles, a patadas, y, cansados de esperar, aléjanse a reculones, sin quitar los ojos del ventanillo por donde la señora de Lepic los espía. El ruido de sus pasos se ahoga en la nieve.

Zanahoria salta de la cama y va a lavarse, sin jabón, a la pila del jardín. Está he-

lada. Tiene que romper el hielo, y ese previo ejercicio derrama por su cuerpo un calor más sano que el de la estufa. Pero hace como si se mojase la cara; y ya que siempre le encuentran sucio, hasta cuando se atusa a conciencia, sólo quita lo de más bulto.

Listo, y a punto para la ceremonia, va a colocarse detrás de Félix, el hermano mayor, situado detrás de Ernestina, la hermana, que es la primogénita. Los tres entran en la cocina. Los señores de Lepic acaban de reunirse en ella, como quien no quiere la cosa.

Ernestina, la hermana, les da un beso y dice:

—¡Buenos días, papá! ¡Buenos días, mamá! Os deseo un feliz año, mucha salud, y la gloria celestial después de esta vida.

Félix, el hermano mayor, dice lo mismo,

muy de prisa, precipitándose para acabar, y da también sus besos.

○ Pero Zanahoria saca de la gorra una carta. En el sobre, cerrado, se lee: «A mis queridos padres.» Va sin señas. Un pájaro de rara especie, rico en colores, se escapa, de un vuelo, por una esquina.

Zanahoria se lo alarga a la señora de Lepic, que lo abre. Flores lozanas adornan abundantes el pliego, y tal es la puntilla que lo rodea, que la pluma de Zanahoria se ha metido más de una vez por los agujeros, salpicando la palabra contigua.

EL SEÑOR LEPIC

¿Y para mí, nada?

ZANAHORIA

Es para los dos; mamá te la deja.

EL SEÑOR LEPIC

¿De modo que quieres más a tu madre que a mí? Pues anda, regístrate, a ver si tienes en el bolsillo estos dos realitos nuevos.

ZANAHORIA

Ten un poco de paciencia; ya acaba mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Tienes estilo; pero tan mala letra, que no acierto a leer.

—Toma, papá—dice Zanahoria, obsequioso;—ahora tú.

Mientras Zanahoria, muy tieso, espera la contestación, el señor Lepic lee la carta una vez, dos veces; la examina despacio,

según costumbre suya; exclama: «¡Ah!, ¡ah!»; y la deja encima de la mesa.

De nada sirve ya, puesto que ha producido su total efecto. Ya es de todos. Cualquiera puede verla, tocarla. Ernestina, la hermana, y Félix, el hermano mayor, la cogen sucesivamente y buscan faltas de ortografía. Aquí Zanahoria ha debido de mudar de pluma: se lee mejor. Luego se la devuelven.

Él le da una vuelta, y otra, y se sonríe desgarbadamente, como si preguntara:

—¿Quién la quiere?

Por último, vuelve a guardársela en la gorra.

Reparten los aguinaldos. A Ernestina, la hermana, una muñeca tan alta como ella, más alta; y a Félix, el hermano mayor, una caja de soldados de plomo en actitud de pelear.

—Te guardo una sorpresa—dice la señora de Lepic a Zanahoria.

ZANAHORIA

¡Ah, sí!

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué es eso de «¡Ah, sí!»? Puesto que lo sabes, es inútil que te lo enseñe.

ZANAHORIA

¡Que no vea yo nunca a Dios si lo sé!

Levanta al aire una mano, grave, seguro de sí. La señora de Lepic abre el aparador. Zanahoria está sin aliento. Mete ella el brazo hasta el hombro, y lenta, misteriosa, saca, envuelta en un papel amarillo, una pipa de caramelo rojo.

Zanahoria, sin titubear, irradia alegría.

Ya sabe lo que le toca hacer. Con presteza quiere fumar en presencia de sus padres, ante las miradas envidiosas (¡pero no se puede tener de todo!) de Félix, el hermano mayor, y de Ernestina, la hermana.

Luego, cuando ha lanzado hasta el cielo una enorme bocanada, dice:

—Es buena; tira bien.

IDA Y VUELTA

Los señoritos y la señorita de Lepic vienen de vacaciones. Al saltar de la diligencia, y en cuanto alcanza de lejos a ver a sus padres, Zanahoria se pregunta:

—¿Será éste el momento de echar a correr hacia donde están?

Vacila:

—Es aún demasiado pronto: me quedaría sin aliento; y luego, no hay que exagerar.

Sigue aplazándolo:

—Echaré a correr cuando llegue allí...
¡No! Cuando llegue allá...

Se dirige preguntas:

—¿Cuándo he de quitarme la gorra? ¿A cuál de los dos he de besar primero?

Pero ya Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, se le han adelantado, y están repartiéndose las caricias familiares. Cuando llega Zanahoria, ya no quedan.

—¡Cómo!—dice la señora de Lepic.—
¿Todavía llamas «papá» al señor Lepic, a tus años? Llámale «padre», y dale un apretón de manos: así hacen los hombres.

En seguida le da un beso, uno solo, en la frente, para no despertar envidias.

Tan contento está Zanahoria de verse en vacaciones, que hasta llora. Siempre le ocurre lo mismo: invierte el modo de manifestarse.

El día que han de volver al colegio (la reapertura está señalada para el lunes por

la mañana; el 2 de Octubre se dice la misa del Espíritu Santo), en cuanto oye a lo lejos las campanillas de la diligencia, la señora de Lepic se lanza sobre sus hijos y los estrecha en un solo apretón. Zanahoria no cae dentro de él. Espera paciencioso que le llegue la vez, tendida ya la mano hacia las correas de la imperial, la despedida preparada, y tan triste, que a pesar suyo canturrea.

—¡Hasta la vuelta, madre!—dice con aires de dignidad.

—¡Andal!—exclama la señora de Lepic.—¿Qué te has figurado, monigote? Parece que te cuesta trabajo decir «mamá», como todos. ¡Habrás visto! ¡Un mocoso que es, y quiere echárselas de persona!

Sin embargo, le da un beso, uno solo, en la frente, para no despertar envidias.

EL MANGO DE PLUMA

LA Institución de San Marcos, donde el señor Lepic ha puesto a Félix, el hermano mayor, y a Zanahoria, está agregada a los cursos del Liceo. Cuatro veces al día los alumnos se dan el mismo paseo, muy agradable en el buen tiempo, y tan corto cuando llueve, que los muchachos más bien se refrescan que se mojan: de modo que les resulta higiénico de una punta a otra del año.

Esta mañana, cuando vuelven del Liceo arrastrando los pies, en rebaño, Zanahoria, que lleva la cabeza baja, oye que le dicen:

—Mira, Zanahoria; allí está tu padre.

Al señor Lepic le gusta dar tales sorpresas a sus chicos. Llega sin escribir, y se le ve de pronto plantado en la acera de enfrente, en la esquina, las manos a la espalda y el pitillo en la boca.

Zanahoria y Félix, el hermano mayor, rompen filas y corren hacia su padre.

—¡Te lo aseguro!—exclama Zanahoria.—Si en alguien pensaba, no era en ti.

—No piensas en mí hasta que me ves—dice el señor Lepic.

Zanahoria querría dar alguna respuesta afectuosa; pero tan ocupado está, que nada se le ocurre. Alzándose de puntillas, esfuérsase por besar a su padre. La primera vez le toca la barba con la punta de los labios; pero el señor Lepic, con un movimiento maquinal, levanta la cabeza, como si se esquivara. Luego se inclina y

vuelve a echarse atrás, y Zanahoria, que le buscaba la mejilla, yerra el blanco: sólo le roza en la nariz. El beso va al vacío. Él trata de explicarse tan extraña acogida.

—¿Será que papá ya no me quiere?— se pregunta.—Yo le he visto dar un beso a Félix, mi hermano mayor, y no se hacía atrás, sino que se abandonaba. ¿Por qué me evitará? ¿Querrá darme celos? Por lo regular, hago esta observación: cuando llevo tres meses lejos de mis padres, tengo unas ganas muy grandes de verlos. Me prometo echarme a su cuello como si fuese un perrito. Nos comeremos a caricias. Pero en cuanto los tengo delante, me dejan helado.

Entregado a sus pensamientos tristes, Zanahoria contesta mal a las preguntas del señor Lepic, cuando se informa de qué tal anda el griego.

ZANAHORIA

Según y conforme. La versión anda mejor que el tema, porque en la versión puede uno adivinar.

EL SEÑOR LEPIC

¿Y el alemán?

ZANAHORIA

La pronunciación es muy difícil, papá.

EL SEÑOR LEPIC

¡Porral Y si se declara la guerra, ¿cómo vas a derrotar a los prusianos sin saber su lengua viva?

ZANAHORIA

¡Ah! De aquí a entonces ya me las arreglaré yo. Siempre me estás amenazando

ZANAHORIA

con la guerra. Decididamente, creo que esperará, para estallar, a que tenga yo acabados mis estudios.

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué lugar te han dado en la última composición? Espero que no estarás a la cola.

ZANAHORIA

Uno hay aún detrás de mí.

EL SEÑOR LEPIC

¡Porra! ¡Y yo que iba a convidarte a almorzar! ¡Si siquiera fuese domingo! Pero entre semana no me gusta distraeros del trabajo.

ZANAHORIA

Ló que es yo no tengo gran cosa que hacer... ¿Y tú, Félix?

FÉLIX

Precisamente esta mañana se le ha olvidado al profesor darnos el ejercicio escrito.

EL SEÑOR LEPIC

Así estudiarás mejor la lección.

FÉLIX

¡Si ya la sé por adelantado, papá! Es la misma de ayer.

EL SEÑOR LEPIC

A pesar de todo, prefiero que vayáis al colegio. Trataré de quedarme hasta el domingo, y entonces nos resarciremos.

Ni la mueca de Félix, el hermano mayor, ni el silencio afectado de Zanahoria

retrasan la despedida, y llega el momento de separarse.

Zanahoria lo esperaba con inquietud.

—Voy a ver—se dice—si tengo más éxito; si a mi padre le disgusta o no que yo le bese.

Y resuelto, mirando de frente, alta la boca, se acerca.

Pero el señor Lepic, con mano defensiva, sigue manteniéndole a distancia, y le dice:

—Acabarás por saltarme un ojo con ese mango de pluma puesto sobre la oreja. ¿No podías ponértelo en otro lado cuando vas a besarme? Ten la bondad de observar que yo, por mi parte, me quito el cigarro.

ZANAHORIA

¡Ay, papafío mío, perdóname! Es verdad; el día menos pensado ocurre una des-

gracia por culpa mía. Ya me lo han avisado; pero el mango de pluma se tiene tan a gusto en mis orejas, que lo llevo siempre, y se me olvida. ¡Siquiera, debía quitar la pluma! ¡Ay, pobrecito papá! ¡Qué contento estoy por saber que el mango de pluma te daba miedo!

EL SEÑOR LEPIC

¡Porral! ¿Te ríes porque a poco más me dejas tuerto?

ZANAHORIA

No, papásto mío; me río por otra cosa: por una de esas tonterías que a mí se me ponen en la cabeza.

LAS MEJILLAS COLORADAS

TERMINADA la inspección habitual, el señor director de la Institución de San Marcos sale del dormitorio. Cada colegial se ha metido entre las sábanas como en un estuche, achicándose mucho para no rebosar. Violone, el inspector, echa una mirada para asegurarse de que todos están acostados, y, empinándose de puntillas, baja el gas poco a poco. En seguida empieza el parloteo de vecino a vecino. De una cabecera a otra crúzanse los cuchicheos, y de los labios que se mueven va

creciendo por todo el dormitorio un ruido confuso, en el que de tiempo en tiempo se distingue el breve silbar de una consonante.

Es sordo, continuo; llega a hacerse irritante, y parece, en verdad, que todos esos paliques, invisibles y movedizos como ratones, se dedican a roer silencio.

Violone se calza unas zapatillas, se pasea un rato por entre las camas, cosquilleando aquí el pie de un colegial, tirando allá de la borla del gorro a otro, y va a pararse junto a Marseau, con quien da todas las noches ejemplo de largas conversaciones, que se prolongan hasta una hora muy avanzada. Suele ocurrir que los alumnos han terminado sus coloquios, apagados gradualmente, como si poco a poco hubieran ido subiéndose los embozos hasta la boca, y se han dormido, cuando aun

el inspector está inclinado sobre el lecho de Marseau, duramente apoyados los codos en la barandilla de hierro, insensible a la parálisis de sus antebrazos y al correteo de hormigas que se le pasean a flor de piel hasta las puntas de los dedos.

Le divierten sus relatos infantiles, y le mantiene despierto con íntimas confidencias e historias del alma. Le ha tomado cariño en seguida por el tierno y transparente tono de color de su tez, que parece iluminada por dentro. No es aquella piel, sino pulpa, tras de la cual, a la más leve variación atmosférica, se intrincan visiblemente las vénulas, como las líneas de uno de los mapas del atlas bajo una hoja de papel de calcar. Tiene además Marseau una manera seductora de ruborizarse, sin saber por qué y de improviso, que mueve a que le quieran como a una

muchacha. A menudo un compañero apoya la punta de un dedo en una de sus mejillas, y la quita brusco, dejando una huella blanca; pronto se vuelve a cubrir de un hermoso matiz rojo, que se extiende con rapidez, como el vino en el agua pura, se varía con riqueza, y se va matizando desde la sonrosada punta de la nariz hasta las orejas, color lila. Al alcance de todos está la prueba: Marseau, complaciente, se presta a los experimentos. Le han puesto por mote *Lamparilla*, *Linterna*, *Cara Colorada*. Esa facultad de arrebolarse a voluntad le ha acarreado muchas envidias.

Zanahoria, su vecino de cama, está, entre todos, celoso de él. Pierrot linfático y desmedrado, de farináceo rostro, en vano se pellizca, hasta hacerse daño, la epidermis exangüe, todo para producir—¡qué, y

ni siquiera siempre!—algún punto de un rojo dudoso. De buena gana rayaría rencoroso a arañazos, y despellejaría como si fuesen naranjas, las mejillas bermejas de Marseau.

Intrigadísimo desde hace tiempo, esta noche se ha puesto en escucha en cuanto ha aparecido Violone, sospechando, con razón quizás, y deseoso de saber lo que haya de cierto en las actitudes disimuladas del jefe de estudios. Pone en juego toda su habilidad de espía: simula un ronquido de broma; cambia de postura con afectación, cuidando de dar toda la vuelta; lanza un grito penetrante, como si tuviese la pesadilla, con lo que despierta al dormitorio atemorizado, e imprime una fuerte ondulación a todas las sábanas; y apenas se ha ido Violone, dice a Marseau, sacando el cuerpo de la cama, ardoroso el aliento:

—¡Señoritical! ¡Señoritical!

No le contestan. Zanahoria se pone de rodillas, agarra a Marseau por un brazo, y sacudiéndole con fuerza:

—¿Oyes? ¡Señoritical!

Señoritical no da señales de oír. Zanahoria, exasperado, continúa:

—¡Muy bonito!... ¿Crees que no os he visto? Vamos a ver: di que no te ha besado. Dilo, vamos a ver; di que no eres su señoritical.

Se yergue, estirando el cuello, como un pato blanco cuando le irritan, apretados los puños, al borde de la cama.

Pero esta vez le contestan:

—Bueno; ¿y qué?

De un salto no más, Zanahoria vuelve a meterse entre las sábanas.

Es el inspector, que torna a presentarse en escena, surgiendo de repente.

II

—Sí—dice Violone;—te he dado un beso, Marseau; puedes declararlo, porque nada malo has hecho. Te he besado en la frente. Pero Zanahoria no puede darse cuenta, por lo depravado que está para sus años, de que ha sido un beso puro y casto, un beso de padre a hijo, y de que te quiero como a un hijo, o si lo prefieres como a un hermano, y mañana irá contando por ahí quién sabe qué ese idiotilla.

A tales palabras, mientras la voz de Violone vibra sordamente, Zanahoria se hace el dormido; pero levanta la cabeza para seguir oyendo.

Marseau escucha al inspector, tenue, tenue el aliento, porque, aunque encuentra

naturalísimas sus palabras, tiembla como si temiese la revelación de algún misterio. Violone continúa lo más bajo que puede. Son palabras inarticuladas, lejanas; sílabas localizadas apenas. Zanahoria, que, sin atreverse a dar la vuelta, se va acercando insensiblemente merced a unas leves oscilaciones de caderas, nada oye ya. Tan sobreexcitada está su atención, que le parece que los oídos se le ahondan materialmente, abriéndose como un embudo; pero ningún sonido va a caer en ellos.

Se acuerda de haber experimentado a veces una sensación de esfuerzo semejante cuando escuchaba detrás de las puertas, pegando un ojo a la cerradura, con deseo de agrandar el agujero y de atraer a sí como con un gancho lo que quería ver. Pero aun apostarfa a que Violone sigue repitiendo:

—Sí; mi cariño es puro, puro, y eso es lo que no comprende el idiotilla ése.

Al cabo el inspector se inclina con la suavidad de una sombra hacia la frente de Marseau, le besa, le acaricia con la punta de la barba como con un pincel, y luego se yergue para irse, y siguiéndole Zanahoria con los ojos, se desliza por entre las hileras de camas. Cuando la mano de Violone roza una almohada, el durmiente, molesto, cambia de postura con un hondo suspiro.

Zanahoria sigue acechando por mucho tiempo. Teme una nueva aparición brusca de Violone. Ya Marseau está hecho una bola en su cama, con la colcha sobre los ojos, pero muy despierto, sin más recuerdo que el de la aventura, de que no sabe qué pensar. Nada encuentra que pueda causarle tormento, y, sin embargo, en la obscuridad de las sábanas la imagen de

Violone flota luminosamente, dulce como aquellas imágenes de mujer que le producían ardor en más de un ensueño.

Zanahoria se cansa de esperar. Sus párpados, como imantados, se juntan. Impónese la obligación de mirar al gas, casi apagado; pero, después de contar tres aglomeraciones de burbujitas crepitantes que se apretujan para salir del mechero, se queda dormido.

III

Al otro día por la mañana, en el lavabo, mientras que las puntas de las toallas frotan levemente los pómulos friolentos, Zanahoria mira con ojos aviesos a Marseau, y, tratando de hacer alarde de ferocidad, le insulta de nuevo, apretando entre los dientes las sílabas infamantes:

—¡Señoritical! ¡Señoritical!

Las mejillas de Marseau se vuelven de púrpura; pero responde sin cólera, con ojos casi suplicantes:

—¡Te digo que no es verdad eso que crees!

El inspector pasa revista de manos. Los alumnos, en dos filas, presentan maquinalmente primero el revés y luego la palma de la mano, volviéndolas con celeridad y metiéndolas en seguida, para calentárselas, en el bolsillo o bajo el edredón más inmediato. De ordinario, Violone se abstiene de mirarlas; pero hoy, desgraciadamente, repara en que las de Zanahoria no están limpias. Zanahoria, invitado a volverlas a poner bajo el grifo, se rebela. Cierto que se pudiera notar en ellas una mancha azulada; pero él sostiene que es un principio de sabañón. Decididamente,

la han tomado con él. Violone tiene que mandarle al despacho del señor director.

Éste ha madrugado, y prepara en su gabinete verde antiguo un curso de Historia que explica a los mayores en ratos perdidos. Aplastando contra el tapete de su mesa la pulpa de sus dedos bastos, sienta los principales jalones: aquí, la caída del Imperio romano; en el centro, la toma de Constantinopla por los turcos; más allá, la Historia moderna, que empieza no se sabe dónde, y ya no se acaba.

Lleva una amplia bata, cuyos galones bordados ciñen su pecho poderoso como maromas alrededor de una columna. Se ve que come demasiado el hombre; tiene las facciones gruesas y siempre un poco relucientes. Habla muy alto, hasta con las señoras, y los pliegues de su pescuezo ondulan de un modo lento y rítmico sobre

el cuello de su camisa. Es notable asimismo por la redondez de sus ojos y el espesor de sus bigotes.

Zanahoria está en pie ante él, con el gorro entre las piernas, para conservar toda su libertad de acción.

El director, con voz de trueno, le pregunta:

—¿Qué pasa?

—Señor director, el inspector me manda a decirle que tengo las manos sucias; pero no es verdad.

Y otra vez, concienzudamente, Zanahoria enseña las manos, volviéndolas, primero del revés, luego la palma. Y hace la prueba: primero la palma, luego el revés.

—¡Ah! ¿Conque no es verdad?—dice el director.—¡Pues cuatro días de encierro!

—Señor director—dice Zanahoria,—el inspector la ha tomado conmigo.

—¡Ah! ¿Conque la ha tomado contigo?
¡Pues ocho días!

Zanahoria sabe con quién trata. No le sorprende semejante dulzura: está decidido a afrontarlo todo. Afecta una postura rígida, junta las piernas y se envalentona, menospreciando un bofetón.

Porque se suele dar en el señor director una manía inocente, que consiste en derribar de vez en cuando a un alumno recalcitrante de un revés: ¡pum! La habilidad por parte del alumno aludido consiste en prevenir la bofetada agachándose, para que el director pierda el equilibrio, entre las risas sofocadas de todos. Pero nunca repite, porque su dignidad le impide emplear astucia contra astucia. Tiene que dar sin rodeos en la mejilla indicada, o, si no, dejarlo.

—Señor director—dice Zanahoria, real-

mente audaz y altanero,—el inspector y Marseau hacen cosas.

Los ojos del director se turban instantáneamente, como si dos mosquitos se hubiesen precipitado de súbito contra ellos. Apoya en el borde de la mesa ambos puños apretados, se incorpora, echando hacia adelante la cabeza como si fuese a dar un topetazo a Zanahoria en mitad del pecho, y pregunta en sonidos guturales: —¿Qué cosas?

Zanahoria iba desprevenido. Esperaba (y acaso no ha hecho más que aplazarse) el envío de un macizo tomo de Henri Martín, por ejemplo, lanzado por mano cierta, y he aquí que le preguntan detalles.

El director espera. Todos los pliegues de su cuello se unen para formar un solo y único burlete, un almohadón en que se asienta, sesgada, su cabeza.

Zanahoria vacila, hasta que se convence de que las palabras no acuden a sus labios; y entonces, confusa de repente la cara, arqueada la espalda, aparentemente desgarbada y vergonzante la actitud, se pone a buscar la gorra entre las piernas, la saca aplastada, se encorva cada vez más, se empequeñece, la va levantando poco a poco hasta la altura de la barbilla, y con cazorra lentitud, con precauciones pudorosas, hunde la cabeza simiesca en el forro guateado, sin decir palabra.

IV

Aquel mismo día, después de una breve información, Violone queda despedido. La marcha es conmovedora; es casi una ceremonia.

—Volveré—dice Violone;—no es más que una ausencia.

Pero no se lo hace creer a nadie. La Institución renueva su personal, como si temiera que se le enmoheciese. Es un vaivén de inspectores. Éste se va como los demás se fueron, y como era mejor, se va más pronto. Casi todos le quieren. No se le conoce rival en el arte de escribir encabezamientos de cuadernos, tales como: *Cuaderno de ejercicios griegos para uso de...* Las mayúsculas tienen el relieve de las letras que hay en las muestras. Los bancos se quedan vacíos. Alrededor de su pupitre se forma un corro. Su bonita mano, en que brilla la piedra verde de una sortija, se pasea elegante por el papel. Al pie de la página improvisa una rúbrica. Va a caer, como una piedra en el agua, en una ondulación y un remolino de líneas, a

la vez regulares y caprichosas, que forman la rúbrica, obra maestra en pequeño. El rabo de la rúbrica se extravía, va a perderse en la rúbrica misma. Para dar con él, hay que mirarlo muy de cerca, buscarlo mucho tiempo. Inútil es decir que todo está hecho de un solo rasgo de pluma. Una vez ha llevado a feliz término un enredijo de líneas llamado florón. Por mucho tiempo los chicos se quedan maravillados. Cuando le ven despedido, sienten hondo pesar.

Acuerdan «zumbar» al director en la primera ocasión, es decir, hinchar los carrillos e imitar con los labios el vuelo de los moscardones, para dar muestra de su descontento. El día menos pensado lo hacen.

Entretanto se comunican unos a otros la tristeza. Violone advierte que le van a

echar de menos, y tiene la coqueterfa de marcharse a la hora del recreo. Cuando aparece en el patio, séguido de un mozo que le lleva el baúl, todos los chicos se abalanzan. Él estrecha manos, da palmas en las caras y lucha por rescatar los faldones de su levita sin desgarrarlos, acosado, estrechado y sonriente, conmovido. Hay quien, colgado de la barra fija, se para en mitad de una voltereta, y salta al suelo, abierta la boca, sudorosa la frente, arremangada la camisa, separando los dedos, untados de colofonia. Otros, más tranquilos, que daban vueltas monótonas por el patio, agitan las manos en señal de despedida. El mozo, encorvado al peso del baúl, se ha detenido para guardar la distancia, y un chiquitín aprovecha la ocasión para plantarle en el blanco delantal los cinco dedos manchados de arena

mojada. Las mejillas de Marseau, de puro sonrosadas, parece que las han pintado. Su corazón siente por primera vez una pena formal; pero turbado, forzado a reconocer para sus adentros que va a echar de menos al inspector, algo así como a una primita, se mantiene apartado, inquieto, casi avergonzado. Violone, sin reparo, se dirige hacia él, cuando se oye un estrépito de cristales.

Todas las miradas se fijan en la ventanita enrejada del encierro. La cabeza fea y salvaje de Zanahoria aparece detrás. Hace muecas de animalillo demudado y perverso metido en su jaula, caído el pelo sobre los ojos y al aire todos los dientes blancos. Mete la mano derecha por entre las ruinas del vidrio, que le muerde como si tuviese vida, y amenaza a Violone con el puño ensangrentado.

—¡Idiotilla!—dice el inspector.—¡Ya estarás contento!

—¡Anda!—grita Zanahoria, en tanto que, lleno de ánimo, rompe otro cristal de un segundo puñetazo.—¿Por qué le besabas a él y a mí no?

Y añade, pintarrajeándose la cara con la sangre que le brota de la mano, llena de cortaduras:

—¡También yo, cuando quiero, tengo mejillas coloradas!

LOS PIOJOS

EN cuanto Félix, el hermano mayor, y Zanahoria llegan de la Institución de San Marcos, la señora de Lepic les hace darse un baño de pies. Tres meses ha que lo necesitan, porque en el colegio no se los lavan nunca. Bien es verdad que no hay artículo del reglamento que prevea el caso.

—¡Pobre Zanahoria! ¡Qué negros deben de estar los tuyos!—dice la señora de Lepic.

Y no se equivoca. Los de Zanahoria están siempre más negros que los de Félix, el hermano mayor. ¿Por qué? Viven el uno

al lado del otro, con el mismo régimen, en el mismo aire. Ciertamente que, al cabo de tres meses, el hermano mayor, Félix, no puede presumir de blancura de pies; pero Zanahoria, según confesión propia, ya no se ve los suyos.

Avergonzado, los sumerge en el agua con la habilidad de un escamoteador. Apenas se los ve salir de los calcetines y juntarse con los pies de Félix, el hermano mayor, que ocupan ya todo el fondo del barreño, y pronto una capa de mugre se tiende como un velo sobre aquellos cuatro horrores.

El señor Lepic se pasea, según costumbre, de una a otra ventana. Está repasando los boletines trimestrales de sus hijos, sobre todo las notas escritas de puño y letra del señor provisor. La de Félix dice:

«Atolondrado, pero inteligente. Llegará.»

Y la de Zanahoria:
 «Se distingue en cuanto quiere; pero no siempre quiere.»

La idea de que Zanahoria pueda distinguirse alguna vez divierte a la familia. En este momento, los brazos cruzados por debajo de las rodillas, deja que sus pies se empapen y se esponjen de comodidad. Nota que le examinan. Le encuentran acaso más feo con aquel pelo demasiado largo y de un color rojo obscuro. El señor Lepic, enemigo de efusiones, no muestra la alegría de volverle a ver más que haciéndole rabiar. A la ida le suelta un papirotazo en una oreja; a la vuelta le da con el codo, y Zanahoria se ríe de buena gana.

Por último, el señor Lepic le pasa la mano por la pelambarrera, y hace crepitar las uñas como si estuviese matando piojos. Es su broma favorita.

Pero ahora, a la primera, mata uno.

—¡Ajá; buen tino! —dice.—Éste no se me escapó.

Y mientras con alguna repugnancia se limpia en los cabellos de Zanahoria, la señora de Lepic levanta los brazos al cielo.

—¡Ya me lo temía yo! —exclama abrumada.—¡Dios mío! ¡Aviados estamos! Ernestina, hija, corre a buscar una jofaina: ya te ha caído quehacer.

Ernestina, la hermana, trae una jofaina, una lendrera, vinagre en un platillo, y se verifica la apertura de la caza.

—¡Péiname a mí primero! —grita Félix, el hermano mayor.—Estoy seguro de que me los ha pegado.

Se rasca furiosamente la cabeza con los dedos, y pide un cubo de agua para que todos se ahoguen.

—Cálmate, Félix —dice Ernestina, la

hermana, que se sacrifica con gusto;—no te haré daño.

Le ata al cuello una toalla, y da muestras de una habilidad y de una paciencia maternas. Separa con una mano el pelo, tiene delicadamente cogido con la otra el peine, y busca, sin un gesto de desdén, sin miedo de coger habitantes.

Cuando dice: «¡Otro!», Félix, el hermano mayor, patalea en el barreño y amenaza con un dedo a Zanahoria, que espera turno, silencioso.

—Ya estás tú, Félix—dice Ernestina, la hermana;—no tenías más que siete u ocho: cuéntalos. Ya contaremos los de Zanahoria.

A la primera vez que le pasan el peine, Zanahoria le saca ventaja. Ernestina, la hermana, cree que ha dado con el nido; pero no ha hecho sino coger al azar en un hormiguero.

ZANAHORIA

Rodean a Zanahoria. Ernestina, la hermana, se aplica. El señor Lepic, con las manos a la espalda, va siguiendo el trabajo con la curiosidad de un extraño. La señora de Lepic lanza quejumbrosas exclamaciones.

—¡Oh!, ¡oh!— dice.—Habría que traer una pala y un rastrillo.

Félix, el hermano mayor, en cuclillas, remueve la jofaina y recoge los piojos. Caen envueltos en caspa. Se les ve agitar las patas, menudas como pestañas cortadas. Obedecen a los vaivenes de la jofaina, y, rápidamente, el vinagre los va matando.

LA SEÑORA DE LEPIC

La verdad, Zanahoria, no te entendemos. A tus años, grande como eres, deberías avergonzarte. Vaya por lo de los pies,

que acaso no te ves más que aquí. Pero los piojos te comen, y ni reclamas la vigilancia de tus maestros ni el cuidado de tu familia. Haz el favor de explicarnos qué gusto sacas al dejar que te coman así, vivo y todo... Tienes sangre en la pelambreira.

ZANAHORIA

Es el peine, que me araña.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Ah! ¿Conque es el peine? ¡Así se lo agradeces a tu hermana! ¿Le oyes, Ernestina? El señorito, delicado, se queja de su peina-dora. Te aconsejo, hija mía, que abandones en seguida ese mártir voluntario a su gusanera.

ERNESTINA

Por hoy he acabado, mamá. No he he-

cho más que quitar lo más gordo; mañana daré un repaso. Pero ya sé yo quién va a rociarse con agua de Colonia.

● LA SEÑORA DE LEPIC

Y tú, Zanahoria, llévate la jofaina y expónla en la tapia del jardín. Que todo el pueblo desfile por delante para confusión tuya.

Zanahoria toma la jofaina y sale; y una vez puesta al sol, se queda de centinela a su lado.

La primera que se llega a él es la vieja Mari-Nanita. Cada vez que se encuentra con Zanahoria, se para, le observa con sus ojillos miopes y maliciosos, y moviendo la cofia negra, parece adivinar cosas.

—¿Qué es eso?—pregunta.

Zanahoria nada contesta. Ella se inclina sobre la jofaina.

—¿Son lentejas? Palabra; ya no veo claro. Perico, mi mozo, debía comprarme unas gafas.

Toca con el dedo, como para probar. Decididamente, no cae.

—¿Y qué te haces tú ahí, de hocico y con los ojos turbios? Apostaría a que te han regañado y puesto a hacer penitencia. Escucha: no soy tu abuelita; pero pienso lo que pienso, y te compadezco, pobrecillo, porque me figuro que te amargan la existencia.

Zanahoria se asegura con una ojeada de que su madre no le puede oír, y dice a la vieja Mari-Nanita:

—¿Y qué? ¿Le importa a usted algo? ¡Métase en las cosas de su familia, y déjeme en paz!

LO MISMO QUE BRUTO

EL SEÑOR LEPIC

ZANAHORIA, el año pasado no trabajaste como esperaba. Tus boletines dicen que podrías hacer más. Divagas, lees libros prohibidos. Como posees excelente memoria, sacas notas bastante buenas y descuidas los ejercicios escritos. Zanahoria, hay que pensar en ponerse serio.

ZANAHORIA

Fía en mí, papá. Te concedo que me abandoné un poco el año pasado. Ahora me siento con buena voluntad para apre-

tar de firme. No te prometo ser el primero de mi clase en todo...

EL SEÑOR LEPIC

Pero debes intentarlo.

ZANAHORIA

No, papá; es demasiado lo que me pides. No lo conseguiré ni en geografía, ni en alemán, ni en física y química: los más fuertes son dos o tres individuos, nulidades en lo demás, que sólo sirven para eso. Imposible pasarlos. Pero me propongo —escucha, papá,—me propongo, en composición francesa, agarrar pronto la cuerda y no soltarla; y si, a pesar de mis esfuerzos, se me escapase, por lo menos no tendré nada que echarme en cara, y podré exclamar altanero, lo mismo que Bruto: «¡Virtud, no eres más que un nombre!»

ZANAHORIA

EL SEÑOR LEPIC

¡Ay, hijo mío! Creo que harás de ellos lo que quieras.

FÉLIX

¿Qué dice, papá?

ERNESTINA

Yo no lo he oído.

LA SEÑORA DE LEPIC

Yo tampoco. A ver, Zanahoria, repítelo.

ZANAHORIA

Si no es nada, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Cómo? No decías nada, y perorabas tan fuerte, arrebatado y amenazando al cielo

con el puño, que tu voz llegaba hasta el otro extremo del pueblo. Repite esa frase para que todos la aprovechen.

ZANAHORIA

No vale la pena, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Sí, sí; de alguien hablabas. ¿De quién hablabas?

ZANAHORIA

Mamá, si no le conoces.

LA SEÑORA DE LEPIC

Razón de más. No desperdicies el ingenio, lo primero de todo, y obedece.

ZANAHORIA

Pues, bueno, mamá. Estaba hablando

con papá, que me daba consejos amistosos, y casualmente no sé qué idea se me ha ocurrido para darle las gracias y mi palabra, como al romano aquel que se llamaba Bruto, de invocar a la virtud...

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Ta, ta, ta! Divagas. Haz el favor de repetir, sin cambiar palabra y en el mismo tono, la frase que dijiste hace un momento. Me parece que no te pido el Perú, y que bien lo puedes hacer por tu madre.

FÉLIX

¿Quieres que lo repita yo, mamá?

LA SEÑORA DE LEPIC

No; primero él, y después tú, y compararemos. ¡Anda, Zanahoria, despacha!

ZANAHORIA

(Balucea con voz llorona.)

Vi-ir-tu-tud, no e-res más que un-un
nom-bre.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Me desespero! ¡No se puede sacar nada
de este chico! ¡Se dejaría matar a golpes
antes que ser agradable a su madre!

FÉLIX

Mira, mamá; mira lo que ha dicho: *(Pone
los ojos en blanco y lanza miradas de desafío.)*
«Si no soy el primero en composición fran-
cesa... *(Ahueca los carrillos y da una patada en
el suelo.)* exclamaré como Bruto: *(Levanta
los brazos al techo.)* ¡Virtud! *(Los deja caer so-
bre los muslos.)* ¡No eres más que un nom-
bre!» Eso es lo que ha dicho.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Bravo!, ¡magnífico! ¡Enhorabuena, Zanahoria! Y tanto más deploro tu tozudez, cuanto que una imitación no vale nunca lo que el original.

FÉLIX

Pero, Zanahoria, ¿fué Bruto el que dijo eso? ¿No sería Catón?

ZANAHORIA

Estoy seguro de que fué Bruto. «Y arrojándose después sobre una espada que le tendió un amigo, murió.»

ERNESTINA

Tiene razón Zanahoria. Hasta recuerdo que Bruto se fingía loco y metía oro en una caña.

ZANAHORIA

Dispensa, hermana, que te embrollas.
Confundes a mi Bruto con otro.

ERNESTINA

Cref... Pero te garantizo que la señorita
Soffa n'os dicta un curso de Historia tan
bueno como el de tu profesor del Liceo.

LA SEÑORA DE LEPIC

Poco importa. No os enfadéis. Lo esencial es tener un Bruto en la familia, y nosotros ya lo tenemos. ¡Que nos envidien, gracias a Zanahoria! No nos damos cuenta de tanto honor. Admirad al nuevo Bruto. Habla el latín como un obispo, y se niega a decir dos veces misa para los sordos. Dadle la vuelta: de frente, me está enseñando las manchas de un delan-

tal que estrena hoy; y de espaldas, el pantalón roto. Señor, ¿dónde habrá ido a meterse? Ea; mirad la tecla de Zanahoria-Bruto. ¡Quite usted de ahí, bruto en pequeño!

CARTAS ESCOGIDAS

DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Y ALGUNAS CONTESTACIONES

DEL SEÑOR LEPIC A ZANAHORIA

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Institución de San Marcos.

QUERIDO papá: Mis partidas de pesca de las vacaciones me han revuelto los humores del cuerpo. En los muslos me han salido unos diviesos como clavos. Estoy en la cama. Tengo que permanecer tendido de espaldas, y la señora enfermera me pone cataplasmas. Hasta que el divieso no revienta, me hace mucho daño. Después ya no me acuerdo de él.

ZANAHORIA

Pero se multiplican como si fuesen pollos. En cuanto uno se cura, salen tres. Espero, sin embargo, que no será nada.

Tu afectísimo hijo...

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Ya que te estás preparando para la primera comunión y que vas al catecismo, debes de saber que la especie humana no ha esperado a que vinieras tú para andar con clavos. Jesucristo los tuvo en las manos y en los pies, sin que jarse, y eso que los suyos eran verdaderos.

¡Ánimo!

Tu padre, que te quiere...

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Tengo el gusto de anunciarte que me ha salido una muela. Aunque no tengo edad para ello, creo que es

una muela del juicio precoz. Me atrevo a esperar que no ha de ser la única, y que has de estar siempre satisfecho de mi buena conducta y aplicación.

Tu afectísimo hijo...

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Precisamente cuando te salía a ti una muela, empezaba a me-
nearse otra de las mías, y ayer mañana se decidió a caerse. De modo que si tú tienes una muela más, tu padre tiene una menos. Así, pues, no hay nada cambiado, y el número de muelas de la familia sigue siendo el mismo.

Tu padre, que te quiere...

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Imagínate que ayer fueron los días del señor Jâques, nuestro pro-

fesor de latín, y que, de común acuerdo, los condiscípulos me habían escogido para que le felicitara en nombre de toda la clase. Halagado con tal honor, preparo detenidamente el discurso, intercalando en él a pelo algunas citas en latín. Sin falsa modestia, me dejó satisfecho. Lo saco en limpio en un pliego grande de papel de barba, y cuando llega el día, excitado por mis compañeros, que murmuraban: «¡Anda!, ¡anda!», aprovecho un instante en que el señor Jáques no nos mira, y me adelanto hacia su tarima. Pero no bien he desdoblado el pliego y articulado con fuerte voz:

VENERADO MAESTRO

cuando el señor Jáques se pone en pie, furioso, y exclama:

—¡Ya se está usted largando a su sitio más que de prisa!

Figúrate si escaparía corriendo a sentarme, en tanto que mis amigos se tapaban la cara con los libros, y el señor Jáques me ordenaba encolerizado:

—Traduzca la versión.

¿Qué te parece esto, querido papá?

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Cuando seas diputado, mayores cosas verás. A cada uno lo suyo. Si han puesto a tu profesor en una tarima, debe de ser para que pronuncie discursos, y no para que oiga los tuyos.

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Acabo de entregar la liebre que mandaste al señor Legris, nuestro profesor de Historia y de Geografía. Verdaderamente, me pareció que le gustaba

el regalo. Te da muy expresivas gracias. Había entrado yo con el paraguas mojado, y él mismo me lo quitó de la mano y lo fué a dejar al recibimiento. Luego hablamos de esto y de aquello. Me dijo que, si quería, debía llevarme el primer premio en Historia y en Geografía a fin de curso. Pero ¿creerás que me estuve de pie todo el tiempo que duró la conversación, y que el señor Legris, amabilísimo, a no ser en esto, te lo repito, ni siquiera me ofreció un asiento?

¿Será olvido, o descortesía?

Lo ignoro, y tendría curiosidad, papá querido, de saber tu opinión.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Siempre te estás quejando. Te quejas de que el señor Jáques te mande a tu asiento, y te quejas de

que el señor Legris te deje de pie. Muy joven eres aún para exigir consideraciones. Si el señor Legris no te ha ofrecido una silla, dispénsale: sin duda, engañado por tu corta estatura, creería que estabas sentado.

ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá: Acabo de saber que vas a París. Comparto la alegría que has de tener al visitar la capital que quisiera conocer, y en donde estaré contigo de corazón. Comprendo que mis trabajos escolares se oponen a mi viaje; pero aprovecho la ocasión para decirte si podrías comprarme uno o dos libros. Los míos me los sé de memoria. Elige cualquiera. En el fondo, tanto vale uno como otro. Sin embargo, deseo especialmente la *Henriada*, por Francisco María Arouet de Voltaire,

y la *Nueva Eloísa*, por Juan Jacobo Rousseau. Si me los traes (en París los libros no cuestan nada), te juro que el inspector no ha de confiscármelos en su vida.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Zanahoria: Los escritores de que me hablas eran hombres como tú y como yo. Lo que ellos hicieron, puedes hacerlo tú. Escribe libros, y podrás leerlos después.

EL SEÑOR LEPIC A ZANAHORIA

Querido Zanahoria: Tu carta de esta mañana me ha causado un gran asombro. La vuelvo a leer, y es inútil. Ése no es ya tu estilo ordinario, y hablas de cosas raras que no me parecen ser de tu competencia ni de la mía.

Sueles contarnos tus asuntos menudos, nos escribes los puestos que adelantas, los méritos y los defectos que a cada profesor le encuentras, los nombres de tus nuevos compañeros, el estado de tu ropa interior, y si duermes y comes bien.

Eso es lo que me interesa. Hoy no te entiendo. Haz el favor de decirme a qué viene hablar de la primavera cuando estamos en invierno. ¿Qué quieres decir? ¿Necesitas un tapabocas? Tu carta no trae fecha, y no sé si me la diriges a mí o al perro. Hasta la forma de tu letra me parece modificada, y la disposición de los renglones, la abundancia de mayúsculas, me desconciertan. En resumen, que parece que te estás burlando de alguien. Me figuro que será de ti, e insisto, no en tenerlo por un crimen, sino en hacerte una observación.

CONTESTACIÓN DE ZANAHORIA

Querido papá: Cuatro letras a vuelapluma para explicarte mi última carta. No has echado de ver que iba *en verso*.

EL SOTECHADO

ESTE sotechado reducido en que, unos tras otros, han ido viviendo gallinas, conejos y cerdos, hoy vacío, durante las vacaciones pertenece en plena propiedad a Zanahoria. Puede entrar en él cómodamente, porque el sotechado no tiene puerta. Unas cuantas ortigas flacas adornan el umbral, y si Zanahoria las mira echado de bruces, le parecen un bosque. El suelo está cubierto de polvo fino. Las piedras de las paredes relucen de humedad. El pelo de Zanahoria roza la techumbre. Allí está en su casa, y allí, desdeñando los

juegos aparatosos, se entretiene a costa de su imaginación.

Su diversión principal consiste en hacer cuatro nidos con los cuartos traseros, uno en cada rincón del sotechado. Con la mano, como con una pala de albañil, recoge puñados de polvo y se pone calces.

Pegado a la pared lisa, dobladas las piernas, cruzadas las manos sobre las rodillas, cobijado, se siente a sus anchas. Menos sitio, verdaderamente, no puede ocupar. Se olvida de todos; a nadie teme. Sólo podría turbarle un buen trueno.

El agua de fregar, que corre no lejos de allí, por el desagüe del fregadero, ya a torrentes, ya gota a gota, le envía bocanadas frescas.

De pronto, una alarma.

Llamadas, pasos que se acercan.

—¡Zanahoria! ¡Zanahoria!

Una cabeza que se baja, y Zanahoria, hecho una bola, que se apretuja entre la tierra y la pared, muerto el aliento, muy abierta la boca, hasta el mirar inmovilizado, al sentir que dos ojos hurgan en la obscuridad.

—¡Zanahoria! ¿Estás ahí?

Abultadas las sienes, pasa un mal rato. Va a lanzar un grito de angustia.

—¡No está ese animalejo! ¿Dónde diablo se habrá metido?

Se alejan, y el cuerpo de Zanahoria se dilata un poco, recupera comodidad.

Su pensamiento sigue recorriendo largos caminos de silencio.

Pero un estruendo le llena los oídos. En el techo, un mosquito se ha quedado preso en una telaraña, y vibra y relucha. Y la araña se desliza a lo largo de un hilo. Su vientre tiene la blancura de una miga de

pan. Permanece un instante suspendida, inquieta, hecha una pelota.

Zanahoria, sobre la punta de las nalgas, la acecha, espía el desenlace, y cuando la araña trágica arremete, formando la estrella con sus patas, y agarra la presa que se ha de comer, él se levanta en pie, apasionado, como si quisiera su parte.

Nada más.

La araña vuelve a subir. Zanahoria, a sentarse y a recogerse en sí mismo, dentro de su alma de liebre, llena de obscuridad.

Pronto, como un hilillo de agua densificado por la arena, su ensoñación, por falta de pendiente, se para, hace charco y se pudre.

EL GATO

I

ZANAHORIA lo ha oído decir: no hay nada tan bueno como la carne de gato para pescar langostas: ni las tripas de pollo ni los despojos de carnicería.

Y he aquí que sabe de un gato al que desprecian porque está viejo, enfermo y pelado por diferentes sitios. Zanahoria le invita a tomar una taza de leche con él en el sotechado. Estarán solos. Puede ser que un ratón se aventure a salir de la pared; pero Zanahoria no promete más que la taza de leche. La ha dejado en un

rincón. Empuja hacia ella al gato, y le dice:

—Regálate.

Le halaga el espinazo, le prodiga nombres tiernos, observa sus lengüetazos vivos, y al cabo se enternece.

—¡Pobrecillo! ¡Goza de lo que te queda!

El gato vacía la taza, limpia bien el fondo, enjuga los bordes, y ya no lame más que sus labios untados de azúcar.

—¿Has acabado ya del todo?—pregunta Zanahoria, sin dejar de acariciarle.—Tú te beberías, sin duda, otra taza; pero no he podido robar más que ésta. Y luego, más pronto o más tarde...

A estas palabras, le aplica el cañón de la escopeta a la frente, y dispara.

La detonación aturde a Zanahoria. Cree que el sotechado entero ha saltado, y cuan-

do la nube se disipa, ve a sus pies al gato, que le mira con un ojo.

El tiro se le ha llevado media cabeza, y la sangre cae dentro de la taza de leche.

—¡Parece que no está muerto!—dice Zanahoria.—Y, sin embargo, ¡cáspital, le he apuntado bien.

No se atreve a menearse: tanto le inquieta el ojo único con su brillo amarillento.

El gato, en el temblor de su cuerpo, da señal de vida; pero no intenta esfuerzo ninguno para cambiar de sitio. Parece desangrarse a propósito en la taza, con cuidado, para que no se pierda ni una gota.

Zanahoria no es un principiante. Por gusto propio o por cuenta ajena, ha matado pájaros silvestres, animales domésti-

cos, un perro. Sabe lo que hay que hacer, y que si el animal tiene la vida dura, hay que avivar, excitarse, rabiar, arriesgar, si es necesario, una lucha cuerpo a cuerpo. Si no, nos suelen sorprender accesos de sensiblería. Nos acobardamos, perdemos el tiempo, y es cosa de nunca acabar.

Primero intenta algunos prudentes mimos. Después agarra al gato por la cola y le asesta en la nuca unos golpes tan violentos con la culata, que cada uno parece el postrero, el golpe de gracia.

Locas las patas, el gato moribundo araña el aire, se encoge hasta hacerse un ovillo, o se queda estirado, sin chillar.

—¿Quién era el que me aseguraba que los gatos lloran al morir?—dice Zanahoria.

Se impacienta. Aquello va siendo largo. Deja a un lado la escopeta, rodea al ani-

mal con sus brazos, y, exaltándose al sentir que penetran las garras en su cuerpo, juntos los dientes, tempestuosas las venas, le ahoga.

Pero él se ahoga también; vacila, falto de fuerzas, y cae al suelo sentado, pegada su cara a la cara y sus dos ojos al ojo único del gato.

II

Ahora está Zanahoria tendido en su cama de hierro.

Su familia y los amigos de su familia, llamados con toda precipitación, inspeccionan, encorvados bajo la techumbre gacha del sotechadillo, los lugares en que se desarrolló el drama.

—¡Ah!—dice su madre.—He tenido que centuplicar mis fuerzas para arrancarle

el gato, machacado sobre su corazón. Os certifico que no me aprieta él así.

Y mientras va explicando las huellas de una ferocidad que más adelante, en las veladas de familia, ha de aparecer como legendaria, Zanahoria duerme y sueña.

Está paseándose junto a un arroyo en que los rayos de una luna inevitable se agitan, cruzándose como las agujas de una mujer que hace media.

En los reteles, los miembros del gato despedazado llamean a través del agua translúcida.

A ras del prado, unas neblinas blancas se deslizan, envolviendo quizá leves fantasmas.

Zanahoria, con las manos a la espalda, les demuestra que nada tienen que temer.

Un buey se acerca, se para, resopla, se aleja en seguida, extiende hasta el cielo

el ruido de sus cuatro pezuñas, y se desvanece.

¡Qué calma, si el arroyo parlanchín no charlara, no cuchicheara, no molestara tanto él solo como una reunión de viejas!

Zanahoria, como si le quisiera pegar para que se callase, levanta poco a poco la caña de un retel, y he aquí que de entre las cañas surgen unas langostas gigantes.

Siguen cruzando, y salen del agua derechas, relucientes.

Zanahoria, entumecido por la angustia, no acierta a huir.

Y las langostas le rodean.

Y se le suben a la garganta.

Crepitan.

Ya abren sus pinzas de par en par.

LOS CARNEROS

ZANAHORIA no ve por de pronto más que unas vagas bolas que saltan. Lanzan gritos atronadores y revueltos, como niños que juegan en el patio de una escuela. Una se le mete por entre las piernas y le hace sentir cierto malestar. Otra salta en plena luz de la claraboya. Es un cordero. Zanahoria se sonríe al pensar en el miedo que tuvo. Sus ojos van acostumbrándose gradualmente a la obscuridad, y los detalles se precisan.

Ha empezado la época de los nacimientos. No hay mañana en que Pajol, el arren-

dador, no cuente dos o tres corderos más. Se los encuentra perdidos entre las madres, torpes, vacilándoles las patas tiesas: cuatro maderos de una grosera escultura.

Zanahoria no se atreve a acariciarlos todavía. Ellos, más atrevidos, le chupe-tean ya los zapatos, o le ponen encima las patas delanteras, con una brizna de heno en la boca.

Los mayores, los que ya tienen una semana, se estiran con un violento esfuerzo de los cuartos de atrás, y dan una zapa-teta en el aire. Los que tienen un día, flacos, se caen sobre las rodillas angulosas, para volverse a levantar llenos de vida. Uno chiquito que acaba de nacer se arrastra viscoso, no lamido aún. La madre, con la molestia de su bolsa hinchada de agua que cuelga tambaleándose, le rechaza a topetazos.

—¡Qué mala madre!—dice Zanahoria.

—Los animales son como las personas—dice Pajol.

—Sin duda, querría buscarle ama.

—Casi, casi—dice Pajol.—A más de uno hay que darle biberón; un biberón como los que se compran en casa del boticario. Pero no suele durar mucho: la madre se enternece, y, además, se las obliga.

La coge por los brazuelos y la afsla en una jaula. Le ata al cuello un corbatín de paja para reconocerla si llega a escaparse. El cordero se ha ido tras ella. La oveja come con un ruido de escofina, y el animalillo, tembloroso, se empina sobre sus miembros blandos, intenta mamar, quejumbroso, envuelto el hocico en una jalea trémula.

—¿Le parece a usted que se humanizará?—pregunta Zanahoria.

—Sí; cuando se le cure el trasero—contesta Pajol:—ha tenido un parto difícil.

—Insisto en mi idea — dice Zanahoria.—¿Por qué no se confía provisionalmente el animalito a los cuidados de una extraña?

—No le admitiría—dice Pajol.

En efecto: desde las cuatro esquinas del establo entrecrúzanse los balidos de las madres indicando la hora de mamar, y, monótonos a los oídos de Zanahoria, tienen matices para los corderos, porque, sin confusión, cada cual se precipita derecho hacia la teta materna.

—Aquí—dice Pajol—ninguna roba criaturas.

—¡Qué raro—exclama Zanahoria—es tal instinto de la familia en estos fardos de lana! ¿Cómo se puede explicar? Acaso por la finura de su nariz.

Casi le dan ganas de tapársela a una para ver.

Compara profundamente hombres y carneros, y le gustaría saber los nombres de los corderitos.

Mientras éstos chupan ávidos, las madres, sintiendo en el costado el empujón de la nariz, van comiendo, apacibles, indiferentes. Zanahoria echa de ver en el agua de una pila trozos de cadena, flejes de ruedas, una pala vieja.

—¡Bonita está la pila!—dice en tono incisivo.—De seguro que enriquece la sangre de los animales todo este hierro viejo.

—¡Es natural!—dice Pajol.—También tú tomas píldoras.

Da a probar el agua a Zanahoria. Para hacerla aún más fortificante, echa todo lo que coge.

—¿Quieres una garrapata?—pregunta.

—¡Con mucho gusto!—contesta Zanahoria, sin saber lo que es.—¡Gracias anticipadas!

Pajol hurga en la espesa lana de una madre, y saca entre las uñas una garrapata amarilla, redonda, rechoncha, bien alimentada, enorme. Según Pajol, dos del mismo tamaño serían capaces de devorar la cabeza de un niño como si fuese una ciruela. Se la pone a Zanahoria en el hueco de la mano, y le aconseja que, si quiere risa y diversión, la meta en el cuello o en el pelo de su hermano o de su hermana.

Ya está trabajando la garrapata, atacando la piel. Zanahoria siente picotazos en los dedos, como si les cayera encima granizo. Pasan pronto a la muñeca, se extienden hasta el codo. Parece como si la garrapata, multiplicándose, fuera a roerle el brazo hasta el hombro.

Peor para ella. Zanahoria la estruja, la aplasta, y se limpia la mano en el lomo de una oveja, sin que Pajol se dé cuenta de ello.

Dirá que se le ha perdido.

Por un momento Zanahoria sigue escuchando, recogido en sí, los balidos, que poco a poco se calman. Dentro de un instante no se oirá más que el ruido sordo del heno triturado entre las mandíbulas lentas.

Colgado de la barra de un pesebre, un capote de rayas descoloridas parece guardar a los borregos, él solo.

PADRINO

ALGUNA vez la señora de Lepic da permiso a Zanahoria para que vaya a ver a su padrino, y hasta para que se quede a dormir en su casa. Es un viejo malhumorado, solitario, que se pasa la vida pescando o en sus viñas. A nadie quiere, y no soporta más que a Zanahoria.

—¿Tú por aquí, ganso?—le dice.

—Sí, padrino—contesta Zanahoria, sin darle un beso.—¿Me tienes a punto mi caña de pescar?

—Con una hay bastante para los dos—dice padrino.

Zanahoria abre la puerta de la troj y ve su caña a punto. De este modo le hace rabiar siempre su padrino; pero él, avisado, ya no se enfada, y apenas la manfa del viejo complica un poco sus relaciones. Cuando dice que sí, quiere decir que no, y viceversa. Sólo se trata de no dejarse engañar.

—Si a él le divierte, a mí no me molesta gran cosa—piensa Zanahoria.

Y siguen siendo buenos amigos.

Padrino, que de ordinario no hace comida más que dos veces por semana para toda ella, pone a la lumbre, en honor de Zanahoria, un gran puchero de alubias con un buen pedazo de tocino, y, para empezar el día, le hace beberse un vaso de vino puro.

Luego salen a pescar.

Padrino se sienta a la orilla del agua y

desenvuelve metódicamente su crin de Florencia. Consolida con grandes pedruscos sus cañas impresionantes, y no pesca más que los gordos; los envuelve coleando en una toalla, y los faja como a niños pequeños.

—Sobre todo—advierte a Zanahoria,—no tires de la caña hasta que el corcho no se haya hundido tres veces.

ZANAHORIA

¿Por qué han de ser tres?

PADRINO

La primera no significa nada: el pez pica. La segunda ya va en serio: el pez traga. La tercera es la fija: el pez ya no se escapa. Nunca es demasiado tarde para tirar.

Zanahoria prefiere pescar gobios. Se descalza, se mete en el río, y remueve con los pies el fondo arenoso para enturbiar el agua. Los gobios, estúpidos, acuden, y Zanahoria saca uno cada vez que echa la caña. Apenas le queda tiempo para gritar al padrino:

—¡Diez y seis, diez y siete, diez y ochol...

Cuando padrino ve que el sol está encima de su cabeza, vuelven a casa para almorzar. Atiborra de alubias a Zanahoria.

—No conozco nada mejor—le dice;—pero las quiero cocidas con leche y harina. Más me gustaría morder el hierro de un pico, que comer una habichuela de esas que chascan entre los dientes, con un ruido como el de un perdigón en un ala de perdiz.

ZANAHORIA

—Ésas se deshacen en la lengua. Mamá no suele hacerlas del todo mal. Pero no son como éstas. Debe de ahorrarse leche.

PADRINO

Ganso, me da gusto verte comer. Apostaría a que no comes todo lo que quieres al lado de tu madre.

ZANAHORIA

Todo consiste en las ganas que ella tenga. Si tiene hambre, según su hambre como. Al servirse, me hace plato a mí de propina. Cuando ella acaba, acabo también yo.

PADRINO

¡Se pide más, bobo!

ZANAHORIA

Eso es fácil de decir, amigo. Además, siempre es mejor quedarse con gana.

PADRINO

¡Y yo, que no tengo hijos, le besaría el trasero a un mono, si el mono fuera hijo mío! ¡Átenme esos cabos!

Acaban el día en la viña, donde Zanahoria, tan pronto mira cavar a su padrino siguiéndole paso a paso, como, tendido sobre unos haces de sarmientos, levantando al cielo los ojos, va chupando pedacitos de mimbre.

LA FUENTE

No se queda a dormir con su padrino por el gusto de dormir. Si el cuarto es frío, la cama de pluma es demasiado calurosa, y la pluma, suave para los envejecidos miembros del padrino, rápidamente pone a nadar al ahijado. Pero duerme lejos de su madre.

—¿De modo que le tienes mucho miedo? —dice padrino.

ZANAHORIA

Más bien será que ella no me tiene miedo a mí. Cuando quiere imponer una co-

rrección a mi hermano, él corre a buscar un mango de escoba, se le planta delante, y te juro que la hace pararse en seco. Así, prefiere cogerle por los sentimientos. Dice que Félix es de naturaleza tan susceptible, que no se adelantaría nada con golpes, y que éstos se aplican mejor a la mña.

PADRINO

Debías aprender lo de la escoba, Zanahoria.

ZANAHORIA

¡Ay, si me atreviese! Muchas veces nos hemos pegado Félix y yo, de veras o por juego, y soy tan fuerte como él. Como él me defendería. Pero si mamá me viese armado de una escoba frente a ella, creería que voy a llevársela. Pasaría de mis ma-

nos a las suyas, y hasta puede que me diera las gracias antes de los golpes.

PADRINO

¡Duérmete, ganso, duérmete!

Ni el uno ni el otro quieren dormirse. Zanahoria se vuelve, ahogándose, en busca de aire, y a su viejo padrino le da lástima.

De pronto, cuando Zanahoria va a quedarse dormido, padrino le coge del brazo.

—¿Estás ahí, ganso?—dice.—He soñado, y creí que aun estabas en la fuente. ¿Te acuerdas de la fuente?

ZANAHORIA

Como si estuviese en ella, padrino. No te lo echo en cara; pero me hablas de eso muy a menudo.

PADRINO

¡Pobre ganso! Cada vez que me acuerdo, me echo a temblar con todo mi cuerpo. Me había quedado dormido sobre la hierba; tú estabas jugando al borde de la fuente; resbalaste, te caíste, gritaste, empezaste a patalear, y yo, ¡miserable de mí!, sin oír nada. Apenas había agua para que se ahogase en ella un gato; pero tú no saltas, y eso era lo grave. ¿No se te ocurría salir?

ZANAHORIA

¡Te figurarás que voy a acordarme de lo que se me ocurría dentro de la fuente!

PADRINO

Por fin, el chapoteo me despierta. ¡Ya era tiempo! ¡Pobre ganso, pobre ganso!

Vomitabas como una bomba. Hubo que mudarte, y te pusieron el traje de los días de fiesta de Bernardito.

ZANAHORIA

¡Sí; y me picaba, y tenía que rascarme. Debía de ser un traje de crin.

PADRINO

No; pero Bernardito no tenía una camisa limpia que prestarte. Hoy me río, y un minuto, un segundo que hubiera pasado, te saco muerto.

ZANAHORIA

¡Ya estaría lejos!

PADRINO

¡Cállate! He dicho tonterías, y desde entonces no he vuelto a pasar una buena

ZANAHORIA

noche. Mi castigo es haber perdido el sueño: merecido lo tengo.

ZANAHORIA

Padrino, yo no lo merezco, y quisiera dormir.

PADRINO

¡Duérmete, ganso, duérmete!

ZANAHORIA

Si quieres que me duerma, padrinito, suéltame la mano. Ya te la devolveré en cuanto haya dormido. Y separa también la pierna, que los pelos me pinchan. No me es posible dormir cuando me tocan.

LAS CIRUELAS

UN poco agitados, se revuelven en la pluma, y el padrino dice:
—¿Duermes, ganso?

ZANAHORIA

No, padrino.

PADRINO

Yo tampoco. De buena gana me levantaría. Si quieres, podemos ir a buscar gusanos.

—¡Es una idea!—dice Zanahoria.

Saltan de la cama, se visten, encienden una linterna y salen al jardín.

Zanahoria lleva la linterna, y el padrino una caja de hojalata llena hasta la mitad de tierra mojada. Cultiva en ella un repuesto de gusanos para pescar. Los tiene cubiertos con musgo húmedo, de manera que nunca le falten. Cuando durante el día ha llovido, la recolección es abundante.

—Cuidado, no los pises—dice a Zanahoria;—anda despacio. Si no fuese por temor al catarro, me pondría alpargatas. Al menor ruido, el gusano se mete en su agujero. No se le puede coger más que cuando se aleja demasiado de su casa. Hay que cogerle de un modo brusco, y apretando un poco para que no se escurra. Si tiene ya medio cuerpo dentro, suéltale: lo romperías. Y un gusano roto, para nada vale. Primero, hace que los demás se pudran, y los peces delicados los desdeñan. Hay pescadores que economizan gusanos: ha-

cen mal. No se pescan peces hermosos más que con gusanos enteros, vivos, que se retuerzan en el fondo del agua. El pez se imagina que tratan de huir, se lanza en su persecución, y los devora sin desconfianza.

—A mí se me escapan casi siempre —murmura Zanahoria,—y me dejan los dedos untados de su baba asquerosa.

PADRINO

Un gusano no es asqueroso. Un gusano es lo más limpio que hay en el mundo. No se alimenta más que de tierra, y cuando le aprietan, no devuelve más que tierra. Lo que es yo, los comería.

ZANAHORIA

Pues, por mi parte, te los cedo. A ver, cómelos.

PADRINO

Éstos están un poco gordos. Primero habría que asarlos a la parrilla, y luego extenderlos en pan. Pero los pequeños me los como crudos: por ejemplo, los de las ciruelas.

ZANAHORIA

Sí, ya lo sé. Por eso le repugnas a mi familia, a mamá sobre todo, y en cuanto se acuerda de ti, le dan náuseas. Yo te apruebo, sin imitarte, porque no eres difícil y hacemos buenas migas.

Levanta la linterna, baja una rama de ciruelo y coge unas cuantas ciruelas. Se guarda las buenas y da las agusanadas a padrino, que dice, tragándoselas enteras, redondas, con hueso y todo:

—Éstas son las mejores.

ZANAHORIA

¡Oh! He de acabar por aficionarme y comerlas como tú. Sólo temo echar mal olor, y que mamá lo note si me da un beso.

—No huelen—dice el padrino echando el aliento a la cara de su ahijado.

ZANAHORIA

Es verdad. No hueles más que a tabaco. Eso sí; hueles a tabaco que apésta. Te quiero mucho, padrinito; pero más te querría, y más que a nadie, si no fumaras en pipa.

PADRINO

¡Ganso! Así se va uno conservando.

MATILDE

OYE, mamá—dice Ernestina, la hermana, a la señora de Lepic;—Zanahoria sigue jugando en la pradera con Matildita a marido y mujer. Félix, el hermano mayor, los viste. Y, si no me equivoco, eso está prohibido.

Efectivamente: en el prado, Matildita permanece inmóvil y tiesa, con su tocado de clemátide silvestre de flores blancas. Adornada como está, parece, sin duda, una novia prendida de azahares. Y tantos tiene, que serían bastantes para aliviar todos los cólicos de la vida.

La clemátide, trenzada primero como una corona sobre la cabeza, cae a oleadas por debajo de la barbilla, por la espalda, a lo largo de los brazos; voluble, ciñe el talle, y forma por el suelo una cola rampante que Félix, el hermano mayor, no se cansa de hacer más larga.

Echándose atrás, dice:

— ¡No te muevas! Ahora tú, Zanahoria.

Zanahoria, a su vez, se viste de recién casado, cubierto asimismo de clemátides, entre las que aquí y acullá detonan adormideras, bayas de acebo o un diente de león amarillo, para que se le pueda distinguir de Matilde. No tiene ganas de risa, y los tres conservan su seriedad. Ya saben el tono que a cada ceremonia conviene. Se ha de estar triste en los entierros desde que empiezan hasta que acaban, y gra-

ve en las bodas hasta después de la misa. Si no, ya no resulta divertido el juego.

—Daos la mano—dice Félix, el hermano mayor.—Ea; andad despacito.

Echan a andar al paso, sin acercarse. Cuando a Matilde se le traban los pies, se recoge la cola y la sostiene con los dedos. Zanahoria, galante, la espera con un pie en el aire.

Félix, el hermano mayor, los gufa por el prado. Anda hacia atrás, y con el me-
neó de los brazos les lleva el compás. Hace de señor alcalde, y los saluda; luego de señor cura, y los bendice; luego de amigo que los felicita y cumplimenta; luego de violinista, y rasca con un bastón otro bastón.

Los pasea de arriba abajo.

—¡Alto!—dice.—Esto se echa a perder.

Pero no hace más que dar un papirotazo a la corona de Matilde, y otra vez el cortejo está en marcha.

—¡Ay!— exclama Matilde torciendo el gesto.

Un zarcillo de clemátide le tira del pelo. Félix, el hermano mayor, lo arranca con pelo y todo. Y siguen andando.

—¡Ajajá!—dice.—Ahora, ya os habéis casado. ¡A daros un beso!

Como ellos vacilan,

—¿Pero qué? ¡Vaya! ¡A besaros! Cuando uno se casa, ya puede besar. Haced el amor, una declaración. ¡Parecéis plomos!

En su superioridad, se mofa de la torpeza de ellos, él, que acaso ha pronunciado ya palabras de amor. Para dar ejemplo, besa primero a Matilde por el trabajo que le cuesta.

Zanahoria se enardece, busca a través

de la planta trepadora el rostro de Matilde, y la besa en el carrillo.

—No, lo digo por decir—asegura.—Me casaría contigo.

Como lo recibió, Matilde le devuelve su beso. En seguida, torpes, cohibidos, se ponen los dos colorados.

Félix, el hermano mayor, les hace los cuernos:

—¡Sol, sol!

Se frota dos dedos, uno contra otro, y patalea, con churretes en los labios.

—¿Serán pavos? ¿Pues no se figuran que es de veras?

—Lo primero—dice Zanahoria,—que a mí no me importa eso de sol; y luego, ¡rabia, rabia!, que no eres tú quien me ha de impedir casarme con Matilde si mamá quiere.

Pero aquí viene mamá a decir en perso-

na que no quiere. Abre la valla del prado; entra seguida de Ernestina, la que le fué con el cuento; al pasar por el seto, quiebra una vara, le quita las hojas y deja las espinas.

Llega en línea recta, inevitable como la tormenta.

—¡Cuidado con las tortas!—dice Félix, el hermano mayor.

Echa a correr al otro extremo del prado. Allí está seguro y puede ver lo que pasa.

Zanahoria no huye nunca. De ordinario, por cobarde que sea, prefiere acabar de una vez, y hoy se siente bravo.

Matilde, temblorosa, llora como una viuda, entre hipos.

ZANAHORIA

No tengas miedo ninguno. Conozco a

ZANAHORIA

mamá, y no tiene más que para mí. Yo cargaré con todo.

MATILDE

Sí; pero tu mamá se lo dice luego a mi mamá, y mi mamá me pega.

ZANAHORIA

Me corrige; se dice «me corrige», como si se tratara de un ejercicio escrito. ¿Te corrige a ti tu mamá?

MATILDE

A veces; según y conforme.

ZANAHORIA

Pues a mí siempre me toca algo.

MATILDE

¡Pero si yo no he hecho nada!...

ZANAHORIA

No importa. ¡Cuidado!

La señora de Lepic se acerca. Ya los tiene. Tiempo no le ha de faltar. Modera el paso. Tan cerca está, que Ernestina, la hermana, por miedo a los golpes de rechazo, se queda quieta al borde del círculo en que ha de concentrarse la acción. Zanahoria se planta delante de «su mujer», que solloza más fuerte. Las clemátides silvestres enredan sus flores blancas. La vara de la señora de Lepic se levanta, a punto de cimbrar. Zanahoria, pálido, se cruza de brazos, y, arrugada la nuca, calientes ya los riñones, con anticipado escozor en las pantorrillas, tiene el orgullo de exclamar:

—¡Qué más da, si uno se divierte!

LA CAJA DE CAUDALES

AL otro día, Zanahoria se encuentra con Matilde, y ella le dice:

—Tu mamá ha ido a contárselo todo a mi mamá, y me han dado una buena azotaina. ¿Y a ti?

ZANAHORIA

Yo ya no me acuerdo. Pero tú no merecías que te pegaran, porque no hacíamos nada malo.

MATILDE

No; claro está.

ZANAHORIA

Y yo te afirmo que hablaba en serio cuando te dije que me casaría contigo.

MATILDE

También yo me casaría contigo.

ZANAHORIA

Podría despreciarte, porque tú eres pobre y yo rico; pero no tengas cuidado: te aprecio.

MATILDE

¿Cuánto tienes para ser rico, Zanahoria?

ZANAHORIA

Mis padres tienen lo menos un millón.

ZANAHORIA

MATILDE

¿Y cuánto viene a ser un millón?

ZANAHORIA

Viene a ser muchísimo: los millonarios nunca pueden gastarse todo su dinero.

MATILDE

Mis padres se quejan a menudo de que les falta.

ZANAHORIA

¡Anda! ¡También los míos! Cada cual se queja para que le compadezcan y para halagar a los envidiosos. Pero yo sé que somos ricos. El día primero de mes, papá se queda un momento solo en su cuarto. Oigo rechinar la cerradura de la caja de caudales: parece una rana cuando croa

al anochecer. Papá dice una palabra que nadie sabe cuál es, ni mamá, ni mi hermano, ni mi hermana, nadie más que él y yo, y la puerta de la caja de caudales se abre. Papá saca de ella el dinero y lo deja luego sobre la mesa de la cocina. No dice nada; no hace más que sonar las monedas para que mamá, atareada en la hornilla, lo note. Papá sale. Mamá se vuelve, y recoge de prisa el dinero. Así ocurre todos los meses, y hace ya mucho tiempo que dura: prueba de que hay más de un millón en la caja.

MATILDE

¿Y para abrirla dice una palabra? ¿Qué palabra?

ZANAHORIA

No te preocupes, que perderías el tiem-

ZANAHORIA

po. Ya te la diré cuando estemos casados, a condición de que me prometas no repetírsela a nadie.

MATILDE

Dímela ahora mismo. Te prometo ahora mismo no repetirla nunca.

ZANAHORIA

No; es un secreto de papá y mío.

MATILDE

No la sabes. Si la supieras, me la dirías.

ZANAHORIA

¡Vaya si la sé!

MATILDE

¡No la sabes, no la sabes! ¡Bien hecho, bien hecho!

—Apostemos a que la sé—dice Zanahoria gravemente.

—¿Qué apostamos?—pregunta vacilante Matilde.

—¿Me dejas que te toque donde yo quiera—dice Zanahoria,—y te digo la palabra?

Matilde mira a Zanahoria. No le entiende del todo. Entorna mucho los grises ojuelos pícaros, y ya tiene dos curiosidades en lugar de una.

—Di primero la palabra, Zanahoria.

ZANAHORIA

¿Vas a jurarme que después te dejas tocar donde yo quiera?

MATILDE

Mamá me prohíbe que jure.

ZANAHORIA

Pues no sabrás la palabra.

MATILDE

¡Buen cuidado me da la palabra! ¡La he adivinado, sí, la he adivinado!

Zanahoria, impaciente, lo echa todo a rodar:

—Oye, Matilde; no has adivinado absolutamente nada; pero me contentaré con tu palabra de honor. La palabra que papá pronuncia antes de abrir la caja de caudales es «Lustucrú». Ahora ya puedo tocarte donde quiera.

—¡Lustucrú! ¡Lustucrú!—dice Matilde retrocediendo, con el gusto de conocer un secreto, y el temor de que no le sirva para nada.—¿De veras que no te burlas de mí?

Y luego, como Zanahoria, sin contestar, se le acerca, decidido, con las manos tendidas, echa a correr. Y Zanahoria oye su risa seca.

Ha desaparecido ya, cuando siente detrás una mofa.

Se vuelve. Por el ventanillo de una cuadra, un criado de la casa de campo saca la cabeza y enseña los dientes.

—¡Ya te he visto, Zanahoria—exclama,—y se lo contaré todo a tu madre!

ZANAHORIA

Era cosa de juego, Perico. Quería ver si cogía a la chica. Lustucrú es un nombre falso, inventado por mí. Además, el verdadero no lo sé.

PEDRO

Tranquilízate, Zanahoria: ese Lustucrú

ZANAHORIA

me tiene sin cuidado, y no le hablaré de él a tu madre. Le hablaré de lo demás.

ZANAHORIA

¿De lo demás?

PEDRO

Sí, de lo demás. Te he visto, te he visto, Zanahoria. A ver si te atreves a decir que no te he visto. ¡Ah! ¡No empiezas mal, para los años que tienes! Pero esta noche te ajustarán las cuentas.

Zanahoria no halla qué replicar. Roja la cara hasta tal punto que parece apagar el color natural de sus cabellos, con las manos en los bolsillos, se aleja agazapándose, dando resoplidos.

LOS RENACUAJOS

ZANAHORIA está jugando solo en el patio, en medio, para que la señora de Lepic pueda vigilarle por la ventana, y se ejercita en jugar como es debido, cuando el camarada Remigio se presenta. Es un muchacho de su misma edad, que cojea y se empeña siempre en correr, de modo que su pierna izquierda, la del achaque, se arrastra detrás de la otra, sin cogerla nunca. Lleva una cesta, y dice:

—¿Vienes, Zanahoria? Papá lleva el cáñamo al río. Le ayudaremos, y pescaremos renacuajos con cestas.

—Pídeselo a mamá—dice Zanahoria.

ZANAHORIA

REMIGIO

¿Por qué he de ser yo?

ZANAHORIA

Porque a mí nunca ha de darme permiso.

Precisamente la señora de Lepic aparece en la ventana.

—Señora—dice Remigio,—¿quiere usted hacer el favor de dejar venir conmigo a Zanahoria a pescar renacuajos?

La señora de Lepic pega el oído al cristal. Remigio vuelve a gritar sus palabras. La señora de Lepic se entera. La ven que mueve la boca. Los dos amigos nada oyen, y se miran indecisos. Pero la señora de Lepic agita la cabeza y hace claramente señas de que no.

—No quiere—dice Zanahoria.—Me necesitará, sin duda, en seguida.

REMIGIO

¡Cómo ha de ser! Nos hubiéramos divertido de firme. ¡No quiere, no quiere!

ZANAHORIA

Quédate. Juguemos aquí.

REMIGIO

¡Ah, no! ¡De ninguna manera! Prefiero pescar renacuajos. El tiempo está bueno. Los cogeré a cestas.

ZANAHORIA

Espera un poco. Mamá se niega siempre para empezar. Pero luego, a veces, muda de consejo.

REMIGIO

Esperaré un cuartito de hora nada más.

Los dos, chasqueados, con las manos en los bolsillos, observan cazurros la escalera, y pronto Zanahoria da con el codo a Remigio:

—¿Qué te decía yo?

En efecto: la puerta se abre, y la señora de Lepic, llevando en la mano un cesto para Zanahoria, baja un escalón. Pero, desconfiada, se detiene.

—¡Hombre! ¿Aun estás ahí, Remigio? Cref que te habías marchado. Ya le diré a tu padre que te embobas, para que te riña.

REMIGIO

Señora, ha sido Zanahoria, que me ha dicho que esperara.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Ah! ¿Conque sí, Zanahoria?

Zanahoria ni afirma ni niega. No sabe nada. Conoce al dedillo a la señora de Lepic. Una vez más la había adivinado. Pero ya que ese imbécil de Remigio embarulla las cosas y lo echa todo a perder, a Zanahoria le tiene sin cuidado el desenlace. Aplasta la hierba con el pie y mira a otro lado.

—Sin embargo, me parece—dice la señora de Lepic—que no tengo costumbre de desdecirme.

Nada más añade.

Vuelve a subir la escalera. Se mete en casa con la cesta que había de llevarse Zanahoria para pescar renacuajos, y que al efecto había desalojado de nueces frescas.

Ya está lejos Remigio.

La señora de Lepic no suele gastar bromas, y los niños ajenos se acercan prudentemente a ella y la temen casi tanto como al maestro de escuela.

Remigio echa a correr hacia allá, hacia el río. Tan de prisa galopa, que su pie izquierdo, siempre retrasado, va dejando una raya en el polvo de la carretera; danza y suena como una cacerola.

Día perdido. Zanahoria no intenta ya distraerse.

Le ha fallado una buena partida.

El sentimiento está en camino.

Lo espera.

Solitario, sin defensa, deja venir al aburrimiento, y que el castigo se aplique por sí solo.

MUTACIÓN

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Adónde vas?

ZANAHORIA

(Se ha puesto la corbata nueva y ha echado saliva a los zapatos hasta anegarlos.)

Voy de paseo con papá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Te prohíbo que vayas; ¿lo oyes? Si no..
(Su mano derecha se hace atrás, como para tomar impulso.)

ZANAHORIA

(Por lo bajo.)

¡Comprendido!

ESCENA II

ZANAHORIA

(Meditando junto al reloj.)

Yo, ¿qué es lo que quiero? Evitar corrones. Papá me da menos que mamá: he sacado la cuenta. Él se lo pierde.

ESCENA III

EL SEÑOR LEPIC

(Quiere a Zanahoria; pero nunca se ocupa de él, porque anda siempre de bureo, por cuestión de negocios.)

¡Ea! ¡Vamos!

ZANAHORIA

No, papá.

EL SEÑOR LEPIC

¿Cómo que no? ¿No quieres venir?

ZANAHORIA

Sí; pero no puedo.

EL SEÑOR LEPIC

Explícate. ¿Qué ocurre?

ZANAHORIA

Nada; pero me quedo.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ah, vamos! Una de tus ventoleras. ¡Qué bicho tan raro eres! No sabe uno por qué oreja te ha de coger. Ahora quieres, ahora no quieres. Pues quédate, amiguito, y lloriquea a tus anchas.

ESCENA IV

LA SEÑORA DE LEPIC

(Toma siempre la precaución de escuchar detrás de la puerta para oír mejor.)

¡Pobrecillo! *(Mimosa, le pasa la mano por el pelo y le da un tirón.)* Aquí le tienen ustedes hecho un mar de lágrimas, porque su padre *(Mira de reojo al señor Lepic.)* quiere llevársele contra su voluntad. No te atormentaría con tal crueldad tu madre. *(Los Lepic, padre y madre, se vuelven la espalda.)*

ESCENA V

ZANAHORIA

(En el fondo de una despensa. Con dos dedos metidos en la boca y uno solo en la nariz.)

¡No todos pueden ser huérfanos!

DE CAZA

EL señor Lepic lleva de caza a sus hijos alternativamente. Van detrás de él, un poco a la derecha por la dirección de la escopeta, y cargan con el morral. El señor Lepic es un andarín infatigable. Zanahoria pone en seguirle una apasionada testarudez, sin quejarse. Los zapatos le lastiman; nada dice, y los dedos se le engarrotan; hínchansele los gordos por la punta, de modo que llegan a parecer martillitos.

Si el señor Lepic mata una liebre a poco de ponerse a cazar, le dice:

ZANAHORIA

—¿Quieres que la dejemos en el primer caserío, o la escondemos en un seto para recogerla a la tarde?

—No, papá—contesta Zanahoria;—prefiero llevarla yo.

Y ocurre que durante todo un día tiene que llevar dos liebres y cinco perdices. Mete la mano o el pañuelo por debajo de la correa del morral para que descanse el hombro dolorido. Si se cruza con alguien, le vuelve con afectación la espalda y se olvida de la carga por un momento.

Pero se cansa; sobre todo, cuando no ha caído pieza ninguna y deja de sostenerle la vanidad.

—Espérame aquí—dice a menudo el señor Lepic.—Voy a dar una batida por esas tierras de labor.

Zanahoria, irritado, se queda quieto, de pie, al sol. Mira a su padre patalear por el

campo, surco a surco, terrón por terrón, hollándolo, igualándolo como con un rastro; golpear con la escopeta setos, zarzas y cardos, mientras que el propio *Píramo*, sin fuerzas para más, busca la sombra y se tiende un poco, jadeante, con toda la lengua fuera.

—¡Pero si no hay nada!—piensa Zana-horia.—¡Sí; da golpes, rompe ortigas, forrajea! ¡Si yo fuera liebre, agazapada en la oquedad de una zanja, entre las hojas, sí que me libraría bien de moverme con este calor!

Y a la sordina maldice al señor Lepic, dirigiéndole pequeñas injurias.

Y el señor Lepic salta otra cerca para registrar una mielga que hay al lado; esta vez mucho le sorprendería no encontrar allí algún vástago de liebre.

—Me dice que le espere—murmura Za-

nahoria,—y ahora tengo que ir corriendo a su lado. Día que mal empieza, mal acaba. ¡Trota y suda, papá; revienta al perro, dóblame! ¡Como si nos estuviésemos sentados! Esta noche volvemos a casa con las manos vacías.

Porque Zanahoria es ingenuamente supersticioso.

En cuanto se lleva la mano a la gorra, ya está *Piramo* en acecho, el pelo erizado, tiesa la cola. De puntillas, el señor Lepic se acerca todo lo que puede, apoyada la culata en el hombro. Zanahoria se queda inmóvil, y un primer arrebató de emoción le sofoca. *Se quita la gorra.*

Vuelan unas perdices, o salta una liebre. Y según *vuelva Zanahoria a calarse la gorra o simule un saludo,* el señor Lepic yerra el tiro o acierta.

Zanahoria lo confiesa: el sistema no es

infalible. Cuando un ademán se repite demasiado, llega a no hacer efecto, como si la fortuna se fatigara de atender a los mismos signos. Zanahoria los espacia discretamente, y con esta condición, casi siempre da en el clavo.

—¿Has visto qué tiro?—pregunta el señor Lepic, levantando en peso una liebre, caliente todavía, y apretándola el rubio vientre para obligarla a hacer sus necesidades supremas.—¿De qué te ríes?

—De que la has matado gracias a mí—dice Zanahoria.

Y, orgulloso del nuevo éxito, expone su método con aplomo.

—¿Hablas en serio?—dice el señor Lepic.

ZANAHORIA

¡Señor! ¡No es que tenga la pretensión de no equivocarme nunca!

EL SEÑOR LEPIC

¡Ya te estás callando en seguida, tonto! No te aconsejaría yo que si tienes cariño a tu reputación de muchacho listo, soltaras esas pajarotadas delante de extraños. Se te echarían a refr en las narices. A no ser que, por casualidad, quieras hacer burla de tu padre.

ZANAHORIA

Te juro que no, papá. Pero tienes razón: no soy más que un pardillo.

LA MOSCA

SIGUE la caza, y Zanahoria, encogiéndose de hombros por el remordimiento, de bruto que se juzga, pisa los talones a su padre con nuevo ardor, aplicándose a poner exactamente el pie izquierdo allí donde el señor Lepic puso el pie izquierdo, y dando zancadas como si huyese de un ogro. Sólo toma algún descanso para coger una mora, una pera silvestre o unas endrinas, que estrechan la boca, ponen blancos los labios y calman la sed. Además, en una de las bolsas del morral va el frasco del aguardiente. Sorbo a sorbo, casi

ZANAHORIA

lo apura, porque al señor Lepic, en la embriaguez de la caza, se le olvida pedirlo.

—Papá, ¿una gota?

El viento sólo trae un rumor negativo. Zanahoria se echa al colete la gota que ofrecía, deja vacío el frasco, y, dándole vueltas la cabeza, sale otra vez en seguimiento de su padre. De pronto se para, se mete un dedo en la oquedad de la oreja, lo agita vivamente, lo saca, hace como si escuchase, y le grita al señor Lepic:

—Oye, papá; me parece que se me ha entrado una mosca en la oreja.

EL SEÑOR LEPIC

Pues, hijo, sácatela.

ZANAHORIA

Se ha metido mucho; no puedo tocarla. Oigo el zumbido.

EL SEÑOR LEPIC

Déjala que se muera ella sola.

ZANAHORIA

Pero ¿y si pone, papá? ¿Y si hace nido?

EL SEÑOR LEPIC

A ver si la matas con la punta del pañuelo.

ZANAHORIA

Si echara un poco de aguardiente para ahogarla... ¿Me das permiso?

—¡Echa todo lo que quieras!—le grita el señor Lepic;—pero de prisa.

Zanahoria se aplica a la oreja el gollete del frasco, y lo vacía por segunda vez,

por si acaso al señor Lepic se le ocurriese reclamar su parte.

Y pronto Zanahoria exclama muy alegre, echando a correr:

—Mira, papá; ya no oigo a la mosca. Se debe de haber muerto. Sólo que se lo ha bebido todo.

LA PRIMERA CHOCHA

PONTE aquí—dice el señor Lepic.—Es el mejor sitio. Yo me iré a pasear por el bosque con el perro. Levantaremos las chochas, y cuando oigas *pit, pit*, abre bien las orejas y los ojos. Las chochas pasarán por encima de tu cabeza.

Zanahoria tiene la escopeta echada en el brazo. Es la primera vez que va a tirar a una chocha. Ha matado ya una codorniz, ha arrancado plumas a una perdiz, y ha errado una liebre con la escopeta de su padre.

A la codorniz la mató en el suelo, de-

lante de las narices del perro, puesto en acecho. Miraba primeramente, sin verla, aquella bolita redonda del color del suelo.

—Hazte atrás—le dijo el señor Lepic.—
Estás demasiado cerca.

Pero Zanahoria, instintivo, dió un paso adelante, se echó la escopeta a la cara, tiró a quemarropa, y volvió a meter en la tierra la bolita gris. De su codorniz machacada, desaparecida, no pudo encontrar más que unas plumas y un pico ensangrentado.

Sin embargo, la fama de un cazador joven no queda consagrada mientras no mate una chocha, y es necesario que este atardecer sea decisivo en la existencia de Zanahoria.

El crepúsculo engaña; todos lo saben. Los objetos mueven sus líneas esfumadas. El volar de un mosquito perturba tanto

como la proximidad del trueno. Así, Zanahoria, conmovido, quisiera que fuese ya después.

Los tordos, de vuelta de los prados, pasan como cohetes, rápidos, entre las encinas. Los apunta para hacerse a la mira. Con la manga frota el vapor que empaña el cañón de la escopeta. Unas hojas secas dan aquí y allá un trotecillo.

Al cabo, dos chochas, cuyos largos picos les hacen pesado el vuelo, se levantan, se persiguen enamoradas, y dan vueltas por encima del bosque estremecido.

○ Van haciendo *pit, pit, pit*, como el señor Lepic ofreció; pero tan levemente, que Zanahoria duda que vengan hacia él. Sus ojos se mueven con vivacidad. Ve pasar dos sombras sobre su cabeza, y, apoyada la culata en el vientre, tira a discreción, al aire.

Una de las chochas cae con el pico por delante, y el eco dispersa la detonación formidable hasta las cuatro esquinas del bosque.

Zanahoria recoge la chocha, que tiene rota un ala, la zarandea gloriosamente, y aspira el olor de la pólvora.

Acude *Piramo*, precediendo al señor Lepic, que no se da más prisa ni menos prisa que de ordinario.

—Se va a quedar patidifuso—piensa Zanahoria, dispuesto a recibir elogios.

Pero el señor Lepic separa las ramas, se presenta, y dice con voz tranquila a su hijo, humeante aún:

—¿Cómo no has matado las dos?

EL ANZUELO

ZANAHORIA está quitando la escama a sus pescados: gobios, breques y hasta percas. Los rasca con un cuchillo, les abre el vientre, y revienta con el tacón las vejigas dobles transparentes. Junta los desperdicios para el gato. Trabaja afañándose, absorto, encorvado sobre el cubo blanco de espuma, y teniendo cuidado de mojarse.

La señora de Lepic va a echar un vistazo.

—¡Vaya!—dice.—¡Buena fritura nos has

pescado para hoy! Cuando quieres, no eres torpe.

Le acaricia el cuello y los hombros; pero, al quitar la mano, lanza gritos de dolor.

Tiene un anzuelo clavado en la yema del dedo.

Acude Ernestina, la hermana; Félix, el hermano mayor, viene detrás; y pronto llega el mismísimo señor Lepic.

—¡A ver!—dicen.

Pero ella se aprieta el dedo en la falda, entre las rodillas, y el anzuelo se clava más hondo. Mientras Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, la sostienen, el señor Lepic la coge del brazo, lo levanta en alto, y todos pueden ver el dedo. El anzuelo se lo ha traspasado.

Intenta extraerlo el señor Lepic.

—¡Ay, no; así no!—dice la señora de Lepic con voz aguda.

Efectivamente: el anzuelo está inmobilizado, por su dardo, de una parte, y por su anillo, de otra.

El señor Lepic se pone los lentes.

—¡Diablo!—exclama.— ¡Habrá que romper el anzuelo!

¿Cómo romperlo? Al menor esfuerzo del marido, que no tiene dónde agarrar, la señora de Lepic salta y aúlla. ¿Le arrancan el corazón, la vida? Además, el anzuelo es de acero bien templado.

—Entonces—dice el señor Lepic,—habrá que sajar la carne.

Se afianza los lentes, saca el cortaplumas, y empieza a pasar por el dedo una hoja tan poco afilada y de modo tan débil, que no penetra. Aprieta, suda. Sale sangre.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!—grita la señora de Lepic; y todo el grupo tiembla.

—¡Más de prisa, papá!—dice Ernestina, la hermana.

—¡No te dejes caer tan fuerte!—dice Félix, el hermano mayor, a su madre.

El señor Lepic pierde la paciencia. El cortaplumas desgarrá, sierra al azar, y la señora de Lepic, después de haber murmurado: «¡Carnicerol!, ¡carnicerol!», se desmaya, afortunadamente.

El señor Lepic se aprovecha. Blanco, vuelto loco, dá tajos, cava en la carne, y ya el dedo no es más que una llaga sangrienta, de la que se desprende el anzuelo.

¡Uf!

Entretanto, Zanahoria no ha servido de nada. Al primer grito de su madre echó a correr, y, sentado en la escalera, con la

cabeza entre las manos, se explica la aventura. Indudablemente, una vez que echó la caña a lo lejos, el anzuelo se le enganchó en la espalda.

—¡Ya no me extraña que no picasen!— exclama.

Oye los lamentos de su madre, y, por de pronto, no siente gran pesar al oírlos. ¿No ha de gritar él a su vez en seguida, y no menos fuerte que ella, tan fuerte como le sea posible, hasta quedarse ronco, para que ella se dé por vengada más pronto y le deje en paz?

Unos vecinos, curiosos, le preguntan:

—¿Qué ocurre, Zanahoria?

Él no contesta; se tapa los oídos, y su cabeza roja desaparece. Los vecinos se ponen en fila al pie de la escalera a esperar noticias.

Al cabo, la señora de Lepic aparece.

Está pálida como recién parida, y, en el orgullo de haber corrido grave riesgo, lleva por delante el dedo cuidadosamente entrapajado. Va triunfando de un resto de dolor. Sonríe a los asistentes, los tranquiliza con unas pocas palabras, y dice con dulzura a Zanahoria:

—Mira, pequeño, me has hecho daño; pero no te guardo rencor: no ha sido culpa tuya.

Nunca habló en tono semejante a Zanahoria. Sorprendido, alza la frente. Ve el dedo de su madre envuelto en trapos e hilos, pulcro, grueso, cuadrado, como muñeca de niña pobre. Los ojos secos se le llenan de lágrimas.

La señora de Lepic se inclina. Él hace el acostumbrado ademán de protegerse con el codo. Pero ella, generosa, le da un beso delante de todos.

Zanahoria no lo entiende, y llora a lágrima viva.

—¡Pero si te digo que se acabó, que te perdono! ¿Por tan mala me tienes?

Los sollozos de Zanahoria redoblan.

—¿Será tonto? ¡Cualquiera diría que le están degollando!—dice la señora de Lepic a los vecinos, enternecidos por su bondad.

Les alarga el anzuelo, y ellos lo examinan con curiosidad. Uno afirma que es del número 8. Va recobrando ella poco a poco su facilidad de palabra, y con lengua voluble refiere el drama al público.

—¡Ah! ¡En aquel momento le hubiera matado si no llego a quererle tanto! ¡Parece mentira, un instrumento tan chico como un anzuelo! Cref que me subía hasta las nubes.

Ernestina, la hermana, propone que vayan a enterrarlo lejos, al extremo del jar-

ZANAHORIA

dñn, en un hoyo, apisonando después la tierra.

—¡Cómo! ¡Nada de eso!—dice Félix, el hermano mayor.—Me quedo con él para pescar. ¡Atiza! ¡Un anzuelo empapado en sangre de mamá! ¡Ahí es nada! ¡Y que no voy a coger peces! ¡Arrea! ¡Gordos como el muslo!

Y zarandea a Zanahoria, que, estupefacto aún por haberse librado del castigo, exagera todavía su arrepentimiento, lanza por la garganta gemidos roncós, y lava a grifo abierto las manchas de su fea cara, hecha para los bofetones.

LA MONEDA DE PLATA

I

LA SEÑORA DE LEPIC

No se te ha perdido nada, Zanahoria?

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Por qué dices que no así, en seguida, sin saberlo? Sácate primero los bolsillos.

ZANAHORIA

ZANAHORIA

(Vuelve los forros de sus bolsillos, y los mira colgar como si fuesen orejas de burro.)

¡Ah, sí, mamá! Dámelo.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Dame qué? ¿De modo que se te ha perdido algo? ¡Te pregunté por casualidad, y resulta que he adivinado! ¿Qué se te ha perdido?

ZANAHORIA

No sé.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Cuidado, que vas a decir mentira! Ya estás divagando como un pez aturdido.

Contesta despacio. ¿Qué se te ha perdido?
¿Es el trompo?

ZANAHORIA

Precisamente. Ya no me acordaba. Es
el trompo, sí, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

No, mamá; no es el trompo. Te lo con-
fisqué la semana pasada.

ZANAHORIA

Entonces, será mi cortaplumas.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué cortaplumas? ¿Quién te ha regala-
do un cortaplumas?

ZANAHORIA

ZANAHORÍA

Nadie.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Pobre hijo mío! ¡No acabaremos nunca! Cualquiera diría que una te vuelve loco. Y, sin embargo, estamos solos. Te interrogo con dulzura. Un hijo que quiere a su madre, todo se lo confía. Apuesto a que se te ha perdido tu moneda de plata. No lo sé; pero estoy segura. No me lo niegues. La nariz se te arruga.

ZANAHORIA

Mamá, la moneda me pertenecía. Mi padrino me la había dado el domingo. Me quedo sin ella; ¡cómo ha de ser! Es para contrariarse; pero ya me consolaré. Ade-

más, no le tenía gran apego. ¡Una moneda más o menos!...

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Habrás visto charlatán! Y yo escuchándote como una infeliz. ¿De modo que tienes en nada el trabajo de tu padrino, que tanto te mima, y que se va a poner hecho una fiera?

ZANAHORIA

Figurémonos, mamá, que he gastado la moneda a gusto mío. ¡No iba a estarme vigilándola toda la vida!

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Basta ya, mono! No debías perder la moneda ni despilfarrarla sin permiso. Ya te quedaste sin ella: reemplázala, encuén-

trala, fábricala, arréglatelas. ¡Trota, y no discutas!

ZANAHORIA

Sí, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Y te prohíbo que digas *Sí, mamá*, y que te las echés de original; y ¡cuidadito con que yo te oiga canturrear, silbar entre dientes o imitar al carretero sin preocuparte! ¡Conmigo no valen esas mañas!

II

Zanahoria se pasea a pasos cortos por las avenidas del jardín, gimoteando. Busca un poco, y a menudo da un resoplido. Cuando nota que su madre le observa, se queda inmóvil, o se baja y hurga con la

punta de los dedos entre las acederas, en la arena menuda. Cuando piensa que la señora de Lepic ha desaparecido, deja de buscar. Sigue andando por fórmula, como si husmeara.

¿Dónde demonio se habrá metido esa moneda de plata? ¿Allá arriba, en el árbol, dentro de un nido viejo?

En ocasiones, gente distraída que nada buscaba, se ha encontrado unas monedas de oro. Más de una vez se ha visto. Pero aunque Zanahoria se arrastrara por los suelos, desgastándose las rodillas y las uñas, no recogería ni un alfiler.

Cansado de vagar en espera de no sabe qué, Zanahoria se echa el alma a la espalda y vuelve a su casa para ver cómo se presenta su madre. Acaso esté tranquila, y si la moneda sigue sin parecer, se pueda renunciar a buscarla.

No ve a la señora de Lepic. La llama tímido:

—¡Mamá! ¡Eh, mamá!

No contesta. Acaba de salir, y se ha dejado abierto el cajón del costurero. Entre lanas, agujas, carretes blancos, rojos y negros, Zanahoria ve algunas monedas de plata.

Parece que se han hecho viejas allí. Tienen aspecto de dormir en aquel sitio, despertándose rara vez, llevadas de un rincón a otro, mezcladas, sin número.

Lo mismo pueden ser tres que cuatro o que ocho. Difícil sería contarlas. Habría que volver el cajón, sacudir los ovillos. ¿Y cómo podrían probarlo?

Con la presencia de espíritu que no le abandona más que en las grandes ocasiones, Zanahoria, resuelto, alarga el brazo, roba una moneda y echa a correr.

El miedo de verse sorprendido le ahorra vacilaciones, remordimientos, una vuelta peligrosa hacia la mesa de labor.

Va derecho, con demasiado ímpetu para poder pararse, recorre las avenidas, escoge sitio, «pierde» en él la moneda, la hunde con un taconazo, se tira de bruces, y, cosquilleándole la hierba en las narices, se arrastra a sus anchas, describe círculos irregulares, como cuando uno da vueltas, con los ojos vendados, alrededor de un objeto escondido, mientras que la persona que dirige los juegos de prendas, dándose golpes ansiosos en las pantorri-llas, exclama:

—¡Cuidado! ¡Caliente, caliente!

III

ZANAHORIA

¡Mamá, mamá, ya la tengo!

LA SEÑORA DE LEPIC

Pues yo también.

ZANAHORIA

¿Cómo es eso? Mírala aquí.

LA SEÑORA DE LEPIC

Aquí la tienes.

ZANAHORIA

¡Anda! Déjame verla.

LA SEÑORA DE LEPIC

Trae tú, que la vea yo.

ZANAHORIA

(Enseña su moneda. La señora de Lepic enseña la suya. Zanahoria las manosea, las compara y forma su frase.)

¡Qué gracia! ¿Dónde la has encontrado tú, mamá? Yo la he encontrado en este paseo, al pie del peral. Veinte veces habré pasado por encima sin verla. Relucía. Primero creí que era un pedazo de papel o una violeta blanca. No me atrevía a cogerla. Se me habrá caído del bolsillo un día que me revolqué por la hierba haciendo diabluras. Bájate, mamá; mira el sitio en que la muy pilla se ocultaba, su guarida. ¡Ya puede decir que me ha dado que hacer!

LA SEÑORA DE LEPIC

No diré que no. Yo la he encontrado en el otro gabán tuyo. A pesar de mis observaciones, siempre se te olvida vaciar los bolsillos cuando los llevas atestados de cosas. He querido darte una lección de orden. Te he dejado que buscaras para enseñarte. Y será preciso creer que el que busca encuentra siempre, porque ahora tienes dos monedas de plata en lugar de una. Ya estás forrado de oro. Bien está lo que bien acaba; pero te aviso que el dinero no es la felicidad.

ZANAHORIA

¿Entonces, mamá, puedo irme a jugar?

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Sin duda! Que te diviertas; nunca has

de ser más chico para divertirme. Llévate las dos monedas.

ZANAHORIA

¡Oh, mamá; con una me basta! Y aun te agradeceré que me la guardes hasta que la necesite. Serás muy buena.

LA SEÑORA DE LEPIC

No; las cuentas claras. Guárdate tus monedas. Las dos te pertenecen: la de tu padrino y la otra, la del peral, como no venga su dueño a reclamarla. ¿Quién será? Por más vueltas que le doy... ¿Y tú no te imaginas?

ZANAHORIA

No, la verdad; y me da lo mismo. Ya lo pensaré mañana. ¡Hasta ahora, mamá, y gracias!

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Espera! ¿Y si fuese el jardinero?

ZANAHORIA

¿Quieres que vaya ahora mismo a preguntárselo?

LA SEÑORA DE LEPIC

Ven acá, criatura; ayúdame. Reflexionemos. Tu padre no puede ser sospechoso de negligencia a sus años. Tu hermana echa sus ahorros en la alcancía. A tu hermano no le queda tiempo para perder el dinero: una perra chica se le deshace entre los dedos. Después de todo, acaso haya sido yo.

ZANAHORIA

Mamá, eso me asombraría. ¡Tú, que lo guardas todo tan cuidadosamente!...

LA SEÑORA DE LEPIC

A veces las personas mayores se engañan como los chicos. ¡Ea, ya lo veré! En todo caso, sólo a mí me importa. No se hable más de esto. Pierde cuidado. Corre a jugar, hijo, pero no te vayas muy lejos, mientras echo una mirada al cajón de mi costurero.

(Zanahoria, que ya tomaba carrera, se vuelve, y sigue un momento con los ojos a su madre, que se aleja. Al cabo, bruscamente, se le pone delante, se queda plantado, y, en silencio, le ofrece una mejilla.)

LA SEÑORA DE LEPIC

(Levantando la mano derecha, que amenaza ruina.)

Sabía que eras embustero; pero no creí

que te atrevieses a tanto. Ahora mientes dos veces. ¡Sigue, sigue! Empieza uno por robar un huevo, en seguida roba un buey, y acaba por asesinar a su madre.

(Cae la primera bofetada.)

LAS IDEAS PROPIAS

EL señor Lepic, Félix, el hermano mayor, Ernestina, la hermana, y Zanahoria, están pasando la velada junto a la chimenea, en que arde un tronco, raíces y todo, y las cuatro sillas se columpian sobre las patas delanteras. Discuten, y Zanahoria, ya que no está la señora de Lepic, va desarrollando sus ideas personales.

—Para mí—dice,—los títulos de familia no significan nada. Así, papá, tú sabes lo que te quiero; pues te quiero, no porque seas mi padre: te quiero porque eres mi

amigo. En efecto: ningún mérito tienes en ser mi padre; pero tu amistad yo la miro como un alto favor que, sin debérmelo, me otorgas generosamente.

—¡Ah!—contesta el señor Lepic.

—¿Y yo? ¿Y yo?—preguntan Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana.

—Ocurre lo mismo—dice Zanahoria.—El azar es quien os ha hecho hermano y hermana míos. ¿Por qué he de agradeceroslo? ¿Quién tiene la culpa si los tres somos Lepic? Evitarlo, no podríais. Pues sería inútil que yo os tuviese gratitud por un parentesco involuntario. Solamente os doy gracias, a ti, hermano, por tu protección, y a ti, hermana, por tus cuidados eficaces.

—¡A tus órdenes!—dice Félix, el hermano mayor.

—¿De dónde irá a sacar esas reflexiones

del otro mundo?—dice Ernestina, la hermana.

—Y lo que estoy diciendo—añade Zanahoria—lo afirmo de un modo general, sin hacer caso de personalidades; y si estuviese aquí mamá, delante de ella lo repetiría.

—No lo repetirías dos veces—dice Félix, el hermano mayor.

—¿Qué ves de malo en mis palabras?—contesta Zanahoria.—¡Cuidado con desnaturalizar mi pensamiento! Lejos de no tener corazón, os quiero más de lo que parece. Pero este cariño, en lugar de ser trivial, instintivo y rutinario, es voluntario, razonado, lógico. Lógico: ésa es la palabra.

—¿Cuándo se te quitará la manía de usar términos cuyo sentido desconoces—dice el señor Lepic levantándose para irse a

la cama,—y la de querer, a tus años, darle ciento y raya a los demás? Si vuestro difunto abuelo me hubiese oído soltar la cuarta parte de tus majaderías, pronto me hubiera demostrado, con un puntapié y un sopapo, que no era más que su hijo.

—Pues de algo hay que hablar para pasar el rato—dice Zanahoria, inquieto ya.

—Más valdría que te callaras—dice el señor Lepic con una palmatoria en la mano.

Y desaparece. Félix, el hermano mayor, se va tras él.

—¡Hasta la vista, compañero!—le dice a Zanahoria.

Luego, Ernestina, la hermana, se pone en pie, y gravemente,

—¡Buenas noches, amigo!—le dice.

Zanahoria se queda solo, desconcertado.

Ayer el señor Lepic le aconsejaba que aprendiese a reflexionar.

—¿Quién es *uno*?—le decía.—*Uno* no existe. *Todos* no es nadie. Repites demasiado lo que oyes. Trata de pensar un poco por cuenta tuya. Expresa tus ideas propias, aunque no tengas más que una para empezar.

Como la primera que lanza no logra buena acogida, Zanahoria tapa el fuego, coloca las sillas contra la pared, hace un saludo al reloj, y se retira al cuarto de que arranca la escalera de una cueva, y que llaman el cuarto de la cueva. Es un cuarto fresco y agradable en verano. Allí se conserva bien la caza una semana entera. La última liebre muerta echa sangre por la nariz en un plato. Hay banastas llenas de grano para las gallinas, y Zanahoria nunca se cansa de removerlo con los brazos, que se hunden hasta el codo.

De ordinario, los vestidos de toda la fa-

milia, colgados de la percha, le impresionan. Se los creyera suicidas que acaban de ahorcarse después de haber tomado la precaución de dejar las botas, bien colocadas, en la tabla de encima.

Pero esta noche Zanahoria no tiene miedo. No echa una ojeada debajo de la cama. Ni la luna ni las sombras le causan espanto, ni el pozo del jardín, como si se abriese allí mismo ex profeso para el que quisiera tirarse por la ventana.

Tendría miedo si pensara en tener miedo; pero ya no piensa tal cosa. En camisa, se le olvida andar de talones para sentir menos el frío de las rojas baldosas.

Y ya en la cama, puestos los ojos en los bullones que forma el yeso húmedo, sigue desarrollando sus ideas propias, llamadas de tal modo porque tiene uno que guardárselas para sí.

LA TORMENTA DE HOJAS

HACE mucho tiempo que Zanahoria, soñador, está observando la hoja más alta del álamo más crecido. Pensando en las musarañas, espera que se mueva.

Parece estar desprendida del árbol, vivir aparte, sola, sin cabo, libre.

Cada día vienen a dorarla el primero y el último rayo del sol.

Desde que el día media, permanece en una inmovilidad de muerte, más bien mancha que hoja, y Zanahoria pierde la paciencia, intranquilo, hasta que, por último, la hojita hace una seña.

Debajo, una hojita próxima hace la misma seña. Otras la repiten, se la comunican a las hojas vecinas, que la transmiten rápidamente.

Y es una señal de alarma, porque en el horizonte se muestra la orla de un casquete pardo.

¡Ya el álamo tiembla! Pugna por moverse, por quitarse de encima las pesadas capas de aire que le molestan.

Su inquietud se apodera del haya, de una encina, de los castaños, y todos los árboles del jardín se van avisando con gestos que en el cielo el casquete se ensancha, echando hacia adelante su borde neto y sombrío.

Primero excitan sus ramas finas y mandan callar a los pájaros: al mirlo, que lanzaba una nota a la ventura, como un guisante crudo; a la tórtola, a quien Zanaho-

ría veía, un momento ha, verter a sacudidas los arrullos de su garganta pintada; y a la urraca, insoportable con esa cola de urraca.

Después ponen en movimiento sus gruesos tentáculos para asustar al enemigo.

El lívido casquete avanza en su invasión lenta.

Llega poco a poco a abovedar el cielo. Acorrala su azul, tapa los agujeros que pudieran dar paso al aire, lo dispone todo para sofocar a Zanahoria. Diríase a veces que flaquea de su propio peso y que va a caer sobre el pueblo; pero se detiene en la punta del campanario, por miedo de hacerse un desgarrón.

Vedlo tan cerca, que, sin más provocaciones, empieza el pánico, se levantan los clamores.

Mezclan los árboles sus masas confusas

ZANAHORIA

y encolerizadas, en el fondo de las cuales Zanahoria se imagina unos nidos llenos de ojitos redondos y picos blancos. Las copas ceden y tornan a enderezarse, como cabezas bruscamente despiertas. Vuelan a bandadas las hojas, para volver en seguida, temerosas, amansadas, e intentan pegarse otra vez al árbol. Las de la acacia, leves, suspiran; las del abedul despelejado se quejan; silban las del castaño, y las aristoloquias trepadoras chapotean persiguiéndose por la pared.

Más abajo, los manzanos rechonchos sacuden sus manzanas, dando golpes sordos en el suelo.

Más abajo, los groselleros sangran en gotitas rojas, y los uvaespinos en gotas de tinta.

Y más abajo, las coles borrachas agitan sus orejas de burro, y las cebollas lo-

gradas chocan entre sí, rompiendo sus bolas hinchadas de semilla.

¿Por qué? ¿Qué les pasa? ¿Qué quiere decir esto? No truena, no graniza; ni un relámpago, ni una gota de lluvia. Pero la negrura tempestuosa de arriba, la obscuridad callada en mitad del día, es lo que les vuelve locos, lo que espanta a Zanahoria.

Ya todo el casquete se ha desplegado bajo el sol escondido.

Se mueve, Zanahoria lo sabe; se desliza, y como está hecho de nubes movibles, acabará por huir; volverá a verse el sol. Pero, aunque sirve de techumbre a todo el cielo, le oprime la cabeza por la frente. Cierra los ojos, y le venda dolorosamente los párpados.

Métese también los dedos en los oídos; pero la tempestad se le entra en casa des-

ZANAHORIA

de afuera, con sus gritos, con su torbellino.

Recoge su corazón como un papel tirado en la calle.

Lo arruga, lo aprieta, lo echa a rodar, lo reduce.

Y pronto a Zanahoria ya no le queda más que una bolita de corazón.

LA REBELIÓN

I

LA SEÑORA DE LEPIC

ZANAHORIA, hijito mío, haz el favor de ir a traerme del molino una libra de manteca. Anda corriendo. Te esperamos para sentarnos a la mesa.

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Por qué me dices: «No, mamá»? Anda, que te esperamos.

ZANAHORIA

ZANAHORIA

No, mamá, no voy al molino.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Cómo! ¿Que no vas al molino? ¿Qué dices? ¿Quién te pregunta?... Pero ¿estás soñando?

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Vamos a ver, Zanahoria; estoy turulata. Te mando que vayas en seguida a traer del molino una libra de manteca.

ZANAHORIA

Ya lo he oído. No voy.

LA SEÑORA DE LEPIC

Entonces, ¿soy yo la que está soñando?
¿Qué es lo que pasa? Por primera vez en
tu vida te niegas a obedecerme.

ZANAHORIA

Sí, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Te niegas a obedecer a tu madre?

ZANAHORIA

Sí, mamá; a mi madre.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡No faltaba más! ¡Me gustaría verlo!
¿Vas a echar a correr?

ZANAHORIA

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quieres callarte y echar a correr?

ZANAHORIA

Me callo, sin echar a correr.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quieres irte volando con este plato?

II

Zanahoria se calla y no se menea.

—¡Esto es una revolución!—exclama la señora de Lepic en lo alto de la escalera, levantando los brazos.

En efecto: es la primera vez que Zanahoria le dice que no. ¡Y si ella le molestase! ¡Si estuviera jugando! Pero no: sentado en el suelo, daba vueltas a los pulgares, levantaba las narices al viento y cerraba los ojos para tenerlos calientes. Y ahora se la queda mirando con la cabeza alta. No lo entiende. Llama que venga gente, como pidiendo socorro:

—¡Ernestina, Félix, que hay novedades! ¡Venid a verlo con vuestro padre, y que venga Águeda también! Nadie está de más.

Y hasta las escasas personas que cruzan por la calle pueden pararse.

Zanahoria está de pie en medio del patio, a distancia, sorprendido de su firmeza frente al peligro, y más asombrado de que a la señora de Lepic no se le ocurra pegarle. Tan grave es el momento, que pier-

de sus facultades. Renuncia a sus ademanes acostumbrados de intimidación, a la mirada aguda y ardiente como un pincho al rojo. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, los labios se despegan por la presión de una rabia interna que se escapa con un silbido.

—Amigos míos—dice,—he rogado con urbanidad a Zanahoria que me hiciera un favor insignificante: que se llegara de paseo hasta el molino. ¿Adivináis lo que me ha contestado? Preguntádselo, para que no creáis que soy yo quien lo inventa.

Todos adivinan, y su actitud dispensa a Zanahoria de la repetición.

Ernestina, cariñosa, se le acerca y le dice por lo bajo, al oído:

—Ándate con cuidado, que lo vas a pasar mal. Obedece; haz caso a tu hermana, que te quiere.

Félix, el hermano mayor, se figura estar en el teatro. No le cedería el puesto a nadie. No se para a pensar que si Zanahoria se niega, parte de los recados tendrá que hacerlos en adelante, como es justo, el hermano mayor. Pero más bien le anima. Ayer le menospreciaba, llamándole gallina. Hoy le mira como a un igual y le toma en consideración. Da zancadas y la goza de firme.

—Puesto que ha llegado el fin del mundo al revés—dice la señora de Lepic,—yo no tengo ya nada que hacer, y me retiro. Cedo a otro la palabra para que se encargue de domar a la fiera. Dejo al hijo enfrente del padre. ¡Allá se las arreglen!

—Papá—dice Zanahoria en plena crisis, con voz estrangulada, porque aun no tiene costumbre,—si exiges que vaya a traer del molino esa libra de manteca, iré por

ti, pero sólo por ti. Lo que es por mi madre, me niego.

Al señor Lepic más le fastidia que le halaga, al parecer, tal preferencia. Le molesta ejercer de ese modo su autoridad, porque una galería le invite a ello, a propósito de una libra de manteca.

Da disgustado algunos pasos por la hierba, se encoge de hombros, vuelve la espalda, y se mete en la casa otra vez.

Provisionalmente, las cosas no pasan adelante.

PARA TERMINAR

POR la noche, después de la comida, a que no asiste, por hallarse enferma y en cama, la señora de Lepic, todos han permanecido callados, no sólo por costumbre, sino también por desazón. El señor Lepic hace un nudo a su servilleta, la tira encima de la mesa, y dice:

—¿No hay nadie que venga a darse un paseo conmigo por la carretera vieja?

Zanahoria comprende que aquél es el modo escogido por el señor Lepic para invitarle. Se levanta igualmente, arrima la

silla a la pared, como hace siempre, y sigue dócilmente a su padre.

Primero caminan silenciosos. La pregunta inevitable no surge de pronto. Zanahoria, con la imaginación, se ejercita en adivinarla y contestarla. Ya está dispuesto. Sacudido firmemente, nada echa de menos. Ha sentido en aquel día tal emoción, que no teme pasar por otra más fuerte. Y hasta el sonido de la voz del señor Lepic, al decidirse, le tranquiliza.

EL SEÑOR LEPIC

¿A qué esperas para explicarme tu conducta reciente, que tanto disgusta a tu madre?

ZANAHORIA

Querido papá, mucho tiempo he vaci-

lado; pero era preciso acabar de una vez.
Lo confieso: no quiero a mamá.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ah! ¿Y por qué? ¿Desde cuándo?

ZANAHORIA

Por todo. Desde que la conozco.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ay, qué desgracia, hijo mío! Pero, si-
quiera, cuéntame lo que te ha hecho.

ZANAHORIA

Sería largo de contar. Y, además, ¿no te
das tú cuenta?

EL SEÑOR LEPIC

Sí; he notado que estabas de hocico muy
a menudo.

ZANAHORIA

Me exaspera que me digan que estoy de hocico. Es natural: Zanahoria no puede tener un rencor serio. ¿Se pone de hocico? Hay que dejarle. Cuando se le haya pasado, saldrá del rincón tranquilo, satisfecho. Pero, sobre todo, haced como si no os ocupais de él. No tiene importancia... Perdona, papá: no deja de tener importancia más que para los padres y los extraños. A veces me pongo de hocico, lo confieso, en cuanto a la forma; pero también ocurre, te lo aseguro, que rabio con toda la energía de mi corazón, y que no se me olvida nunca la ofensa.

EL SEÑOR LEPIC

¡Sí, hombre, sí; esas chinchorrerías se te olvidarán!

ZANAHORIA

¡No, hombre, no! Tú no lo sabes todo:
¡estás en casa tan poco tiempo!...

EL SEÑOR LEPIC

Tengo que viajar.

ZANAHORIA

(En tono de suficiencia.)

El negocio es el negocio, papá. Tus que-
haceres te absorben, en tanto que mamá,
ha llegado el momento de decírtelo, no
tiene más perro que azotar que a mí. Me
libraré muy bien de echarte la culpa. Es-
toy seguro de que en cuanto yo te fuera
con el soplo, me protegerías. Poquito a
poco, ya que lo exiges, te iré poniendo al
corriente de lo pasado. Verás si exagero

ZANAHORIA

y si tengo memoria. Pero ahora, papá, te ruego que me aconsejes. Quisiera separarme de mi madre. ¿Cuál sería, en opinión tuya, el medio más sencillo?

EL SEÑOR LEPIC

No la ves más que dos meses al año, por vacaciones.

ZANAHORIA

Debías consentir que las pasara en el colegio. Así adelantaría.

EL SEÑOR LEPIC

Ése es un favor reservado a los alumnos pobres. La gente creería que yo te abandonaba. Y luego, no has de pensar sólo en ti. Por lo que hace a mí, iba a quedarme sin tu compañía.

ZANAHORIA

Vendrías a verme, papá.

EL SEÑOR LEPIC

Los viajes por gusto cuestan caros, Zanahoria.

ZANAHORIA

Aprovecharías tus viajes obligatorios. Darías un rodeillo.

EL SEÑOR LEPIC

No. Hasta aquí he venido tratándote lo mismo que a tu hermano y a tu hermana, cuidando de que para nadie haya privilegios. Así he de seguir.

ZANAHORIA

Dejemos, entonces, mis estudios. Sáca-

ZANAHORIA

me del colegio, pretextando que te robo el dinero que gastas, y escogeré un oficio.

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué oficio? ¿Quieres que te ponga de aprendiz con un zapatero, pongo por caso?

ZANAHORIA

A eso o a otra cosa. Podría ganarme la vida y ser libre.

EL SEÑOR LEPIC

Llegas tarde, Zanahorita mío. ¿Crees que, después de haberme impuesto tan grandes sacrificios por tu instrucción, vas a ponerte a clavetear suelas?

ZANAHORIA

Pues si te dijera, papá, que he intentado matarme...

EL SEÑOR LEPIC

¡Exageras, Zanahoria!

ZANAHORIA

Te juro que ayer, sin ir más lejos, aun
tenía ganas de ahorcarme.

EL SEÑOR LEPIC

Y ahí estás. Luego apenas tenías más
que las ganas. Pero al recordar tu suici-
dio frustrado, levantas la cabeza con alti-
vez. Te imaginarás que la muerte no ha
tentado a nadie más que a ti. Zanahoria,
el egoísmo te perderá. Tiras de la manta
para ti solo. Crees que en el Universo no
hay más que tú.

ZANAHORIA

Papá, mi hermano es feliz; mi hermana

es dichosa; y que me aspen si mamá, como tú dices, no siente placer ninguno en jorobarme. Tú, en fin, por tu parte, dominas y te haces temer hasta de mi madre. Nada puede contra tu tranquilidad. Lo cual prueba que en la especie humana hay gente venturosa.

EL SEÑOR LEPIC

Pero, ¡cabezota de especie humana, razones como un adoquín! ¿Puedes ver con claridad en el fondo de los corazones? ¿Comprendes ya todas las cosas?

ZANAHORIA

Las cosas mías, sí, papá; por lo menos, trato de comprenderlas.

EL SEÑOR LEPIC

Entonces, Zanahoria, amigo mío, renun-

cia a la felicidad. Te aviso que nunca has de ser más feliz que ahora; ¡nunca, nunca!

ZANAHORIA

¡Bonito porvenir!

EL SEÑOR LEPIC

Resígnate, blíndate hasta que seas mayor y dueño de ti mismo y puedas libertarte, renegar de nosotros, cambiar de familia, ya que no de carácter y de humor. De aquí a entonces, trata de dominarte, ahoga tu sensibilidad y observa a los demás, aun a los que viven más cerca de ti; será cosa divertida: te prometo sorpresas consoladoras.

ZANAHORIA

Claro que los demás han de tener sus penas. Pero ya los compadeceré más ade-

lante. Hoy reclamo justicia por cuenta propia. ¿Qué suerte no ha de ser preferible a la mía? Tengo madre, y esa madre no me quiere, y yo no la quiero.

—Y yo, ¿te figuras que la quiero?—dice en tono brusco el señor Lepic, impaciente.

Al oírle, Zanahoria levanta los ojos hacia su padre. Mira despacio su rostro duro, su barba espesa, en que se ha escondido la boca, como avergonzada de haber hablado en demasía, su frente surcada, sus patas de gallo y sus párpados caídos, que le dan aspecto de dormido hasta cuando anda.

Por un instante, Zanahoria se priva de hablar. Teme que su alegría secreta, que la mano de que se apodera y retiene casi a la fuerza, se vayan volando.

Luego aprieta el puño, amenaza al pue-

blo, adormilado allá lejos, en tinieblas, y le grita con énfasis:

—¡Ah, mala mujer! ¡Ya estás aviada! ¡Te aborrezco!

—¡Cállate!—dice el señor Lepic.—Después de todo, es tu madre.

—¡Oh!—contesta Zanahoria, recobrando sencillez y prudencia;—no lo digo porque sea mi madre.

EL ÁLBUM DE ZANAHORIA

I

Si un extraño se pone a hojear el álbum de fotografías de los Lepic, no deja de asombrarse. Ve a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor, en distintas posturas: en pie, sentados, bien vestidos o a medio vestir, alegres o enfurruñados, sobre ricos fondos.

—¿Y Zanahoria?

—Tenía retratos suyos de cuando pequeño—contesta la señora de Lepic;—pero estaba tan guapo, que me los arrebatá-

ban, y no he podido quedarme ni siquiera con uno.

La verdad es que a Zanahoria nunca le han *sacado*.

II

Hasta tal punto se llama Zanahoria, que la familia titubea cuando trata de acordarse de su verdadero nombre de pila.

—¿Por qué le llaman Zanahoria? ¿Por el pelo amarillo que tiene?

—¡Más amarilla tiene aún el alma!—dice la señora de Lepic.

III

Otras señas particulares:

La cara de Zanahoria no previene mucho, que digamos, en favor suyo.

ZANAHORIA

Zanahoria tiene los agujeros de la nariz como toperas.

Zanahoria tiene constantemente, aun después de una limpia, cortecitas de pan en las orejas.

Zanahoria chupa la nieve hasta que se le derrite en la lengua.

Zanahoria, al andar, se roza los tobillos, y tiene tal porte, que se le pudiera tomar por jorobado.

El cuello de Zanahoria está cubierto de una mugre azul, a manera de collar.

Por último, Zanahoria tiene un paladar muy raro y no percibe el olor del almizcle.

IV

Es el primero en levantarse, al mismo tiempo que la criada. En las mañanas de invierno se tira de la cama antes de que

amanezca, y mira la hora con las manos, tocando las del reloj con la punta de los dedos.

Cuando el café y el chocolate están hechos, prueba un poco de chocolate o de café metiendo el dedo gordo.

V

Cuando le presentan a alguien, vuelve la cabeza, tiende la mano de medio lado, pone cara de aburrido, dobla las piernas y araña la pared.

Y si le preguntan:

—¿Me das un beso, Zanahoria?

Contesta:

—¡Psch! ¡No vale la pena!

ZANAHORIA

VI

LA SEÑORA DE LEPIC

Zanahoria, cuando te hablen, contesta.

ZANAHORIA

Bbbuenooo, maumau.

LA SEÑORA DE LEPIC

Me parece que te he dicho ya que los niños no deben hablar nunca con la boca llena.

VII

No puede menos de estar siempre con las manos en los bolsillos. Y por mucho que se apresure a sacarlas en cuanto se

acerca la señora de Lepic, siempre llega tarde. Su madre no va a tener más remedio que coserle los bolsillos con las manos dentro.

VIII

—Aunque te hagan lo que te hagan—le dice padrino en tono amistoso,—no está bien que mientas. Es un defecto feísimo, y además inútil, porque todo llega a saberse.

—Sí—contesta Zanahoria;—pero se gana tiempo.

IX

El perezoso Félix, el hermano mayor, acaba de terminar sus estudios con penas y fatigas.

Estirándose, lanza un suspiro de satisfacción.

—¿Qué aficiones tienes?—le pregunta el señor Lepic.—Has llegado a la edad en que tu vida tiene que decidirse. ¿Qué vas a hacer?

—¡Cómo! ¿Más aún?—dice Félix, el hermano mayor.

X

Juegan a juegos de prendas.

La señorita Berta «se queda».

—Porque tiene los ojos azules—dice Zanahoria.

Exclamaciones:

—¡Muy bonito! ¡Vaya un poeta galante!

—¡Psch!—contesta Zanahoria.—¡Ni siquiera se los he mirado! Lo digo como hu-

biera podido decir otra cosa. Es una fórmula convencional, una figura retórica.

XI

En las batallas a pelotazos de nieve, Zanahoria forma partido él solo. Le temen y su reputación está muy extendida, porque mete piedras en las bolas.

Apunta a la cabeza: es más breve.

Cuando hiela y los otros se dejan resbalar, Zanahoria se hace un resbaladero aparte, a un lado del hielo, en la hierba.

En el juego del paso, prefiere quedarse de una vez para todas.

En el marro, se deja coger todas las veces que quieren, porque la libertad le tiene sin cuidado ninguno.

Y al escondite, se esconde tan bien, que le dejan olvidado.

XII

Los niños se miden.

Félix, el hermano mayor, fuera de concurso, a ojos vistas, les lleva a los otros dos la cabeza. Pero Zanahoria y Ernestina, la hermana, con no ser más que una chica, tienen que ponerse uno junto a otra. Y mientras que la hermana, Ernestina, se empina sobre las puntas de los pies, Zanahoria, deseoso de no contrariar a nadie, hace trampa y se agacha ligeramente, para añadir un ápice a la ilusioncilla de diferencia.

XIII

Zanahoria da este consejo a la criada Águeda:

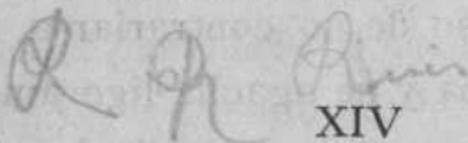
—Para llevarse bien con la señora de Lepic, háblele mal de mí.

Pero hay un límite.

La señora de Lepic no consiente que nadie más que ella toque a Zanahoria.

Como una vecina se permitiese amenazarle, la señora de Lepic acude, se irrita y liberta a su hijo, radiante ya de gratitud.

—¡Y ahora, vamos a vernos las caras!
—le dice su madre.



XIV

—¡Mimol! ¿Qué quiere decir eso?—pregunta Zanahoria a Periquito, tratado con excesivo regalo por su madre.

Y cuando se lo explican por alto, exclama:

—Yo lo que quisiera es ir picando en

una fuente de patatas fritas con los dedos, y chupar medio melocotón por la parte del hueso.

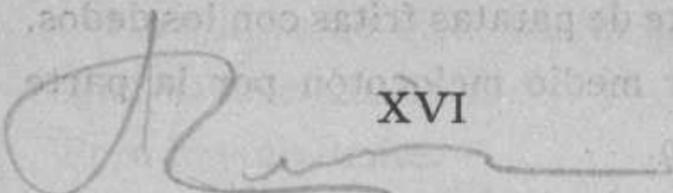
Luego reflexiona:

--Si la señora de Lepic se me comiese a besos, empezaría por la nariz.

XV

A veces, cansados de jugar, Ernestina, la hermana, y Félix, el hermano mayor, prestan con gusto sus juguetes a Zanahoria, que, participando así un poco de la felicidad de todos, labra modestamente la suya.

Y nunca da muestras excesivas de satisfacción, temeroso de que vuelvan a quitárselos.



XVI

ZANAHORIA

¿De modo que no me encuentras las orejas largas?

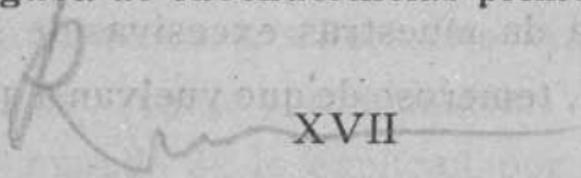


MATILDE

Te las encuentro graciosas. ¿Me las quieres prestar? Me gustaría llenarlas de arena para hacer pasteles.

ZANAHORIA

¡Bien cocidos quedarían, si mamá se encargaba de encendérmelas primero!



XVII

—¿Te estarás quieto? ¡He de seguir oyéndote! ¿De modo que quieres más a tu pa-

dre que a mí?—dice ahora y luego la señora de Lepic.

—Ya no me muevo, no digo nada, y te juro que no quiero más a uno que a otro—contesta Zanahoria con su voz interior.

XVIII

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué estás haciendo, Zanahoria?

ZANAHORIA

No sé, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso quiere decir que estás haciendo otra tontería. Conque ¿lo haces a propósito?

ZANAHORIA

¡No faltaba más!

XIX

Como se figure que su madre le sonríe, Zanahoria, halagado, se sonríe también.

Pero la señora de Lepic, que no se sonrefa más que consigo misma, en vago, pone de pronto cara de vinagre.

Y Zanahoria, desconcertado, no sabe dónde meterse.

XX

—Zanahoria,  quieres re rte con finura, sin armar ruido?—dice la señora de Lepic.

—Cuando uno llora, hay que saber por qué—agrega.

Y también dice:

— Qu e le voy a hacer? Ni siquiera vier-te una lágrima cuando le dan un bofetón.

XXI

Otras cosas que dice:

—Si hay una mota en el aire, una porquería en el suelo, para él son.

—Cuando se le mete una idea en la cabeza, no se le pone en otra parte.

—Tan orgulloso es, que se suicidaría por hacerse el interesante.

XXII

En efecto: Zanahoria intenta suicidarse en un cubo de agua fresca, dentro del cual mantiene heroicamente la nariz y la boca, cuando un coscorrón derriba el cubo, echándole el agua en las botas, y vuelve a Zanahoria a la vida.

XXIII

Tan pronto la señora de Lepic, hablando de Zanahoria, dice:

—Es como yo; no tiene malicia, tonto más que malo, y demasiado simplón para inventar la pólvora,

como se complace en reconocer que si los cochinitos no se le comen, será, con el tiempo, un personaje.

XXIV

—Si alguna vez—sueña Zanahoria—me trajesen los Reyes, como a mi hermano Félix, un caballo de cartón, me montaba en él y me las guillaba.

XXV

Fuera, Zanahoria, para demostrarse a sí mismo que todo le importa un rábano, silba. Pero la presencia de la señora de Lepic, que le seguía, le corta el silbido. Y es tan doloroso como si le rompiera entre los dientes un silbato de a perra chica.

Sin embargo, hay que convenir en que, cuando tiene hipo, no hace ella más que presentarse, y se le quita.

XXVI

Sirve de lazo de unión entre su padre y su madre. El señor Lepic dice:

—Zanahoria, a esta camisa le falta un botón.

Zanahoria le lleva la camisa a la señora de Lepic, que dice:

—¿Necesito que tú me lo mandes, monigote?

Pero coge la cesta de la costura y pega el botón.

XXVII

—Si no fuera por tu padre—exclama la señora de Lepic,—hace ya mucho tiempo que me hubieras dado un golpe malo, que me hubieras clavado ese cuchillo en el corazón, para quitarme de en medio.

XXVIII

—¡Suénate las narices!—le está diciendo la señora de Lepic a cada momento.

Zanahoria se suena, incansable, por el

lado del dobladillo. Y se suena mal, y rectificá.

Cierto que cuando se acatarra, la señora de Lepic le pone un encerado, untándole hasta el punto de dar celos a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor. Pero en seguida añade, sólo por él:

—Más de bueno que de malo hay en esto. Sirve para desenredar los sesos de la cabeza.

XXIX

Como el señor Lepic le está haciendo rabiarse desde por la mañana, Zanahoria le suelta esta enormidad:

—¡Déjame en paz, imbécil!

Al punto le parece que el aire se hiela en torno suyo y que tiene en los ojos dos fuentes abrasadoras.

Balbucea, dispuesto a hundirse en el suelo a una señal.

Pero el señor Lepic le mira despacio, despacio, y no hace la señal.

Maj

XXX

Ernestina, la hermana, va a casarse pronto, y la señora de Lepic le permite salir de paseo con su novio, encargando a Zanahoria de la vigilancia.

—¡Anda delante—dice ella,—y estira las piernas!

Zanahoria pasa delante. Se esfuerza por estirar las piernas, anda leguas de perro, y si se descuida y no aligera, oye, a pesar suyo, besos furtivos.

Tose.

Aquello le saca de tino, y de pronto, al descubrirse ante la cruz del pueblo, tira

al suelo la gorra, la aplasta con los pies, y exclama:

—¡A mí nadie me querrá nunca!

En el mismo instante la señora de Lepic, que no es sorda, surge detrás de la tapia, con la sonrisa en los labios, terrible.

Y Zanahoria añade con desesperación:

—¡Excepto mamá!

FIN

Severo es un idiota, aton
tado.

Antonio de la Cruz

Soria a 14 de febrero 1944

yo

ÍNDICE

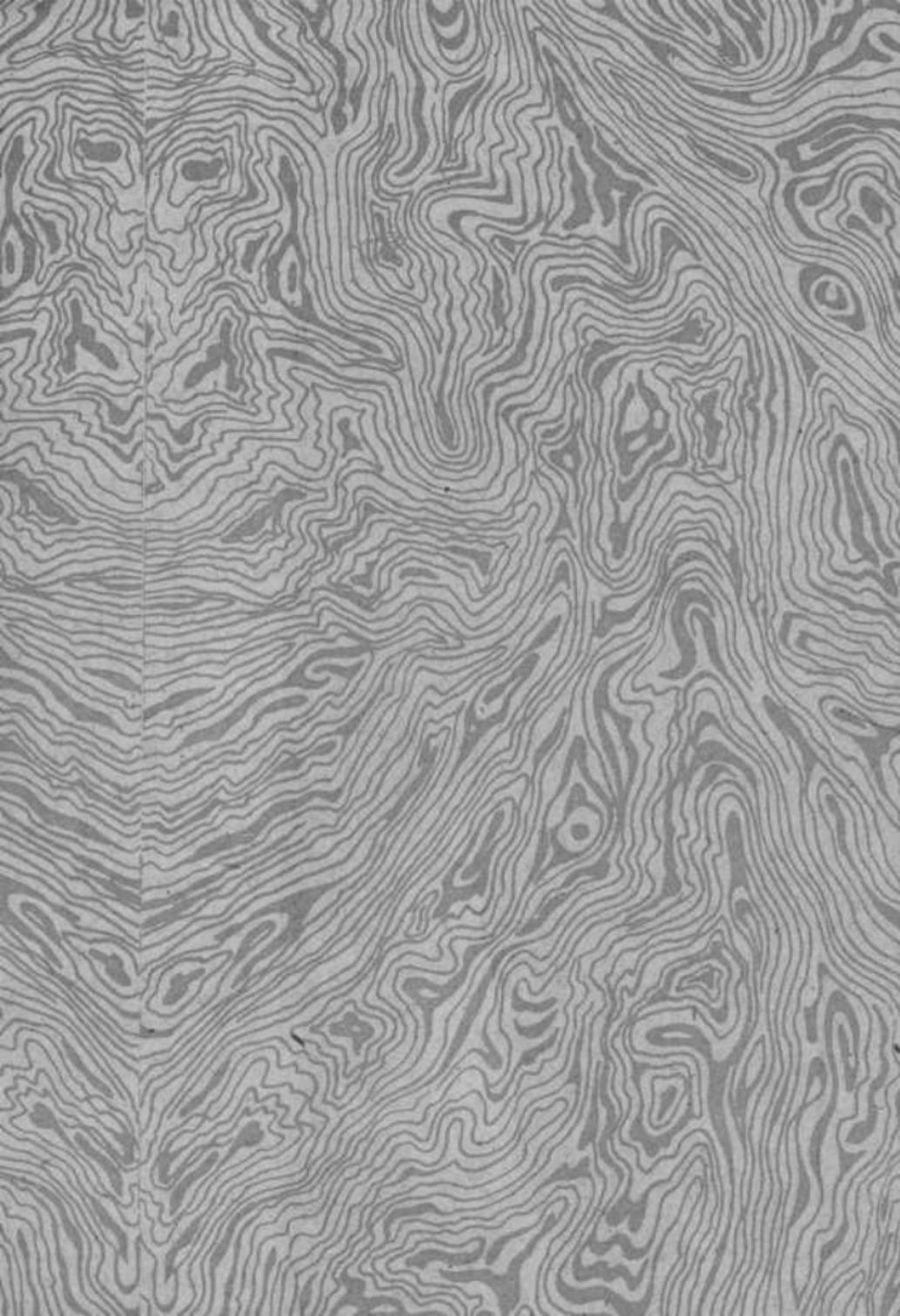
	<i>Págs.</i>
Las gallinas.....	7
Las perdices.....	11
Es el perro.....	17
La pesadilla.....	22
Con perdón de ustedes.....	25
El orinal.....	28
Los conejos.....	37
La azada.....	40
La escopeta.....	43
El topo.....	53
La alfalfa.....	55
El vaso de metal.....	64
La miga de pan.....	69

Severo

La trompeta.....	73
El mechón.....	77
El baño	82
Honorina.....	92
La caldera.....	103
Reticencia.....	111
Águeda.....	113
El programa.....	119
El ciego.....	125
El día de Año Nuevo.....	131
Ida y vuelta.....	138
El mango de pluma.....	141
Las mejillas coloradas.....	149
Los piojos.....	170
Lo mismo que Bruto.....	179
Cartas escogidas.....	188
El sotechado.....	198
El gato.....	202
Los carneros.....	209
Padrino.....	216
La fuente.....	222









RENARDI

ZANNAFFICORIA

C

6892